¿HA MUERTO SHAKESPEARE?

SÁTIRAS POR MARK TWAIN

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE CARLOS PEREYRA

BIBLOTECA NUEVA

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/hamuertoshakespe0000carl

¿HA MUERTO SHAKESPEARE?

¿HA MUERTO SHAKESPEARE?

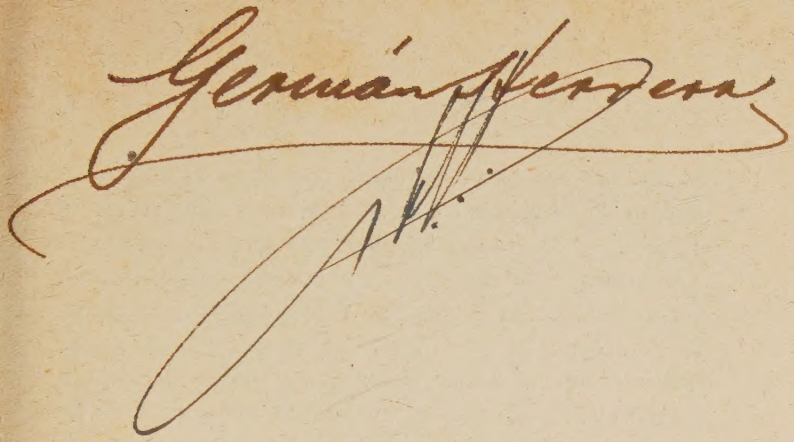
SÁTIRAS, POR MARK TWAIN

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE CARLOS PEREYRA

BIBLIOTECA NUEVA
MADRID
1923

ES PROPIEDAD

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.



Steevens resume así la biografía de Shakespeare:

"Todo lo que se sabe con cierto grado de certidumbre acerca de Shakespeare es que nació en Stratford, a la orilla del Avon, lugar donde se casó y tuvo hijos. Fué a Londres. Allí comenzó a trabajar como actor, y escribió poesías y obras dramáticas. Volvió a Stratford, hizo testamento, murió y fué enterrado."

Es bien poco saber acerca de un hombre célebre, y más cuando consideramos que entre esos datos, los de mayor importancia, o más bien los únicos importantes, son precisamente los únicos que no están probados, los únicos a que no alcanza el grado de aproximada certidumbre de que habla Steevens.

James Darmesteter no es menos concluyente.

"Algunas tradiciones inciertas y tardías—dice—, algunas alusiones de los contemporáneos, algunas fechas en los registros parroquiales: he aquí todo cuanto se ha podido recoger sobre la vida del más grande de los poetas modernos."

Pero si no se sabe nada o casi nada, se fantasea con una impudencia desastrosa para las letras.

Brandes, el gran crítico, declaró que ama a Inglaterra por el pueblo que habita su territorio, pero que

la detesta por la irreverencia con que sus escritores hablan de Shakespeare. ¿No hay entre ellos un cierto Harris? Este Harris ha querido hacer un retrato de Shakespeare—el hombre, no el poeta—, y resulta, naturalmente, dada la falta de datos, que el Shakespeare de Harris es un Harris. ¿Con qué patrón puede medir Harris al Shakespeare desconocido, misterioso, perdido para siempre en un pasado que carece de leyenda y que no tiene historia? Necesariamente con el patrón de Harris.

¿Quién fué Shakespeare?

"Permítaseme decir—escribe un crítico muy sagaz y probo, R. H. C. (1)*—que el asunto* no carece *de importancia. La crítica literaria inglesa está dominada por una opinión lamentable, que es la de aceptar como Shakespeare a un comicuelo de ínfima categoría. Ese es el divino dramaturgo, según ella. Mientras la discusión tenga semejantes bases, todo hombre que se respete a sí mismo habrá de tratar despectivamente los cánones literarios. La hipótesis que yo adopto es sencilla y racional. Además, tiene el apoyo de la experiencia cotidiana. Nos basta aceptar que Shakespeare, empresario teatral, tenía por colaborador a un escritor dramático maravilloso, ya dentro de la compañía, ya fuera de ella. Ignoramos aún el nombre de ese colaborador. El ignoto genio se distinguía por una modestia igual a su mérito. La adaptabilidad que lo caracterizaba puede medirse por su originalidad. Cuando se le pasaba alguna de las piezas dramá-*

(1) *New Age*, número del 8 enero de 1920.

ticas que figuraban en el repertorio del empresario Shakespeare, el genio las revisaba, corrigiendo ligeramente algunas de ellas, alterando ciertos pasajes de otras y transformando totalmente las que contenían algún elemento esencial armonizable con las tendencias de su propia fantasía. Entonces realizaba toda una nueva creación.

"En esta hipótesis no hay nada que sea increíble o que parezca inaceptable por sutil. La era isabelina produjo tipos muy peculiares. No existía el prurito de notoriedad y reclamo que domina hoy a los artistas. Había muchos genios anónimos, como ya lo he dicho antes. Citaré entre ellos a los desconocidos traductores de la Biblia. El autor de las obras dramáticas (de Shakespeare) era tal vez uno de esos hombres, espíritu sereno, modesto, amante de la quietud y el retiro. Experimentaba una satisfacción íntima entregándose a la tarea de corregir y reformar obras teatrales, de acuerdo con su sentimiento del arte. Tal es por lo menos mi suposición. Lejos de ser insignificante, esta hipótesis proyecta un rayo de luz para el conocimiento psicológico del genio en la era isabelina."

El traductor de este libro ha querido citar las palabras de R. H. C. como la introducción más adecuada para el ensayo satírico de Mark Twain sobre la crítica shakespereana, ensayo que figura entre los estudios más perfectos del humorista norteamericano, quien lo escribió en horas de convicción apasionada y generosa.

C. P.

¿HA MUERTO SHAKESPEARE?

(CAPÍTULOS DE MI AUTOBIOGRAFÍA)

I

MI MAESTRO DE PILOTAJE

En un rimero de manuscritos inéditos que constituyen la masa formidable de mi *Diario* y *Autobiografía,* tengo algunas cuartillas, dispersas y mezcladas. Alguien habrá de encontrarlas y coordinarlas en un remoto futuro. Cuando así sea, servirán de material para un capítulo sobre *Pretendientes.*

Hablo allí, en efecto, de todos los pretendientes que han figurado en la Historia, desde Satán hasta Mary Baker G. Eddy (1), pasando por el *Becerro de Oro,*

(1) Sobre la impostura de la *Ciencia cristiana* y sobre la impostora o fanática señora Eddy, habría que leer la irresistible sátira del mismo Mark Twain, una de sus obras capitales, en la que, por excepción, el humorista se hace combatiente y golpea con porra de hierro.

Esta charlatanería explotadora del milagro llegó a adquirir proporciones colosales, y a fines del siglo XIX, cuando se escribió el ensayo de Twain, la *Ciencia cristiana* tenía una constitución perfecta como negocio de cuantiosísimos rendimientos.

el *Profeta velado,* de Korasán (1), Luis XVII (2), William Shakespeare y Arthur Orton (3).

---

(1) El *Profeta velado,* de Korasán, fué un impostor árabe del siglo VIII, conocido en la Europa de nuestros días como héroe del cuento *Lalla Rook,* de Moore. Era un hombre de origen obscuro, llamado Hakin o Atá, y cuando fué célebre se le dió el nombre de Hakin Ben Allah Al-Mokama (*el velado*).

Después de haber desempeñado las humildísimas tareas de batanero en Merv, se declaró a sí mismo encarnación de la Divinidad, y con este carácter dirigió una sublevación en Korasán contra el califa Mahdi.

Se abrió la lucha, que duró tres años, y no pudiendo el rebelde sostenerla en campo abierto, buscó el apoyo de la fortaleza de Sanan, donde empeñó una resistencia de dos años. Cuando se vió reducido al último extremo, tomó veneno con todos sus secuaces y prendió fuego a la fortaleza.

Entre los poderes mágicos del profeta, se le atribuía el de sacar luz de luna, encerrarla en un pozo, y proyectarla a gran distancia.

(2) Sobre el misterio de Luis XVII acaso no haya nada mejor que el reciente libro de G. Lenôtre.

(3) Arthur Orton era hijo de un carnicero de Wapping. Nació en 1834, y en 1850 desertó de un buque velero en Valparaíso. De allí pasó a Malepilla, donde recibió la hospitalidad de una familia Castro, cuyo apellido adoptó más tarde. De Chile se trasladó a Australia, y se le llamaba Tom Castro.

Cuatro años después de la deserción de Orton, desaparecía en alta mar el *Bella,* durante la travesía de Río de Janeiro a Inglaterra. En ese buque viajaba Roger Charles Tichborne, primogénito de Sir Edward Tichborne, perteneciente a una antigua familia baronial del condado de Hampshire. Ese Roger Charles había nacido en París el 5 de enero de 1829, y su madre, que era anglófoba, lo educó en la ignorancia del idioma patrio. Objeto de burlas en Inglaterra por su acento extranjero, no obstante ser inglés y pertenecer a la nobleza

Como sabéis, ha habido pretendientes ilustres y pretendientes que dejaron de serlo por haber visto satisfechas sus ambiciones; pretendientes derrotados; pretendientes regios y pretendientes plebeyos; pretendientes cubiertos de brocado y pretendientes vestidos de harapos; pretendientes ante quienes se prosternaban sus mismos enemigos y pretendientes despreciados

---

del reino, Roger Charles dejó el servicio militar, que se le hacía insoportable a causa de su discrepancia de educación y gustos con la oficialidad, y emprendió una expedición a la América del Sur. Tomó pasaje en un buque para ir del Havre a Valparaíso, y de allí se dirigió a Río de Janeiro, cruzando los Andes.

Al año de haberse perdido el *Bella*, es decir, en 1855, se hizo la inscripción oficial de la muerte de Roger Charles Tichborne, se pagó el seguro y se efectuó la transmisión de los bienes de la sucesión a su hermano Sir Alfred Joseph Doughty-Tichborne.

Pero la madre no se convencía de la muerte del primogénito y no cesaba de hacer afanosas pesquisas para descubrir su paradero, hasta que finalmente, en 1865, una agencia de Sydney, le comunicó que en Wagga Wagga, población de Queensland, vivía un humilde carnicero, cuyas señas coincidían con las del náufrago.

La impostura comenzó tal vez por ilusiones de personas poco juiciosas, pero llegó a tomar caracteres de pretensión formal, mediante el apoyo de un legista y de un anticuario genealogista que facilitaron los elementos técnicos para encarrilarla. Por último, el extravío mental de una madre monomaníaca que no aceptaba la idea de la muerte de su hijo, puso un sello sentimental a la causa que con eso ganó gran número de prosélitos. El carnicero de Wagga Wagga, más gordo que un cerdo, cayó en los brazos de la madre, quien atribuyó la corpulencia del supuesto Roger Charles a efectos de la vida en una carnicería.

Los campesinos de Hampshire, que habían conocido al

dos de sus más adictos fieles. La tradición, la leyenda y la historia dejan pasar a través de sus nieblas la titilante luz estelar de esos personajes misteriosos, tribu romántica, cuyos hechos y palabras nos entretienen y nos interesan tan profundamente como si fueran carne de nuestra carne o adversarios irreconciliables, pues ya nos entregamos a las ternuras de

---

barón, y los antiguos camaradas de éste, declararon que el barrigudo carnicero de Wagga Wagga era el propio y esbelto Roger Charles.

El asunto pasó a los Tribunales. Se empeñaron grandes sumas de dinero en la contienda jurídica, pues se trataba de una fortuna considerable, y la impostura fué objeto de un debate que duró cien días. No bajó de esta cifra el número de testigos que desfiló ante los estrados identificando como Roger Charles Tichborne al ignorante e impúdico carnicero. Pero de nada le valieron aquellos testimonios y las lecciones que le habían dado el abogado, el anticuario y la propia madre, para que desempeñase bien su papel. La maestría del jurisconsulto Sir John Coleridge desbarató el enredo en un memorable alegato, acaso el más largo de cuantos se han presentado a un Tribunal.

Orton fué detenido y sometido a juicio por perjurio en 1873. En 1874 se le condenó a catorce años de prisión.

Las costas del juicio habían sido de £ 200.000, gastadas casi por mitad entre los herederos legítimos y los interesados pecuniariamente en la explotación del fraude.

La excitación popular llegó a ser tan intensa, que cuando en 1875 el Parlamento rechazó una petición del abogado de Orton-Castro para que el asunto se sometiese a una investigación por comisión regia, fué preciso acuartelar las tropas de Londres y distribuírlas convenientemente, pues hubo temores de sublevación.

Orton extinguió su condena, y después de salir de la cárcel, vivió pobremente hasta 1898.

la simpatía, ya a los furores del odio, según el partido que hayamos tomado en la contienda.

Jamás ha habido un pretendiente sin abogados que lo defiendan y sin fanáticos que lo sigan, por endebles que sean los fundamentos de la pretensión y por inauténticos que aparezcan los títulos de la demanda. Arthur Orton declaraba que él era nada menos que el propio barón Tichborne redivivo, y no de otro modo la señora Eddy aseguró constantemente que su famoso libro *Ciencia y Salud* le había sido dictado por la Divinidad en persona. Orton pudo reunir un poderoso ejército de adictos e incorregibles secuaces. Para muchos de ellos no brilló la luz de la evidencia, ni aun después de ver en la cárcel, convicta de perjurio, a la deidad barriguda en quien habían depositado su fe. Esto pasó hace cuarenta años, y hoy mismo vemos a la señora Eddy con un inmenso séquito de partidarios que aumentan cada día.

No se diga que todos los creyentes son hombres rudos o mujeres de la hez del pueblo, pues entre las personas que iban en pos de Orton había algunas de alta distinción intelectual. Igualmente, desde que la señora Eddy comenzó su propaganda, acudieron al reclamo no pocos individuos pertenecientes a la crema del talento. Su iglesia es como todas las iglesias en este particular.

Queda, pues, admitido, y es un hecho fundamental, que todo pretendiente logra adquirir partidarios, quienes lo son independientemente de la persona, de la causa y de los elementos demostrativos con que cuenten la una y la otra.

Siempre ha sido así.

Aun en un pasado ya desvanecido, aun haciendo exploraciones a través de los abismos del tiempo, si aplicáis el oído atentamente, percibís el rumor de la crédula muchedumbre que aclama a sus Perkin Warbeck y a sus Lambert Simnel (1).

---

(1) Perkin Warbeck, pretendiente al trono de Inglaterra, era hijo de un insignificante burgués flamenco de Tournay. Después de vivir en Amberes, en Middleburg y en Portugal, pasó a Irlanda, donde fué criado o dependiente de un comerciante en sedas. Tal vez por haberse disfrazado con algún rico vestido de los que vendía su amo, empezó a correr la voz de que Perkin Warbeck era hijo de Jorge, duque de Clarence, o tal vez bastardo del rey Ricardo III, pues la fantasía popular vivía de quimeras relacionadas con la vuelta de la casa de York.

Sabido esto por los marqueses de Desmond y Kildare, fomentaron los decires del pueblo para apoyar con ellos una absurda reivindicación de los derechos de la casa destronada.

Margarita, viuda del duque de Borgoña, hermano de Eduardo IV, prestó su apoyo a la impostura, y por semejantes razones de política los soberanos enemigos de Enrique VII, tomaron bajo su patrocinio la causa de Warbeck. Carlos VIII de Francia, Maximiliano, rey de Romanos, después emperador, y Jacobo IV de Escocia, secundaron la pretensión. En Viena, Warbeck recibió honores de soberano.

La impostura se fué transformando hasta convertir a Warbeck en uno de los dos hijos de Eduardo IV, asesinados en la Torre de Londres por agentes de Ricardo III.

Mediante elementos de guerra que proporcionó Maximiliano, Warbeck desembarcó en Inglaterra e hizo inútiles tentativas de rebelión, que después repitió auxiliado por el rey de Escocia. Finalmente, en una de aquellas insensatas campañas, abandonó a sus partidarios, huyó y se rindió a las fuerzas reales.

Llega a mis manos un libro que un amigo me envía de Inglaterra. La obra es una nueva discusión del problema de Shakespeare. Hace medio siglo que esta cuestión me interesa, si bien durante los últimos tres años se había amortiguado un tanto mi curiosidad; pero el reciente libro la excita de nuevo, pues veo

---

Después de hacer confesiones ignominiosas y públicas e 1498, se le ahorcó en noviembre de 1499.

El destino de Lambert Simnel no fué personalmente trágico, si bien por su causa se derramó mucha sangre. Hijo de un menestral de Oxford, fué adoptado desde pequeño por un audaz y ambicioso clérigo de la misma ciudad, Richard Symonds, quien se propuso explotarlo como uno de los dos hijos de Eduardo, muerto en la Torre de Londres, según queda dicho.

La voz pública se empeñaba en sostener que los príncipes habían escapado con vida, y Symonds educó a Simnel para que fuera uno de ellos.

Más tarde cambió de plan, y aprovechó un rumor que corría sobre la muerte del prófugo hijo de Eduardo IV, citado ya, para fundar las pretensiones de Simnel en otra impostura que Symonds creía más probable.

Simnel fué solemnemente consagrado y jurado como Eduardo VI en la catedral de Dublín, el día 24 de mayo de 1487.

Derrotadas las fuerzas de los simnelistas, que se componían de bravos aventureros alemanes y de irlandeses mal organizados, durante un sangriento combate a las orillas del Trent, donde murieron los jefes y conductores de la rebelión, con cuatro mil de sus partidarios, el clérigo Symonds fué condenado a prisión perpetua, y Simnel, simple instrumento pasivo, y como tal irresponsable, pasó al servicio doméstico de Enrique VII, en calidad de vil marmitón, aunque posteriormente se le promovió al cargo de halconero.

Después de ser criado de la Casa Real, lo fué de la de Sir Thomas Lovell, y todavía en 1534 ganaba honradamente la vida como sirviente un hombre que había recibido acatamiento como rey.

que el problema se plantea con claridad y que se discute de un modo razonado.

Mi afición a los estudios de biografía shakespereana data de 1857, y acaso de 1856, época ya muy distante en que se publicó el libro de Denia Bacon. Un año después, mi maestro de pilotaje, Bixby, me trasladó de su buque al *Pennsylvania* y me puso bajo las órdenes e instrucciones de George Ealer. Este lleva ya muchos años de muerto. Navegué con él durante algunos meses, desempeñando las humildes tareas de aprendiz, que consistían en servir de vigilante desde la salida hasta la puesta del sol y en dar vuelta a la rueda bajo la severa dirección y crítica del amo y maestro.

Ealer era un gran jugador de ajedrez y un idólatra de Shakespeare. Jugaba ajedrez con todo el mundo, aun conmigo, para lo que no vacilaba en deponer momentáneamente su dignidad oficial. De igual modo me leía las obras de Shakespeare, y esto no accidentalmente o porque yo se lo pidiera, sino con espontaneidad y durante largas horas, cuando estaba de cuarto y yo lo acompañaba en el timón.

Su elocución era correcta, pero yo no aprovechaba la lectura a causa de las órdenes inyectadas en el texto. Lo que yo percibía era un Shakespeare interrumpido, mezclado, confundido y enredado de tal modo, que en los recodos difíciles y peligrosos del río, una persona ignorante no habría acertado a decir cuándo hablaba Ealer por cuenta de Shakespeare y cuándo lo hacía como piloto.

Ejemplo:

"Yo me atrevo a lo que se atreva el más osado. Acércate. ¿Para qué echas la sonda? ¡Haces unas tonterías... Bajo la forma que afecta... ¡Déjala correr! El oso velludo de Rusia, el armado rinoceronte o el... ¡Se va! ¡Detente, detente! ¿No ves que se arroja sobre los arrecifes si aprieteas de esa manera?...,'del tigre hircano. Toma cualquier forma, pero deja esa, y mis firmes nervios... Se va hasta encallar en medio del bosque si no te percatas. Retén a estribor, da con fuerza a babor, y adelante. Sostén a estribor... Ahora, sí. Todo va bien. Sigue de frente... No temblarán jamás. O vuelve a la vida y rétame al desierto... ¡Maldito muchacho! ¿No puedes salir de esa agua, estancada como aceite? ¡Da hacia abajo! ¡Firme! ¡Más fuerte!..., con tu espada, y si temblando me retiro, entonces... ¡Echa la sonda! Pero no así. Sólo la de estribor. Deja la otra..., llámame criatura recién nacida. ¡Apártate, horrible espectro! El reloj da las dos, y el vigilante estará dormido, seguramente. Baja y llama tú mismo a Brown. ¡Burla irreal, apártate!" (1).

No sólo era un buen lector, sino un lector espléndido, conmovedor, tempestuoso y trágico. Pero para mí fué causa de un mal irreparable, pues jamás he podido leer a Shakespeare de un modo racional, tranquilamente, como lo lee todo el mundo. Son inútiles cuantos esfuerzos hago para librarme del recuerdo de aquellas explosivas e inadecuadas intercalaciones. *¡Qué diablos estás haciendo! ¡Abajo! ¡Abajo! ¡Más!*

(1) Macbeth. Acto IV.

¡Más! Sigue así, suavemente. Abro el libro, y al instante suenan en mis oídos las desquiciadoras interrupciones que brotaban continuamente de la boca de Ealer. Las oigo con toda claridad, como en aquella época lejana, como hace medio siglo, como hace cincuenta y un años.

No; las lecturas de Ealer estuvieron muy lejos de contribuír a mi educación. Más bien debo considerarlas perjudiciales para mí.

Cuantas veces hizo intercalaciones en el texto del poeta, el resultado fué deslucirlo antes que darle mayor encanto. Esto último sucedió bien pocas veces. Por lo demás, prescindiendo de esto, Ealer era un gran recitador. Debo decirlo en justicia. Casi no ponía los ojos en el libro, pues no necesitaba ver el texto. Conocía a Shakespeare como Euclídes su tabla de multiplicar.

¿El piloto del Mississippí, adorador de Shakespeare, tuvo algún comentario que hacer al libro publicado por Delia Bacon?

Sí. Los hizo abundantemente. No habló de otra cosa durante algún tiempo. En la primera, en la segunda y en la tercera guardia se discutía el tema. Probablemente durante el sueño, Ealer seguía debatiendo.

No bien aparecía un libro sobre la cuestión de Shakespeare, el piloto lo compraba, y ese libro nos daba tema de discusión a todo lo largo de las mil trescientas millas de río, que recorríamos cuatro veces en treinta y cinco días, tiempo empleado por aquel rápido vapor para hacer dos viajes redondos.

Discutíamos, discutíamos, discutíamos; disputába-

mos, disputábamos, disputábamos. Por lo menos, él lo hacía, y yo, de vez en cuando, intercalaba una palabra, si me lo permitían las breves interrupciones del conferencista.

Ealer argumentaba con calor, con energía, con violencia. Yo lo hacía con la moderación y la reserva de un subordinado, temeroso de que se me arrojara desde los cuarenta pies de altura que levantaba la caseta del timonel sobre la superficie del agua.

Ealer era un bravo y leal partidario de Shakespeare. Despreciaba cordialmente a Bacon y se reía de todas las pretensiones de los baconianos.

Mi actitud era idéntica..., en un principio. Y en un principio él se felicitaba de que tal fuese mi actitud. Aun creí notar señales de que admiraba mi manera de juzgar. Esas señales eran muy leves, tan leves como debían serlo, dada la enorme distancia que existe entre la sublime cumbre de un piloto y el abismo de un ser situado en la parte ínfima de la escala. Con todo, yo me hacía cargo de esas señales. Eran verdaderamente perceptibles, pues se tradujeron en cumplidos, y estos cumplidos, bajando como bajaban de la zona de las nieves perpetuas, conservaban una frialdad y dureza de granizo. No podían producir los efectos del rayo, aun en substancias tan inflamables como la vanidad satisfecha de un piloto incipiente. Recibía yo, sin embargo, con delectación el precioso pedrisco.

Me halagaba sentir que era más leal a Shakespeare, si podía caber mayor lealtad en mí de la que había tenido hasta entonces. Me halagaba sentir que mis

prejuicios contra Bacon se agigantaban, si era posible que aumentasen mis prejuicios.

Dado este fondo común de ideas y sentimientos, las interminables discusiones a que nos entregábamos eran una balsa de aceite, por no haber en ellas dos contrincantes, sino dos partidarios de una misma causa.

Esta situación fué, sin embargo, pasajera. Fué muy pasajera. Fué extraordinariamente pasajera. Fué lo más pasajero que he visto en mi vida.

La atmósfera empezó a cambiar. Cruzaban por ella ráfagas de hielo.

Una persona más avisada que yo, habría anticipado los acontecimientos; pero yo pude verlos, sin embargo, con toda la antelación necesaria para los efectos prácticos del caso. Habréis advertido que mi maestro y jefe era de temperamento argumentativo. Y dada esta tendencia natural, acabó por cansarse de disputar con una persona que no le llevaba la contraria, y que estando en absoluto acuerdo con todas sus aseveraciones, no le daba elementos de provocación para lucir el claro diamante de su lógica, aquella joya riquísima, tallada en roca, de cien facetas, que lanzaba ofuscadores destellos.

Razonar era su lema. Y tal el nombre que daba a la serie de sus alegaciones. En el pleito Bacon-Shakespeare mil veces hemos oído decir que razonan todos los que alegan..., cuando alegan en favor de Shakespeare.

Sucedió entonces lo que ha sucedido siempre que pugna un principio con un interés. Hay que elegir.

Yo hice mi elección. Abandoné el principio, y me pasé al enemigo con armas y banderas. No fuí, sin embargo, un tránsfuga declarado. No pisé el campo enemigo. Llegué hasta un punto intermedio, y allí me detuve. Eso bastaba para las exigencias de la situación.

Explicaré la actitud asumida por mí. *Creía* que Bacon escribió las obras de Shakespeare. *Sabía* que Shakespeare no las había escrito.

Esto era bastante para satisfacer a Ealer. La guerra empezó con todos sus horrores.

A fuerza de estudio, de práctica, de experiencias repetidas, llegué a hacer una defensa casi seria de mis posiciones dialécticas. Después tomé las cosas con toda seriedad. Más tarde fuí un devoto, un enamorado de la causa. Finalmente, me entregué con furia, con rabia a una afirmación que no admitía términos medios.

Se hizo una soldadura. Mi fe y mi persona se unieron como dos láminas por las que han pasado el estaño y el cautín. Teóricamente, estaba dispuesto a morir en defensa de la causa. Todo el que no compartía mis convicciones era objeto de una compasión no exenta de menosprecio.

Y aquella fe, que se me impuso por un interés egoísta en tiempos ya lejanos, es hoy la fe que me alienta, que me consuela, que me solaza, que da paz y alegría a mi existencia. Esto os indicará hasta qué punto es una fe teológica.

Tal es precisamente el camino que sigue el *cristiano arrocero* del Extremo Oriente. Quiere arroz, y el

misionero quiere almas. El misionero le da arroz, y el catecúmeno acaba por entregar su alma, con todo el fervor de la fe.

Ealer ministraba la parte más considerable de nuestros *razonamientos*. Y digo esto, para no decir con toda franqueza que sólo él razonaba. Los esclavos de ese culto no admiten otro término para expresar sus demostraciones. Quieren una palabra que suene. Quieren una palabra susceptible de ser escrita con letra mayúscula. ¡Razonamiento!

No tenemos un nombre especial para nuestras deducciones, inducciones y reducciones. Ellas por sí solas muestran lo que son, y nosotros, llenos de tranquila confianza, dejamos que el mundo las honre con la designación o título que le plazca.

De vez en cuando, si Ealer necesitaba un respiro para toser o para refrescar la garganta, yo tomaba a cuestas el peso de mis aptitudes inductivas y hacía todas las operaciones de la controversia. Sonda en mano—metafóricamente—, marcaba ocho pies, ocho y medio, nueve... Creía dar en el fondo, pero mi maestro movía la cabeza a derecha e izquierda. ¡No daba en el fondo!

Sólo una vez logré desconcertarlo. Me había preparado con todo cuidado. Escribí un pasaje de Shakespeare—acaso el citado anteriormente, aunque no recuerdo bien si era ése—, y lo mezclé con las intercalaciones del vocabulario pilotesco. Aproveché una ocasión en que no había peligros para la prueba. Era una deliciosa tarde veraniega. Acabamos de sondear y poner boyas en el laberinto llamado el *Paso*

del Infierno. Después de subir a bordo, logrando que el *Pennsylvania* no levantase una sola partícula de la arena del fondo, y sobre todo después de la noble satisfacción de ver que el *A. T. Lacey,* vapor que nos seguía, encallaba miserablemente, mi maestro estaba desbordante de buen humor. Tal fué el momento que yo elegí para mostrarle el fragmento adulterado.

Pedíle que lo leyera, notando el buen efecto que le producía la ocurrencia. Diplomáticamente añadí que nadie podría leerlo como él. Nadie leía como él la poesía dramática. El elogio hirió directamente la fibra sensible. Leyó. Leyó con fuego, con animación. Leyó como jamás volverá a ser leído ese pasaje. Nadie sabía como él los secretos de la instrumentación para dar el debido valor a los atronadores paréntesis, confundiéndolos de tal modo con el texto que parecían brotar del alma misma de Shakespeare. Las palabras del piloto eran áureo tesoro, inspirada ornamentación que no podía desprenderse del magnífico edificio sin deterioro para el conjunto.

Esperé una semana para que se borrara el recuerdo de la escena. Esperé más aún. Esperé hasta un momento en que Ealer atacó el bastión más fuerte de mi ciudadela, lanzando columnas de razonamientos y vituperios. Se ensañaba en mi argumento favorito, el que más quiero, el que más estimo, el mejor lote de cartuchos de mis municiones. Bien sabéis que me refiero a la imposibilidad de que Shakespeare hubiera escrito las obras de Shakespeare, por la razón de que sólo pudo haberlas escrito un hombre familiarizado profundamente con la ley, con la jurisprudencia, con

los tribunales, con los abogados, con todo el tecnicismo, con todas las corruptelas y con todas las poridades del oficio.

—Si Shakespeare poseía los infinitos e impalpables átomos de luz estelar que constituyen la ciencia jurídica—dije—, ¿en dónde, cuándo y cómo logró esa riqueza?

—En los libros.

—¡En los libros! Siempre lo mismo.

Yo repliqué según se me había enseñado por los abogados de la causa que seguía en la gran controversia. Un hombre no se familiariza con la jerga de un oficio ajeno, y no adquiere soltura en el vocabulario de ese oficio cuando le falta la experiencia de la realidad. Cometerá errores, le faltará precisión, y el lector habituado a las prácticas profesionales notará a mil leguas que el autor es un profano.

Ealer no se convencía con estos argumentos, y sostenía que podemos penetrar en todas las sutilezas, misterios y francmasonerías de un arte, oficio o profesión leyendo libros acerca de ese arte, oficio o profesión. Pero cuando yo lo invité a que recitara de nuevo el pasaje de Shakespeare, con todas sus intercalaciones fluviales, pudo percibir que ningún libro enseñaría lo bastante para poder incluír la enloquecedora fraseología del pilotaje en un drama, en una comedia o en una novela, sin que cualquier piloto advirtiera faltas de propiedad.

Mi triunfo era completo. El maestro guardó silencio. Yo comprendí lo que pasaba en su interior. El maestro se exasperaba. Vi claramente que no tarda-

ría en dar por terminada la sesión apelando al argumento decisivo—su tabla salvadora en momentos de suprema necesidad—, el eterno argumento, el argumento irrebatible:

—¡Calla! ¡Eres un borrico! ¡No es posible hablar contigo sin que digas setenta mil disparates!

Yo no podía hacer otra cosa que inclinarme y acatar el fallo.

¡Cuántos años han pasado! ¡Dios mío, cuántos años! ¡Qué distancias tan patéticas nos separan a veces de lo que fué!

Heme aquí viejo, solo, abandonado, olvidado. Y, sin embargo, hago cuanto me es dable por provocar ese mismo argumento con que tantas veces fuí vencido en mis primeros años.

Todo hombre que ama a Shakespeare apasionadamente, busca la compañía de ciertos autores consagrados. La caseta del piloto estaba llena de libros excelentes que Ealer leía y releía sin descanso. Por nada del mundo renovaba el surtido.

Además, Ealer era un buen flautista y gustaba extraordinariamente de oírse tocar. Yo también le oía con agrado.

Entre las ideas peculiares de Ealer figuraba una que debo mencionar. Mi maestro creía que cuando una flauta no está de servicio, conserva más fácilmente su salud metida en el estuche. Por eso al acabar la guardia de la flauta, el instrumento era reducido a sus tres partes separables, y en esa forma ocupaba un sitio especial, junto con las brújulas, bajo la protección del cofre en que éstas descansaban.

Un día el *Pennsylvania* voló por los aires, y la corriente del río arrastró el informe y ennegrecido casco en el que se hacinaron los infelices heridos y moribundos (mi hermano Enrique entre ellos). El piloto Brown, que estaba de guardia abajo, dormía probablemente, y probablemente no supo cómo, cuándo ni por qué pasaba de esta a la otra vida.

Ealer escapó ileso. Voló con la caseta, y después de volar, cayó atravesando la caverna informe que se abría en el lugar donde habían estado la cubierta superior y la de las calderas. Su cuerpo dió sobre una de éstas, que no había estallado, y quedó envuelto por la nube abrasadora y asfixiante del vapor.

Pero el peligro no duró largo tiempo. Ealer, familiarizado con los lances difíciles, sabía conservar la cabeza en los momentos más críticos. Con una mano se levantó las solapas de la chaqueta para cubrirse boca y nariz, y tendiendo la otra, buscó afanosamente hasta encontrar los tres cañutos de su flauta. Cuando los pudo sujetar, tomó medidas para salvar la existencia. Y fué afortunado.

Yo no iba en aquel viaje. El capitán Klinefelter me había dejado en Nueva Orleans.

La razón de ello, sin embargo...

Pero ya he narrado este suceso. Habrá que ver mi libro *El Mississippi de antaño*.

Por lo demás, ¿qué importa todo aquello?

¡Ha pasado tanto tiempo!

II

SATANÁS Y SHAKESPEARE

Cuando era yo un chicuelo y frecuentaba la doctrina dominical—hace más de sesenta años—, Satanás me interesaba profundamente, y emprendí cuantas investigaciones personales me fué dado realizar para conocer esa figura histórica.

Hice preguntas, pero mi maestro, el señor Barclay, albañil, era muy remiso en las respuestas, a lo que me parecía.

Consideraba yo de justicia elemental que se me elogiase por una disposición de espíritu tan seria. ¿Qué otro muchacho de mi edad era capaz de esas preocupaciones elevadas? No se le encontraría ni aun pagando a precio de oro su afición.

También me interesaba la escena de Eva con la serpiente, y me conmovía la noble serenidad que guardó la primera mujer. Interrogué al propio señor Barclay para que me dijera si había llegado a su noticia el caso de otra persona del mismo sexo que, viéndose interpelada por una serpiente, no hubiera dado

disculpas y echado a correr hasta refugiarse en el bosque más próximo. El señor Barclay guardó silencio sobre el punto, objeto de mi curiosidad e investigaciones, limitándose a decir que esas materias no eran propias de mi edad y comprensión.

Debo decir en descargo del señor Barclay que no se negaba a ministrarme datos relativos a la biografía de Satanás, pero que rehuía toda discusión acerca de ellos.

Los datos, sin embargo, se agotaron rápidamente. No pasaban de cinco o seis. Para escribirlos bastaba el espacio de una tarjeta. El desengaño fué muy cruel. Quería hacer una biografía, y vi que no había material suficiente para mi trabajo.

Así lo dije, con lágrimas en los ojos.

El señor Barclay se conmovió. Era un hombre en extremo bondadoso. Me dió una cariñosa palmada en la cabeza y procuró consolarme diciendo que los materiales para la biografía de Satanás podrían llenar todo el océano.

Aun hoy siento el delicioso calofrío que me produjeron aquellas palabras alentadoras.

Inmedjatamente comenzó a extraer los tesoros de aquel océano, para mi consuelo y estímulo.

Decía:

—Se conjetura—esto no puede afirmarse con toda seguridad—que Satanás fué en sus orígenes un ángel del cielo, que cayó, que se rebeló, que inició una campaña militar, que fué derrotado y que se le expatrió y condenó a una perdición eterna.

Decía también:

—Hay razones para creer que más tarde hizo esto y lo otro y lo de más allá.

Una de sus fórmulas era:

—Hay sobrado fundamento para suponer que andando el tiempo se dedicó a los viajes, y que buscaba personas en quien saciar su voraz apetito.

O esta:

—Doscientos años después, como nos lo enseña la tradición, se dedicó al cruel oficio de tentador, con grandísimos y lamentables resultados.

O bien hablaba así:

—Es probable que haya hecho ciertas cosas; muy bien pudo suceder que hiciera otras; indudablemente fué autor de las de más allá.

Y así sucesivamente.

Si asentamos en una hoja de papel los cinco hechos bien averiguados, y si marcamos esa hoja de papel llamándola *Página primera,* nada más sencillo que colocar después mil quinientas cuartillas destinadas a conjeturas, suposiciones, decires y probabilidades, abriendo cada párrafo con alguna de las siguientes palabras:

Acaso, tal vez, al parecer, séanos permitido decir, es racional creer, pudo haber sucedido, podía haber ocurrido, debe de haber sido, indudablemente fué, no cabe linaje de duda...

¿Materiales?

Los hay para construír una biografía de Shakespeare.

Sin embargo, aquel candoroso maestro no consintió en que mi pluma historiase a Satanás.

¿Por qué?

Porque sospechaba—así lo dijo—que mi actitud no era todo lo reverente que debería ser y que para escribir sobre personas y cosas tan sagradas lo primero que hace falta es la unción.

¿Qué diría el mundo cristiano, cuál no sería el escándalo de las almas piadosas, si yo me permitía hablar con ligereza de Satanás?

El culpable de tales deslices no tardaría en verse llamado al orden y castigado severamente por ese gravísimo desacato.

Yo aseguré, con palabras tan vehementes como sinceras, que se había interpretado mal mi actitud, que Satanás era para mí altamente respetable, y que la reverencia con que lo veía igualaba a la de cualquier creyente, si no es que la superaba.

Sus palabras me produjeron una herida muy profunda. ¿Cómo suponer que yo me burlara de Satanás, que lo ridiculizara, que lo escarneciera, que estallase en carcajadas? Si de alguien podía reír, era de los que se reían a costa del diablo.

—¿Pero quiénes son esos que se burlan del diablo?

—¿Quiénes? Los del *tal vez,* los del *acaso,* los del *indudablemente,* los del *debe de haber sido,* los del *pudo haber sido,* los del *no cabe género alguno de duda,* los del *tenemos fundamentos muy serios para afirmar,* los... En fin, yo me reía de los grotescos y solemnes arquitectos que sobre una base de cinco sillares, tan indiscutibles como insignificantes, erigen un Satanás de treinta millas de altura.

¿Esto desarmó al señor Barclay? ¿Esto lo redujo al silencio?

No.

Se sintió ofendido, tan ofendido que todos sus miembros se agitaron.

Díjome que los *Tradicionalistas,* los *Talvecistas* y los *Conjeturistas* eran sagrados.

¡Sí; eran sagrados!

Eran sagrados, como su obra, y el que tuviese la osadía de mofarse de ellos o de ella, no podría aspirar a la honra de entrar en una casa decente, aun por la puerta del corral.

¡Cuán sabias eran aquellas palabras y cuánta verdad encerraban!

Feliz de mí si las hubiese escuchado y si hubiese inspirado en ellas mi conducta.

Pero comenzaba a vivir—tenía siete años apenas—y me sentí dominado por el vano, por el insensato deseo de llamar la atención.

Escribí la biografía de Satanás, y desde entonces ninguna familia decente me ha admitido en su seno.

III

SIGUE EL PARALELO

A pesar de la pobreza de elementos biográficos, nada hay tan interesante como un paralelo de Satanás y Shakespeare. Es un paralelo maravilloso, único, solitario, sin igual en la historia, en la poesía y aun en la misma tradición.

¡Cuán sublime es la posición que ocupan, cuán dominadora, cuán cerúlea, cuán suprema la altura de los dos Desconocidos Magnos, de las dos Ilustres Conjeturabilidades!

Puede asegurarse que son los desconocidos más conocidos que han respirado la atmósfera de nuestro planeta.

Para edificación de los ignorantes, voy a hacer una lista de los datos relativos a la historia de Shakespeare, mencionando sólo *hechos* comprobados, establecidos, indisputados.

Helos aquí:

Nació en el día 23 de abril de 1564.

Sus padres eran honrados labradores que no sabían leer, ni escribir, ni firmar siquiera.

La cuna de Shakespeare se meció en Stratford, lugarejo apartado, miserable y sucio, habitado por una población densamente iletrada. De los diez y nueve ciudadanos más conspicuos que gobernaban el Municipio, trece rogaban a otros que firmasen por ellos importantes documentos públicos, y marcaban sus nombres con una cruz.

Nada se sabe de los diez y ocho primeros años de la vida de Shakespeare. Son un gran espacio en blanco.

El 17 de noviembre de 1582, William Shakespeare obtuvo licencia para casarse con Anne Whateley.

El 18 de noviembre de 1582, es decir, al siguiente día, William Shakespeare obtuvo licencia para casarse con Anne Hathaway. Esta era ocho años mayor que William Shakespeare.

William Shakespeare se casó con Anne Hathaway. Esto fué hecho de prisa, gracias a una dispensa, concedida de mala gana, y con una sola publicación de banas.

El primogénito nació a los seis meses.

Siguen dos años en blanco. Durante ese tiempo nada aconteció en la vida de Shakespeare, hasta donde alcanzan nuestras noticias.

Febrero 1585. Dos mellizos.

Dos años en blanco.

1587-1597. Estancia de diez años en Londres, sin la familia.

Cinco años en blanco de la estancia en Londres.

Durante este período, nada le aconteció, hasta donde llegan nuestras noticias.

1592. Se sabe que es actor.

1593. Su nombre aparece en la lista oficial de los actores.

1593. Representó ante la reina. El dato carece de importancia. Otros hombres completamente obscuros representaron comedias para la reina durante los cuarenta y cinco años que Isabel ocupó el trono. Y el hecho de representar para la reina no les impidió seguir siendo ignorados.

Tres años de acontecimientos. Representaciones teatrales. Después...

En 1597 compró la propiedad llamada *New Place,* en Stratford.

Siguen trece o catorce años de negocios. Ganó dinero y adquirió reputación como actor y empresario.

Entretanto su nombre, con varia ortografía, se asocia a un cierto número de grandes obras teatrales y poesías, como autor de ellas.

Algunas de estas producciones fueron pirateadas entonces y después, sin protesta por parte de Shakespeare.

Entre 1610 y 1611 volvió a Stratford, y se estableció allí definitivamente, ocupándose en prestar dinero con usura, en comprar y vender casas y terrenos y en arrendar contribuciones. Rehusó el pago de cuarenta y un chelines que su mujer había pedido prestados durante el largo abandono en que tuvo a la familia. Demandaba a sus deudores por sumas insignificantes, aun de menos de un chelín. Se asoció a un

vecino para despojar al Municipio de sus derechos en un terreno comunal, y fracasó el intento.

Pasó cinco o seis años—hasta 1616—gozando de la satisfacción que le producían tan elevadas empresas. En ese año hizo su testamento, que tiene tres páginas, todas firmadas por él.

El testamento es obra de un hombre de negocios por los cuatro costados. Mencionó pormenorizadamente cada uno de los objetos de su propiedad, como casas, terrenos, espada, tarro con adornos de plata, *cama que seguía a la mejor, muebles,* etc.

Hizo una meditada distribución de bienes entre las personas de su familia, sin olvidar a ninguna de ellas, ni aun a la esposa, aquella esposa con la que se casó de prisa por virtud de una dispensa especial, cuando el testador no había cumplido aún los diez y nueve años, la esposa abandonada durante largo tiempo, la esposa que se había visto obligada a pedir prestados cuarenta y un chelines para una necesidad apremiante, sin que el acaudalado marido atendiese a las reclamaciones del mutuante, quien murió dejando el incobrable crédito. Ni esta esposa fué preterida en el testamento de Shakespeare.

Le dejó *la segunda cama, la que seguía a la mejor.*

Sólo eso le dejó. Fuera de la segunda cama, la esposa no pudo contar con un penique para bendición de su afortunada viudez.

El testamento es un testamento de hombre de negocios, no un testamento de poeta. Tiene ese carácter en grado eminente y conspicuo.

En él no se menciona *un solo libro.*

Los libros eran entonces objetos de valor más alto que las espadas y los tarros con adornos de plata, y cuando alguien hacía testamento, jamás dejaba de mencionar los libros en lugar preferente.

El testamento no menciona *una obra teatral, una poesía, un trabajo literario sin concluír, una hoja de papel escrito.*

Muchos poetas han muerto pobres, pero éste es en toda la historia el único que murió con el género de pobreza que llamaremos literaria. Todos los demás dejaron algunos manuscritos. Dejaron un libro. Hasta dos.

Si Shakespeare hubiera tenido un perro... ¿Pero quién duda que si Shakespeare hubiera tenido un perro lo habría mencionado en su testamento? En el caso de un perro bueno, Susana habría sido la heredera; en el caso de un perro inferior, se habría acordado de su mujer. Lamento que no haya tenido perro, pues me habría gustado mucho ver la curiosa y acuciosa distribución de ese perro entre los miembros de la familia, según el sistema de aquel hombre práctico.

Firmó el testamento en tres planas.

Años antes había firmado otras dos piezas auténticas.

Todavía existen esas cinco firmas.

No conocemos otra muestra de puño y letra de Shakespeare. Ni una sola línea.

¿Tenía algún prejuicio contra la caligrafía?

Su amada nieta había llegado a los ocho años cuando él murió, y ni la niña había recibido instrucción, ni el abuelo, que era rico, dejó dineros para que fue-

se educada. Era ya mujer y no sabía escribir. Su ignorancia llegaba al grado de confundir los papeles de su esposo con los de otras personas. Aun pensó que lo escrito por el esposo había sido escrito por Shakespeare.

Cuando éste murió en Stratford, el hecho *no fué considerado como un acontecimiento.* Inglaterra recibió la noticia de la muerte de Shakespeare como podía haber recibido la noticia de la muerte de otro actor cualquiera. Nadie acudió de Londres a Stratford. No se publicó una sola elegía. No se imprimió un solo panegírico. No se derramó una lágrima nacional.

Todo fué silencio. Silencio, y nada más.

El hecho contrasta con lo que ocurrió a la muerte de Ben Jonson, de Francis Bacon, de Spenser, de Raleigh y de otros personajes literarios del tiempo de Shakespeare. No hubo una sola voz de elogio para el bardo del Avon. Ben Jonson aguardó siete años, y sólo entonces levantó su canto en honor del genio.

Hasta donde alcanzan los hechos averiguados y susceptibles de una demostración palmaria, el Shakespeare de Stratford, en las riberas del Avon, jamás escribió una obra teatral.

Hasta donde alcanzan los hechos averiguados y susceptibles de una demostración palmaria, jamás escribió una sola carta a alma nacida.

Según esos mismos hechos, averiguados y susceptibles de una demostración palmaria, recibió una sola carta en toda su vida.

Según los hechos averiguados y susceptibles de

una demostración palmaria, el Shakespeare de Stratford sólo escribió una poesía. Esta única poesía de su vida es auténtica. La escribió, en efecto. El hecho no puede negarse. Escribió toda esa poesía, desde el primero hasta el último verso. La obra es original, salida de su caletre. Y el poeta ordenó que esa obra de arte fuese grabada sobre su tumba, lo que se hizo. Allí se encuentra hasta hoy. Dice así:

Good friend for Iesus sake forbeare
To digg the dust encloased heare:
Blest be ye man yt spares thes stones
And curst be he yt moves my bones (1).

La lista anterior contiene *todos los hechos positivos que conocemos* acerca de la vida de Shakespeare, por mezquino y pobre que parezca el registro. Fuera de esto, no sabemos *una sola palabra* sobre aquel hombre. El resto de su voluminosa historia, tal como nos la dan los biógrafos, ha sido contruído, pieza a pieza, capítulo a capítulo, por medio de suposiciones, inferencias, hipótesis, conjeturas—toda una Torre Eiffel de apariencias que se levantan hasta el cielo sobre débil base de hechos vulgares, faltos de importancia para el efecto.

---

(1) Hermano, por Jesús, abstente de levantar con tu azada el polvo que aquí está encerrado: bendito sea quien respete estas piedras y maldito quien remueva mis huesos.

IV

CONJETURAS

Los biógrafos *suponen* que Shakespeare asistió a la escuela municipal de Stratford y que fué alumno de ella desde los siete hasta los trece años.

No hay una sola *prueba* de que asistiera a ese o a otro establecimiento escolar.

Los biógrafos *infieren* que Shakespeare aprendió el latín que sabía, y que lo aprendió en la escuela a que concurrió según *suponen*.

Suponen que la menguante fortuna del padre de Shakespeare obligó al hijo a dejar de frecuentar la escuela de la que *suponen* era alumno, para buscar trabajo y contribuír al sostenimiento de los padres y de los diez hijos de éstos.

Suponen que ayudaba al padre en su negocio de carnicería, y que dada su tierna edad no mataba reses mayores y se limitaba a degollar terneras. *Suponen* también que cuando mataba una ternera, pronunciaba floridos discursos acerca del acontecimiento. Estas suposiciones se basan en el testimonio de una

persona que no estaba allí por entonces; pero la referida persona oyó contar el hecho a otra persona que pudo haber estado en aquel lugar, aunque no dice si efectivamente ese fué el caso. De todos modos, ni el que lo oyó ni el que lo refirió primero dijeron una palabra sobre el particular durante dos, cuatro, seis, ocho, diez o doce lustros después de la muerte de Shakespeare, y sólo hicieron mención del hecho cuando la vejez y la consiguiente decadencia había renovado y vivificado sus recuerdos.

No tenían presente otro rasgo del distinguido ciudadano, muerto tantos años antes. Sólo sabían que mataba terneras y que estallaba en improvisaciones oratorias durante la operación del degüello.

¡Vaya una cosa curiosa!

El distinguido ciudadano había vivido veintiséis años en el villorrio. Había pasado allí nada menos que la mitad de su existencia. Y sólo se recordaba de él un hecho. Sin embargo, bien vistas las cosas, ese hecho es importantísimo; es el más importante de todos los hechos de la vida de Shakespeare en Stratford.

Los dos testigos eran observadores profundos. ¿No es acaso la experiencia lo más valioso en el caudal de un autor? La experiencia da músculo, aliento, glóbulos rojos al libro que sale de la pluma. Bien vistas las cosas, el degüello de terneras explica a *Tito Andrónico*, única obra—¿no es así?—escrita por el Shakespeare de Stratford. ¡Y sin embargo, esta obra es precisamente la que todos le quieren birlar, hasta los baconianos.

Los biógrafos *se creen justificados en la creencia* de que Shakespeare cazó furtivamente ciervos en el coto de Sir Thomas Lucy, por lo que se le acusó ante el juez de paz. Pero no hay el menor rastro de que eso haya sucedido.

Después de haber argumentado largamente para convertir lo que pudo haber sucedido en lo que sucedió realmente, tuvieron pocas dificultades los biógrafos en hacer de Sir Thomas Lucy el juez Shallow. Y han convencido al mundo entero desde hace mucho tiempo. Para el mundo, como para ellos, Shallow es Lucy. ¿En qué se fundan? En suposiciones. Para el mundo, como para ellos, las suposiciones son pruebas fehacientes.

Nada más fácil que la otra adición a la historia del joven Shakespeare de Stratford. Una vez supuesta la cacería furtiva en el coto, y supuestas las actuaciones ante la justicia local, y supuesta la vindicativa sátira contra el magistrado en la comedia, resulta que el joven Shakespeare era un tunante desenfrenado, lo más tunante y desenfrenado que puede imaginarse. ¿Hay quien lo dude? El hecho ha quedado para eterna memoria, por gratuita que sea la difamatoria afirmación.

No de otro modo nos la compusimos el profesor Osborn y yo al construír el colosal esqueleto de brontosauro que extiende sus cincuenta y siete pies de longitud y levanta sus diez y seis pies de altura en el Museo de Historia Natural, para espanto y admiración del mundo entero, cuyos ojos no han visto un esqueleto más augusto en toda la planetaria re-

dondez de la tierra. Teníamos nueve huesos, oígase bien. Y lo demás se hizo con yeso de París. Gracias a que se nos acabó este yeso, que sin la falta de material, habríamos construído un brontosauro digno de sentarse junto al Shakespeare de Stratford y de rivalizar con él, pues nadie, fuera de los más expertos, podría decir cuál era más grande o cuál contenía más yeso.

Shakespeare declaró que *Venus y Adonis* fué entre sus obras *la primera heredera*, dando tal vez a entender que fué el primer esfuerzo de su genio literario. No debió haberlo dicho. Esa declaración ha sido extraordinariamente embarazosa para sus biógrafos durante largos años. Se han visto, en efecto, precisados a imponerle la obligación de haber escrito ese gracioso, delicado, irreprochable, bellísimo poema antes de huír de Stratford y de abandonar a su familia, o sea antes de 1586, o a más tardar antes de 1587, es decir, antes de cumplir los veintidós años, o acabando de cumplirlos, supuesto que durante el lustro que sigue escribió cinco grandes obras teatrales y no le quedó tiempo para escribir un solo verso, fuera de esas cinco obras.

Haceos cargo de la dificultad. Si comenzó a degollar terneras y a cazar ciervos y a inquietar gente con sus alborotos y a aprender la lengua inglesa en el primer momento que tenía libre para todo ello. esto es, a los trece años, cuando fué arrancado a la escuela, donde se supone que almacenaba un latín suficiente para usos literarios en lo futuro—las juveniles manos del poeta no podían estar más ocupadas—.

Tenía mayor número de hierros de los que podía llevar a la lumbre. Necesitaba ante todo desprenderse del dialecto común en el Warwickshire, incomprensible en Londres y darse con tesón al estudio del inglés. Necesitaba, en efecto, mucho tesón, un tesón formidable, si los resultados habían de ser aquella suavidad rotunda y flexible, aquel inglés perfecto del *Venus y Adonis,* adquirido en el espacio de diez años, y al mismo tiempo la soberbia, la insuperable *forma* literaria.

Sin embargo, *se conjetura* que, no sólo hizo esto, sino mucho más, muchísimo más. Aprendió la legislación con todas sus complicadas profundidades; aprendió el enredado procedimiento de los Tribunales; aprendió el arte militar y la navegación; aprendió las costumbres, maneras y peculiaridades propias de la vida cortesana y del mundo aristocrático; atesoró cuantas noticias tenían entonces los doctos, y a la vez todas las que formaban el acervo de los humildes e iletrados... Añadió a tales adquisiciones un extenso e íntimo conocimiento de las grandes literaturas antiguas y modernas. Nadie le igualaba en esto, pues no bien llegado a Londres le fué dado hacer una espontánea, brillantísima y fascinadora ostentación de sus espléndidos tesoros.

Según los constructores de conjeturas, eso sucedió. Sí; aun cuando nadie podía enseñarle en Stratford tales cosas. aunque no había libros en aquel poblacho, el Shakespeare de Stratford llegó a Londres, y, sin perder un instante, deslumbró a la capital.

Sin embargo, el padre de Shakespeare no sabía

leer. Los conjeturadores conjeturan que ese padre analfabeto no tenía libros. Pero...

Los biógrafos de Shakespeare suponen que el joven Shakespeare de Stratford obtuvo sus conocimientos jurídicos y se familiarizó con las costumbres, formas y tecnicismo de los curiales, desempeñando durante algún tiempo el empleo de *escribiente en el Juzgado de Stratford.* El hecho tendría un paralelo si yo, niño de brillante inteligencia, educado en un poblacho a orillas del Mississippí, hubiera aprendido con toda perfección lo relativo al ejercicio y lenguaje peculiar de los rudos y audaces pescadores de ballenas en el estrecho de Bering, por haberme dedicado a echar el anzuelo algún domingo para llevar a casa media docena de los silúridos llamados *gatos fluviales.*

Supónese, además, que el joven Shakespeare reunió aquellos tesoros legislativos durante los primeros años de su estancia en Londres, sin dejar la vida alegre, leyendo libros de jurisprudencia en su guardilla y atrapando palabras y frases al pasar cerca de los Tribunales. Pero esto es mera conjetura. No hay *prueba* de una sola de estas cosas. Son, simplemente, dos espuertas de yeso.

Existe la leyenda de que Shakespeare ganó el pan y pudo untar manteca a ese pan guardando caballos en las puertas de los teatros de Londres, durante las mañanas y las tardes. Acaso haya sido así. Pero suponiendo que hubiera tenido caballos de la brida en las puertas de los teatros, eso abreviaba las horas disponibles para leer obras de Derecho y para hacer

visitas de recreo a los Tribunales. Precisamente entonces se ocupaba en escribir grandes obras, y le hacía falta todo el tiempo de que podía disponer.

Era necesario dar de mano a la leyenda de los caballos, pues aumentaba de un modo espantoso las dificultades que tenían los biógrafos para ensanchar la erudición del joven Shakespeare, erudición que se fué formando espuerta por espuerta y que el autor aprovechó vaciando cada día en un drama imperecedero las adquisiciones hechas durante la víspera.

A la vez tenía que aprender el arte de la guerra, y entrar en relaciones con soldados y marinos para conocer sus costumbres y lenguaje. Le era preciso enterarse de lo que pasaba en tierras extrañas y saber algo por lo menos de los idiomas que en ellas se hablan. Diariamente desembocaban en su mesa de trabajo ríos caudalosos de todas esas varias noticias que enriquecían sus dramas.

¿Cómo pudo lograr tan valiosas adquisiciones?

Ya lo hemos dicho.

Supónese que viajó por Italia, por Alemania y por los alrededores de esos países, y que así quedó capacitado para trasladar al papel aspectos físicos y sociales de tierras remotas. *Supónese* que viajando adquirió un conocimiento perfecto del idioma francés, del italiano y del español. *Supónese* que tomó parte en la expedición de Leicester a los Países Bajos, ya como soldado, ya como cantinero, ya de cualquier otra manera. Eso duraría meses o años, que en lo del tiempo no hay dificultad, pues a la hora de suponer se le supone corto o largo, y disponiendo de meses o

años para la campaña, bien pudo familiarizarse con la vida del soldado, adquirir sus costumbres y saber al dedillo hasta sus bromas. Lo que se dice del soldado, se dice del general. Shakespeare podía ser todo un general. Y podía ser consumado marino.

Acaso fué general, acaso fué soldado, acaso fué marino. Sólo hay una dificultad. ¿Quién se encargaba de los caballos? ¿Y quién estudiaba los libros de Derecho en el sotabanco? ¿Y quién se holgaba chanceándose con los legistas de Londres? ¿Y quién llevaba y traía recados de caballeros y damas? ¿Y quién representaba comedias?

Porque para todo ello se necesitaba un solo Shakespeare, un Shakespeare indivisible y ubicuo.

Considérese que en 1593 ya era *vagabundo,* término descortés con que las leyes designaban al actor sin patente. En 1594 ya era un actor en forma, oficialmente reconocido como miembro de una profesión que por aquel entonces no gozaba de una gran estimación ni merecía el más alto respeto.

Poco después llegó a copropietario y gerente de dos teatros. Era un hombre de negocios, tan atareado como floreciente, y en el transcurso de veinte años no hizo otra cosa que embolsar dinero con ambas manos.

Después en un frenesí noble de inspiración poética, escribió su obra única, su obra favorita. La escribió y murió:

Good friend for Iesus sake forbeare
To digg the dust encloased heare:

Blest be ye man yt spares thes stones
And curst be he yt moves my bones (1).

¿Habría muerto ya cuando compuso estos versos? También es una conjetura. Hay sólo presunciones. Pero presunciones de orden interno.

¿Reproduciré las otras conjeturas que constituyen la gigantesca biografía de William Shakespeare? No cabrían en el Diccionario Enciclopédico.

Esa biografía es como el brontosauro: nueve huesos y seiscientos barriles de yeso.

---

(1) Hermano, por Jesús, abstente de levantar con tu azada el polvo que aquí está encerrado: bendito sea quien respete estas piedras y maldito quien remueva mis huesos.

V

SUPONGAMOS QUE...

En el mercado del *Supongamos* hay tres tiendas que hacen sus respectivos negocios con tres cultos independientes.

Uno de esos cultos es el de Shakespeare, comanditado por los shakespearistas.

Otro, es el culto de Bacon, que está a cargo de los baconistas.

El tercero es el del Brontosauro, del que soy propietario y gerente.

El shakespearista sabe que Shakespeare escribió las *Obras* de Shakespeare.

El baconista sabe que Francis Bacon escribió esas mismas *Obras*.

El brontosaurista no sabe una sola palabra de nada, pero tiene la más firme, la más grata seguridad de que Shakespeare *no las escribió*, y una vehemente sospecha de que Bacon *lo hizo*.

Todos tenemos que acudir al *supongamos* y hacer un uso extenso de ese recurso; pero estoy seguro de que siempre, en todos los casos, los baconistas se han

llevado la palma, mostrándose más hábiles que los shakespearistas.

Los dos partidos emplean idénticos materiales, pero los baconistas se distinguen por ser más razonables y más racionales y más persuasivos en sus resultados que los shakespearistas.

El shakespearista basa su conjetura en un principio definido, en una ley inmutable que no se desvía.

Hela aquí:

$$2 + 8 + 7 + 14 = 165.$$

Creo que este es un error.

No importa. El shakespearista cocido en su propio jugo, jamás puede sumar de otro modo.

Los baconistas son diferentes.

Si llamáis a uno de ellos y escribís en la pizarra:

2
8
7
14

probablemente os dirá que el total es una cantidad que pocas veces llega a 45.

Y estoy seguro de que por cada diez casos, los baconistas harán una vez la suma de este modo:

2
8
7
14

Total..... 31

Ilustraré los dos sistemas en forma simple y doméstica, que servirá para la comprensión del espíritu más ignorante e ininteligente.

Supongamos un caso.

Busquemos el gato más mimado, más falto de luces, más inexperto. Y busquemos otro gato de esos que han llevado una vida de tejados y callejones, uno de esos veteranos de las noches de luna y de las tenebrosas trastiendas, uno de esos gatos, en suma, para quienes la vida no guarda ningún secreto.

Una vez teniendo a esos dos gatos, busquemos un ratón.

Encerremos a los tres animales en una prisión celular, sin agujeros, hendeduras o vías de escape.

Al cabo de una hora, abramos la puerta y metamos en la celda a un shakespearista y a un baconista, para que descifren misterios y hagan suposiciones.

No habrá ratón por ningún lado. El ratón se habrá perdido.

No es necesario oír los veredictos para conocerlos, pues los conocemos de antemano.

Uno de los peritos dirá que el ratón está en el estómago del gatito mimado. Otro dirá que se lo ha comido el gatazo de los bigotes.

He aquí cómo razonará el shakespearista, y conste que yo no invento el lenguaje pues le pertenece de pleno derecho:

Dirá que el minino *pudo* haber ido a la escuela sin que nadie se enterara, y pudiendo haber ido a la escuela, *estamos en aptitud de suponer* que lo hizo. Sin que nadie se enterara, *pudo* también haber sido gato

de curiales, y habiendo *podido* ser gato de curiales, *tenemos sobrada justificación para suponer* que así sucedió. *Pudo* haber estudiado facultades gatunas en un sotabanco, y si pudo haber estudiado facultades gatunas en un sotabanco, sin que nadie lo supiera, *de seguro* lo hizo. *Pudo* haber asistido a las asambleas de los felinos en noches de luna, tejas arriba, simplemente por pasatiempo, y sin que se percatara de ello la señora de la casa. Así *pudo* el gatito conocer el maullido de los gatos legistas. Si *pudo* hacer eso, *lo hizo*. ¿Qué duda cabe? Nadie supo que el gatito hubiera emprendido expediciones guerreras, y que en esas expediciones se hubiera puesto al cabo de los recursos estratégicos para cenar ratones, así como de los comentarios que en tales casos hacen los gatos belicosos, y que se hubiese amaestrado para riñas que traban los expedicionarios entre sí. Inferencia clarísima: el gatito mimado conocía cuanto puede conocerse en materia de expediciones nocturnas.

Una vez aceptando que todo eso pudo ser, tenemos derecho para creer que todo eso ocurrió.

La vasta, paciente y laboriosa acumulación de adquisiciones y aptitudes, sólo requería una cosa más: oportunidad para que la acción posible se convirtiese en acción triunfal. Dada la oportunidad, el resultado es evidente.

Sin género alguno de duda, el gatito mimado se comió al ratón.

Cuando el creyente de uno de estos tres cultos se planta en firme para decir:

—Podemos suponer,

seguramente ese *Podemos suponer,* bien regado, liberalmente abonado y convenientemente cultivado, llegará a ser pronto un corpulento, un sólido, un resistente *No hay género alguno de duda,* a prueba de tempestades.

Y eso es lo que pasa siempre.

Sabemos también lo que sería el veredicto baconiano:

—*No existe la prueba más insignificante de que el gatito haya recibido educación, de que se haya amaestrado, de que haya tenido experiencia para conducirse como bravo en el caso que tenemos a la vista. De seguro es inepto para todo lo que no sea beber una escudilla de leche no ganada en buena lid. Pero hay pruebas abundantes, superiores a toda crítica, de que el gato aventurero posee cuantas aptitudes son necesarias para una fechoría de estas. Sin género alguno de duda, el veterano encierra en el estómago el cuerpo del difunto ratón.*

VI

MI CELEBRIDAD COMPARADA CON LA DE SHAKESPEARE

Shakespeare murió en 1616. Las grandes obras literarias que se le habían atribuído, llevaban veinticuatro años de ser consideradas como obras maestras por el público de Londres. Y, sin embargo, su muerte no fué un acontecimiento. No llamó la atención. No produjo emoción alguna. Las apariencias del hecho indican que los eminentes contemporáneos estaban muy lejos de darse cuenta de que desaparecía un poeta aplaudido. Acaso llegó a su conocimiento la defunción de un actor mediocre, pero no consideraban a ese actor como autor de sus obras. *Tenemos datos fundados para suponerlo.*

La muerte de Shakespeare no fué un acontecimiento aun para el poblacho de Stratford. ¿Significa esto que en Stratford no era considerado bajo *ningún* concepto como celebridad?

Podemos permitirnos la libertad de suponer... No; estamos obligados a suponer que así fué, en efecto.

Allí habían transcurrido los primeros veintidós o

veintitrés años de su vida. Conocía a todos, y todos le conocían. En este *todos* no sólo se incluye a las gentes, sino a los perros, a los gatos y a los caballos.

Allí habían transcurrido los últimos cinco o seis años de la vida de Shakespeare, íntegramente ocupada en los pequeños y grandes asuntos que tienen por objeto un interés pecuniario.

Tenemos a la fuerza que suponer dos cosas:

1.ª Muchas de las personas que habitaban en Stratford conocían a Shakespeare de trato.

2.ª Todas las demás lo conocían de vista o de oídas.

¿Pero le conocían como *celebridad?*

A lo que parece, no.

Y no, porque todas aquellas gentes olvidaron bien pronto las relaciones que con él habían tenido o los incidentes de la vida de aquel hombre.

Lo mismo pasó con las dos o tres docenas de personas que tuvieron noticias directas o indirectas de sus primeros veintitrés años. O habían perdido la memoria por completo o no querían hablar.

¿Habrían hablado en el caso de que se les hubiera interrogado?

Probablemente, sí.

¿Se les interrogó?

Todo parece indicar que no fueron interrogadas.

¿Por qué no lo fueron?

La suposición más admisible es que a nadie le interesaba la persona de Shakespeare.

Los siete años que siguieron a su muerte, fueron un período de indiferencia. Después se publicó el

tomo en cuarto, y Ben Jonson, despertando de su apatía, entonó un canto de alabanza y lo estampó al frente del libro.

Publicado el libro, volvió a reinar el silencio.

Este segundo silencio duró sesenta años. Y al cabo de los sesenta años, comenzaron las investigaciones, que se hicieron interrogando a los stratfordenses.

¿Estos habían conocido a Shakespeare?

No.

¿Los stratfordenses interrogados eran los que habían conocido a los que conocieron a Shakespeare?

Tampoco.

Según parece, los stratfordenses interrogados eran stratfordenses avecindados después de la muerte de Shakespeare, y lo que sabían de Shakespeare lo sabían por personas que no le conocieron. Ignoraban los hechos; sólo había llegado a su noticia una leyenda, vaga, languideciente, indefinida; una leyenda del género de la del degüello de terneras, cuyo valor era nulo como historia o como novela.

¿Ha sucedido alguna vez, antes o después de Shakespeare, que un personaje célebre, nacido y educado en una población de escaso vecindario, haya desaparecido para siempre, después de haber pasado allí la mitad de una larga existencia, sin dejar una voz que lo recordara, un chismoso que contara cualquier anécdota?

No lo creo. Sólo Shakespeare tuvo el privilegio de que a su muerte siguiera un silencio inalterable. Y este hecho no se habría visto si Shakespeare hubiera

sido considerado como celebridad en la época de su defunción.

Examinemos mi caso...

Y digo que lo examinemos porque importa tener a la vista un caso típico de lo que probablemente, o digamos más bien, de lo que indudablemente resulta cuando se trata de personajes célebres, benefactores de la humanidad.

Como yo.

Mis padres me trajeron al pueblecillo de Aníbal, Estado de Misuri, a orillas del río Mississippí. Tenía yo dos años y medio. Entré en una escuela a los cinco años. De allí pasé a otra escuela, y a otra, y a otra, durante nueve años y medio.

Murió mi padre entonces, dejando a la familia en circunstancias extraordinariamente difíciles. No pudiendo seguir mi educación, entré como aprendiz en una imprenta. Se me daba la comida y la ropa. Cuando no había ropa, recibía en lugar de ropa un devocionario. Para verano, probablemente no estaba mal del todo la sustitución.

Viví en Aníbal quince años y medio, y al cabo de ese tiempo me escapé, como lo acostumbra toda persona destinada a la celebridad. No volví más al pueblo.

Cuatro años después se me admitió en un vapor que hacía la carrera entre San Luis y Nueva Orleans. Era *cachorrillo,* o grumete, como se quiera.

Después de año y medio de rudo trabajo y de estudios hechos a bordo con toda conciencia, los inspectores oficiales me examinaron rigurosamente en

dos pruebas y declararon que conocía palmo a palmo las mil trescientas millas del Mississippí, tanto de noche como de día, pues navegaba con la misma facilidad que tiene el recién nacido para encontrar el pezón que lo alimenta, ya sea de día, ya de noche.

En vista de este resultado, se me extendió título de piloto—se me armó caballero, en otros términos—, y revestido de autoridad, entré en la categoría de servidor del Gobierno de los Estados Unidos, con plena responsabilidad.

Pasemos al otro caso.

Shakespeare murió joven, pues sólo tenía cincuenta y dos años de edad. Había vivido en su pueblo natal veintidós años corridos. Era célebre al morir, si creéis lo que cuentan los libros. Sin embargo, nadie hizo caso de la muerte de ese hombre célebre, ni en el pueblo ni fuera del pueblo. Y pasaron sesenta años antes de que un pueblerino recordase algún hecho o palabra de Shakespeare en Stratford. Llegó el día de las investigaciones y se recogió un solo hecho; no: una *leyenda*. Y ese hecho o leyenda era de segunda mano. El que la contó la había oído, sin saber dónde ni cuándo. Nadie aseguró la propiedad literaria del cuento. ¿Iba el autor a serlo de una anécdota anterior a la fecha de su nacimiento?

Pero en el pueblo habría algunas personas que por fuerza conocieron a Shakespeare; ellas, en los primeros años de la vida; él, en los cinco últimos. Esas personas habrían podido decir al investigador cosas interesantes; habrían podido darle noticias de primera mano; pero para ello hubiera sido necesario que el

Shakespeare de Stratford hubiese sido entonces una celebridad en Inglaterra, y a ese título, un personaje de interés local.

¿Por qué el investigador no buscó a aquellas personas y no las interrogó?

¿El asunto no era de interés?

¿No era de transcendencia?

¿El investigador estaba invitado a una riña de perros y no tenía tiempo que perder?

Todo ello indica que Shakespeare jamás fué una celebridad literaria, ni un actor de primer orden, ni un empresario conceptuado.

Pasemos a mi caso.

Yo he avanzado más en el camino de mi vida que Shakespeare en el camino de la suya, pues queda atrás mi septuagésimo tercer aniversario. Sin embargo, viven aún *diez y seis* de mis condiscípulos de Aníbal. Ellos podrán decirlo. Y lo dicen. Los investigadores han recogido de sus labios, por docenas, las anécdotas de nuestra existencia infantil. Son cosas de los albores de la vida, del primer florecimiento de la juventud; cosas viejas, de dulce remembranza; cosas de los tiempos en que salíamos al campo para hacer vida gitanesca.

Hay entre esas anécdotas algunas que me hacen honor. Casi todas pertenecen a esta categoría.

Vive aún en Aníbal una septuagenaria a quien conocí cuando yo tenía ocho años. Ella tenía cinco. La amé... Sobreponiéndose a las fatigas de un viaje de mil o mil doscientas millas por ferrocarril, sin menoscabo para su heroica paciencia o para su vigor,

tan antiguo como joven, esa mujer ha venido a visitarme durante el último verano.

Otra de las contemporáneas, que tenía nueve años, y yo la misma edad cuando fuimos novios, vive hoy en Londres. Goza de cabal salud, como la mía. Y como yo, se conserva animosa.

Hay todavía vapores fluviales supervivientes, carcomidos espectros de las numerosas flotas que surcaban el Mississippí cuando yo comencé mi carrera de navegante—hace cincuenta y tres años, período igual a toda la vida de Shakespeare—, y en esos vapores, dos o tres pilotos que presenciaron mis meritorias proezas. Hay, además, algunos maquinistas de cabeza blanca, en el mismo caso. ¡Hay tantos y tantos hombres de aquellos que durante las noches echaban la sonda gritando:

—*Mark twain!*... (1).

Esa voz me quitaba la angustia, después del terrible:

—¡Seis pies escasos!

Y se convertía en un himno si clamaba:

—¡Cuatro de profundidad!

Es decir, cuando la medida se hacía por brazas, y señalaba veinticuatro pies de fondo.

¡Ese era el paraíso del pilotaje!

¿No podrán hablar de mí los antiguos camaradas?

¡Vaya si pueden!

---

(1) *Mark twain*—marca dos—, grito de los encargados de la sonda. De allí tomó su seudónimo el humorista, en recuerdo de aquellos primeros años.

¿Y no tendrán materiales para hablar de mí todos los impresores, desde San Luis hasta Nueva York?

Pregúntese a los reporteros, mis colegas, de cuanto pueblo hay entre Nevada y San Francisco.

Pregúntese a la policía...

Si Shakespeare hubiera sido realmente célebre, como yo, Stratford habría podido contar mil cosas de él.

Y las habría contado, o yo no sé lo que es esta vida.

VII

CUESTIÓN DE MÉTODO

Creo que en el caso de que se me nombrara director de una controversia para resolver si Shakespeare escribió las Obras de Shakespeare, sometería a los controversistas esta cuestión única, dejando todo lo demás de lado:

¿Shakespeare fué alguna vez abogado litigante?

Dícese que el autor de las Obras de Shakespeare, no sólo era una mente de veinte mil facetas, sino que era una mente con veinte mil aptitudes adquiridas por la educación. No sólo conocía, según esto, millares de hechos relacionados con la vida humana en todos sus aspectos y matices, sino que era perito en centenares de artes, oficios y ejercicios. De allí que estuviera capacitado para *hablar* de todo sin el menor asomo de impropiedad o vacilación.

Tal vez acierten los que así opinan.

¿Pero se trata de una opinión pericial o es la desautorizada voz de Pedro, Juan y varios?

¿Se trata de una vaga generalización retórica que no constituiría testimonio ni aportaría prueba, o de hechos particulares, de datos perfectamente demostrados, de cifras estadísticas?

Hombres de indiscutible autoridad y pericia han rendido su testimonio en relación con una de tantas aptitudes técnicas de Shakespeare, si mis recuerdos acerca de la controversia Shakespeare-Bacon no me engañan. Hablo de la competencia jurídica.

No tengo presente si Wellington o Napoleón examinaron la estrategia de Shakespeare, y especialmente sus sitios y batallas, y no podré decir por lo mismo si esas autoridades han declarado irreprochable la capacidad militar de Shakespeare.

Tampoco podría decir si Nelson, Drake o Cook examinaron su arte naval y reconocieron que el autor estaba profundamente familiarizado con los secretos del mar y de los medios de surcarlo.

He perdido la memoria de los testimonios rendidos por algún rey, príncipe o duque acerca de la perfección literaria con que Shakespeare haya podido presentar las costumbres, lenguaje y maneras de la corte.

De igual modo flaquean mis recuerdos en cuanto a lo que se haya dicho por parte de los latinistas, helenistas, hispanistas, galicistas e italianistas sobre la maestría de Shakespeare en lenguas antiguas y modernas.

No recuerdo... En suma, no recuerdo si existe un testimonio, lo que se llama un *testimonio,* grande,

imponente, indiscutible, irrefragable, sobre las ciento y una especialidades técnicas de Shakespeare.

Sólo hay una excepción: la aptitud jurídica.

Ciertas cosas cambian durante el transcurso del tiempo. El perito no acierta a señalar con plena seguridad las modificaciones a que han estado sometidos los ejercicios prácticos y su técnica, por el correr de los siglos—de uno o dos siglos para no extendernos demasiado—, y no puede precisar por lo mismo cuál fué el procedimiento seguido en tal o cual tiempo, sino de un modo aproximado.

Pero la legislación no está en el mismo caso. Tenemos piedras miliares que nos conducen a través del pasado, y todo maestro en esa maravillosa disciplina tan complicada, tan intrincada, tan espantable para el profano, puede saber con toda exactitud si Shakespeare era legista consumado o no lo era. Puede informarnos de ciencia cierta si el trágico reproducía con exactitud los procedimientos de los tribunales, si su tecnicismo jurídico era el de los veteranos de la jurisprudencia o si en las escenas y diálogos que tienen por objeto presentar las cuestiones relacionadas con el Derecho hay sólo una artificiosa imitación, con términos de pega y con el resultado de algún paseo por Westminster.

Richard H. Dana sirvió dos años cerca del mástil y aprendió todo lo que la experiencia enseña al marinero de nuestros días que ocupa un puesto en el combés. La pluma de Richard H. Dana tiene toda la facilidad, toda la seguridad, toda la confianza de

quien ha *vivido* lo que narra, sin atenerse a lecturas o conversaciones de taberna (1).

¿Qué diría a esto el capitán de un buque velero contemporáneo?

Diría:

—El autor no aprendió en libros lo que ha escrito; no se lo contaron. ¡Estaba allí!

¿Pero ese mismo capitán podría darnos un testimonio acerca de los conocimientos navales de Shakespeare, dados los necesarios cambios que ha habido—en buques y en fraseología—, cambios no señalados, transformaciones olvidadas, perdidas para la Historia?

El marino de hoy—tengo esta convicción firmísima—lee las escenas de Shakespeare que se relacionan con su arte como si estuvieran escritas en una lengua de aborígenas americanos.

Tomemos este ejemplo de la *Tempestad*... (2).

Y basta por ahora.

Pasemos a otro asunto, para descansar.

Si alguien escribiera hablando de emes, galeradas, interlíneas, regletas, cíceros, minervas, planas ajustadas y capillas, formando una frase con estas y otras palabras, al instante os diría cuándo se trata de un

---

(1) *Mark Twain* reproduce tres pasajes característicos, que son perfectamente ininteligibles para quien no conozca al dedillo la terminología de los marinos.

(2) Cita la primera escena del primer acto de la *Tempestad*, que el Sr. Macpherson en su excelente traducción española, corta justamente donde comienza el inextricable enredo técnico.

impresor teórico y cuándo de un artesano realmente práctico, pues tengo al dedillo los pormenores técnicos y su aplicación rigurosa.

He buscado la plata cuarzosa en las sierras—profesión cuyas penalidades os recomiendo—y no me falta una sola de las expresiones propias del ramo. Sé lo que son derechos del descubridor, derechos subordinados, pertenencias, denuncios y caducidades; me pierdo de vista hablando acerca de las vetas, bolsas y echados; diserto sobre cucharas y tentaduras; no cometo un solo error cuando tengo que referirme al tiro, galerías y malacate, o al beneficio de patio; sé lo que digo si trato de las amalgamas, de la cianuración, del magistral y de otras mil cosas que dejan con la boca abierta a los profanos.

Por eso cuando abro un libro de Bret Harte, no bien empiezo a leer la primera frase de uno de sus mineros, me digo:

—Bret Harte ha aprendido estas frases por lo que le contaron, y no por propia experiencia. Está en el caso de Shakespeare—digo del Shakespeare de Stratford.

El dialecto del cuarzo es de aquellos que sólo puede aprenderse con barreta, pala, taladro, pólvora y mecha.

También he sido minero de superficie. He buscado oro. Conozco todos los misterios técnicos y dialectales del oficio.

Cuando Bret Harte saca en sus novelas uno de estos gambusinos, veo a leguas que ni Bret Harte

ni el gambusino han operado realmente batea en mano.

He sido también minero de depósito. Es una minería, a lo que entiendo, practicada sólo en cierto lugar de la tierra. Con cuerno y agua encuentro la huella del depósito, y lo sigo paso a paso, escalón por escalón, hasta dar con el compacto nido de oro que oculta su concreción bajo la superficie de la enhiesta serranía. Poseo el lenguaje de esta especialidad caprichosa, fascinadora, verdadera busca de tesoro escondido, y puedo señalar a los autores que hablan de ella sin los dos únicos maestros que la enseñan: el sudor de la frente y el trabajo de las manos.

Conozco otras muchas profesiones y las jergas que las acompañan, y si alguien se aventura en mi presencia a hablar de memoria sin el conocimiento directo que se obtiene bebiendo en la fuente, yo le cierro el paso y no le permito que continúe su incierto camino.

De ese modo, si yo fuese nombrado para dirigir una controversia Bacon-Shakespeare, ceñiría la cuestión a un solo tema, el único en el que hay dictamen de personas competentísimas, y diría:

—Resuelvan ustedes si el autor de las obras de Shakespeare fué abogado o no lo fué. Digan si fué un abogado de conocimientos teóricos profundos y de experiencia en el manejo de los negocios.

Nada de suposiciones, nada de conjeturas, nada de talveces, nada de acasos, nada de podemos conjeturar, nada de pudo haber sido, ni de tenía que ser,

ni de fué necesariamente; nada de vaguedades, ni de espectros, ni de sombras, ni de cosas indefinidas.

La cuestión se resolverá en uno u otro sentido, por el veredicto del jurado en un solo punto.

Si el jurado responde afirmativamente a la pregunta, quedaré convencido de que el Shakespeare de Stratford, actor, empresario, comerciante, muerto obscuramente, olvidado sesenta años después en su misma aldea, no escribió las obras de Shakespeare.

El capítulo XIII del libro a que hago referencia, *Revisión del problema de Shakespeare*, trata de Shakespeare como jurista. Consta de cincuenta páginas y contiene un testimonio pericial comentado.

Transcribiré las primeras nueve páginas, suficientes en mi opinión para resolver el punto capital, clave de la charada Shakespeare-Bacon.

VIII

SHAKESPEARE COMO LEGISTA (1)

Las obras teatrales y líricas de Shakespeare dan un amplio testimonio de que el autor no sólo tenía conocimientos exactos y extensos acerca de la legislación, sino que le eran familiares las costumbres y maneras de los miembros de la curia y que, en general, había participado de la vida relacionada con la práctica de la jurisprudencia.

"*Mientras los novelistas y dramaturgos incurren constantemente en errores acerca de las leyes que rigen el matrimonio, los testamentos y las sucesiones* ab intestato, *cuanto dice Shakespeare acerca de materias jurídicas, con gran extensión en muchos pasajes, no puede ser tildado de tacha alguna.*" *Tal es el testimonio dado por uno de los jurisconsultos del siglo XIX, presidente del Tribunal Supremo en 1850.*

---

(1) Capítulo XIII de la *Revisión del problema de Shakespeare* (*The Shakespeare Problem Restated.* By George G. Grenwood, M. P. John Lane Company, Publishers.

y posteriormente Lord Canciller. El peso de esta opinión será más estimada de los juristas que de los profanos, pues sólo aquéllos saben hasta qué punto es imposible ocultar la ignorancia del que se aventura a emplear términos jurídicos y a discutir doctrinas legales sin haber pasado por la enseñanza de la jurisprudencia. "No hay nada tan peligroso para un extraño—escribió Lord Campbell—como querer darse baños de iniciación en nuestra francamasonería." La ignorancia se delata por expresiones que jamás emplearía el verdadero legista. El propio Mr. Sidney Lee nos da un ejemplo de ello. Escribe en la página 164 de su libro. "El día 5 de febrero de 1609, Shakespeare... obtuvo sentencia de un Jurado contra Addenbroke para el pago del número 6 y del número 1, la suma de 5 chelines y 0 peniques de costas." Un legista no habría empleado la palabra sentencia, pues el Jurado no tiene por función dar sentencias —prerrogativa de los tribunales de Derecho—, sino pronunciar un veredicto fundado en los hechos del caso. Se trata de un pecado venial, pero basta ese pecado venial para que el legista sepa si el autor de tales errores puede ser del gremio.

Cuando el profano entra todavía más en las poridades propias de la materia jurídica, exhibirá por fuerza su incompetencia. "Si el individuo que no pertenece a la profesión, por inteligente que lo supongamos—añade Lord Campbell—, tiene la presunción de tratar cuestiones jurídicas, o, tratando otras materias, ejemplifica sus razonamientos con

hechos de la ciencia legal, necesariamente caerá en los más risibles absurdos."

¿Qué dice esa misma autoridad acerca de Shakespeare? Dice que tenía un profundo conocimiento técnico de la ley y una fácil familiaridad "con algunos de los procedimientos más abstrusos de la jurisprudencia inglesa".

Y adelante:

"Siempre que sigue esta propensión, expone las doctrinas más precisas jurídicamente."

Hablando de la segunda parte del Enrique IV, *dice:*

"Si supusiéramos que Lord Eldon escribió esa obra, no sé cómo podría imputársele el olvido de sus conocimientos jurídicos al hacer su trabajo."

Charles y Mary Cowden Clarke se refieren a "la maravillosa intimidad que muestra hablando de términos legales", a "la frecuente adopción que hace de ellos para ejemplificar sus ideas", y al "curiosísimo conocimiento técnico de la forma y fuerza de esos términos".

Malone, también abogado, escribió:

"Su conocimiento de los términos legales no es el que podría adquirirse por observación ocasional de un espíritu tan comprensivo como el suyo, que todo lo abarcaba; revela una aptitud técnica."

Otro abogado, shakespearista famoso, Richard Grant White, dice:

"Ninguno de los poetas dramáticos de aquel tiempo—ni aun el mismo Beaumont, hijo menor de un juez del Tribunal de Common Pleas, *Beaumont, que*

abandonó la curia por el drama, después de haber seguido sus estudios en los bufetes de los abogados—, ni aun este autor, digo, empleaba las frases jurídicas con tanta facilidad y exactitud como Shakespeare. Y la significación de este hecho alcanza mayor importancia cuando se considera que su inclinación es exclusiva y que sólo aparece en la esfera jurídica. Raras veces emplea frases peculiares de otras ocupaciones, ya sea por vía de descripción, de comparación o de ejemplificación, y en tales casos lo hace llevado por sugestiones de la escena; pero las frases legales brotan de su pluma como parte de un vocabulario personal y como esencia de su pensamiento.

"Tomemos por ejemplo la palabra compra (1), *que en el uso ordinario significa adquisición a cambio de un valor, pero que jurídicamente expresa todos los medios de adquirir, salvo la herencia o sucesión, y en este sentido peculiar las treinta y cuatro obras de Shakespeare presentan la palabra cinco veces, en tanto que las cincuenta y cuatro obras de Beaumont y Fletcher sólo nos la presentan una vez con ese significado.*

"Se ha dicho que Shakespeare aprendió el vocabulario jurídico en sus visitas a los Tribunales de Londres. Pero esta suposición es insuficiente para

---

(1) En la jurisprudencia inglesa los términos son esoterismo de que no podrá darnos idea la significación técnica de las palabras correspondientes castellanas, aun en los casos de rigor más estricto.

El traductor omite explicaciones superfluas y enfadosas.

explicar el fácil y exacto empleo que hace de su fraseología. Además, el hecho de que visitara los Tribunales no le hubiera permitido adquirir ciertos términos que descuellan en sus obras y que pertenecen a una categoría especial, por no ser de los que emplea el procedimiento ordinario nisi prius. *Mencionaremos entre ellos los que se refieren a tenencia o transmisión de bienes raíces... Esta jerga notarial no podía haber sido recogida al azar durante algunos paseos, entrando en los Tribunales de Londres, doscientos cincuenta años antes de nuestra edad, cuando los litigios relacionados con cuestiones de propiedad inmueble eran comparativamente raros.*

"Además, es de notar que Shakespeare usa expresiones legales, lo mismo en sus primeras obras, escritas poco después de llegar a Londres, que en las de un período posterior. Y siempre se advierte la misma exactitud, tanto, que la corrección y propiedad con que habla de estas cosas ha despertado la admiración de todo un presidente del Tribunal Supremo y de todo un Lord Canciller."

El senador Davis escribió:

"No es el empleo de términos de un arte desconocido, no es la temeridad propia de un erudito a la violeta lo que vemos en este caso. En vano buscaremos solecismos legales. Los elementos abstrusos de la legislación inglesa se disciplinan y marchan bajo una dirección competente. Repetidas veces Shakespeare aparece en perfecta posesión de esos elementos cuando otros escritores, que son profanos, jamás nos

presentan un caso del empleo de tales términos o expresiones.

"En los preceptos legales que rigen la materia de propiedad inmueble, en los de posesión y sucesión, en los de vinculaciones, en los de secuestros y reivindicaciones, en los de títulos simples o conjuntos para comprobación de obligaciones cumplidas, en los de procedimientos judiciales, en los del método para obtener autos de incautación, en los que se refieren a la naturaleza de las acciones, en los de reglas para litigar, en los de responsabilidad de funcionarios por colusión con reos contumaces, en los de rebeldías, en los que determinan los principios de la prueba, ya judicial, ya filosófica, en los que establecen distinciones entre Tribunales temporales y espirituales, en los de muerte civil y comiso, en los de requisitos para la validez del matrimonio, en los de presunciones de legitimidad, en los de prerrogativa regia y en los de inalienabilidad de los bienes de la corona, se ve la maestría de una sorprendente autoridad."

A todos estos testimonios y a otros muchos que no he citado, puede añadirse el de un gran abogado de nuestros días, Sir James Plaisted Eilde, consejero de la Reina en 1855, barón de la Tesorería en 1860, promovido al puesto de juez ordinario y juez del Tribunal de Testamentos y Divorcios en 1863, conocido universalmente como Lord Penzance, dignidad a que fué elevado en 1869.

Sabido es de todos los juristas que Lord Penzance, según opinión del difunto Mr. Inderwick, comendador de la Orden del Baño, fué una de las

autoridades más altas de su tiempo, y famoso por "el notable poder con que dominaba los principios de la legislación", no menos que por "las facultades naturales que le daban facilidad extraordinaria para agrupar hechos y para formular con claridad sus opiniones".

Lord Penzance habla de Shakespeare, y dice que tenía "una perfecta familiaridad, no sólo con los principios, axiomas y máximas de la legislación inglesa, sino con su tecnicismo; un conocimiento tan consumado y tan íntimo, que jamás es incorrecto ni incurre en falta alguna... No hay ejemplo igual por lo que respecta al modo de que se valía en toda ocasión para expresar sus ideas e ilustrar sus pensamientos. Parece haberse complacido muy especialmente en la completa y gallarda maestría con que dominaba estas materias. Vemos por sus obras que la erudición jurídica de que da pruebas, no ocupa el mismo plano que los otros ramos a que se extendía su múltiple saber. Esto se repite página a página. Siempre que el autor necesita una metáfora, un símil o un ejemplo, su espíritu se dirige preferentemente *al campo de la legislación. Diríase que* pensaba *con frases de jurista, y siempre que describía o ilustraba, salían de su pluma las más conocidas expresiones jurídicas. El empleo de un lenguaje forense para asuntos forenses, como el de la acción deducida por Shylock, no tiene nada de extraño en Shakespeare, pero los conocimientos jurídicos aparecen de un modo muy diferente: brotan cuando menos se espera, en toda ocasión, vengan o no vengan a cuento, mezclados en el*

torrente de un pensamiento que no corre por el cauce de los asuntos forenses."

Y más adelante dice:

"Para adquirir una perfecta familiaridad con los principios legales y emplear con facilidad y exactitud términos y frases de notaría, de abogacía y de pretorio, se necesitaba la dedicación a una carrera que le implicase la constante presencia de cuestiones legales y un trabajo asiduo en ese ramo. Pero el empleo continuo lleva consigo un elemento de que no podía disponer el empresario de dos teatros: el tiempo. ¿En qué período de la vida de Shakespeare (es decir, de Shakspere) podía haberse encontrado el tiempo necesario para interponer una práctica en los bufetes u oficinas de los abogados litigantes?"

Los stratfordianos, como es bien sabido, al buscar alguna explicación posible de los extraordinarios conocimientos jurídicos de Shakespeare, han sugerido que Shakespeare pudo haber sido acaso empleado de un curial antes de su partida para Londres.

Mr. Collier escribió a Lord Campbell pidiéndole su opinión acerca de las probabilidades que tuviera este hecho. La respuesta fué como sigue:

"Nos exige usted creer implícitamente en un hecho que, de confirmarse, requeriría pruebas positivas e irrefragables, consistentes en documentos de puño y letra del propio Shakespeare. No siendo éste abogado en ejercicio legal de la profesión, ni los Tribunales locales de Stratford, ni los superiores de Westminster nos presentarían su nombre entre los abogados que figuraran en algún expediente o proceso,

pero habría habido contratos o testamentos en que veríamos su nombre como testigo, y no hay nada en este particular, a pesar de haberse practicado las investigaciones más minuciosas."

Lord Penzance hace el siguiente comentario a las anteriores palabras:

"No puede ponerse en duda la razón que asiste a Lord Campbell en este particular. Ningún joven pudo haber estado en la oficina de un curial sin ser utilizado continuamente como testigo, y dejando así, de esa o de otra manera, alguna huella de su trabajo y de su nombre."

No existe un solo acto o incidente, en todo lo que conocemos de la vida de Shakespeare, aun por rumores o tradiciones, que preste apoyo al hecho de su empleo como amanuense de abogado. Y después de tanto argüir y de tanto conjeturar sobre el asunto, podemos dar de mano a este hecho supuesto, ya que una autoridad de tanta competencia dice categóricamente que la idea de que Shakespeare hubiera sido amanuense de curial ha quedado *reducida a polvo.*

Mister Churton Collins, sin embargo, adopta este explotado mito, y el hecho es característico. *"Puede considerarse como cosa establecida que Shakespeare fué escribiente en el estudio de un abogado durante sus primeros años. Por carta regia había en Stratford un Tribunal de Registro que daba audiencia cada quincena, con seis abogados, además del escribano local, miembro integrante de ese pretorio, y no es una probabilidad excesivamente forzada suponer que el joven Shakespeare pudo haber sido amanuense de*

uno de dichos abogados. No existe, es verdad, tradición que lo confirme, pero son tan imprecisas las tradiciones que tenemos respecto de las ocupaciones de Shakespeare entre el momento de su salida de la escuela y su viaje a Londres, que no podemos depositar nuestra confianza en ellas. Tocando el último extremo, lo más probable sería que se ocupara como amanuense de abogado y no en una carnicería matando terneras con alto *estilo y pronunciando discursos acerca del sacrificio de las referidas terneras."*

Esta es una muestra encantadora de los argumentos stratfordianos. Como hemos visto, hay una antigua tradición que nos presenta a Shakespeare en el ejercicio de aprendiz de carnicero. John Dowdall, que hizo una expedición al Warwickshire en 1693, da testimonio de esa tradición, referida por el viejo empleado que le mostró la iglesia, y Mr. Halliwell-Phillips la acepta sin vacilaciones como expresión de la verdad. (Vol. I, pág. 11, y vol. II, págs. 71-72.) Mr. Sidney Lee no ve improbabilidad en ella; la sostiene Aubrey, quien ha de haber hecho su relación poco antes de 1680, al terminar su manuscrito.

De la hipótesis relativa al empleo en el estudio del curial, no existe, por otra parte, el menor vestigio de alguna tradición. Es un producto de las fértiles imaginaciones de stratfordianos en aprietos, obligados a explicar la maravillosa ciencia legal de un rústico. Pero Mr. Churton Collins no tiene la menor vacilación en arrojar por la borda la tradición que lleva el sello y garantía de la antigüedad, colocando en lugar de ella esta ridícula invención, para la cual no

existe una brizna de realidad positiva, sino que, como lo han indicado Lord Campbell y Lord Penzance, ha sido desechada por prueba negativa, supuesto que "*ningún joven pudo haber estado en el estudio de un jurista sin que se le utilizara continuamente como testigo, y sin que dejara huella de su trabajo y de su nombre por otros medios.*"

Y como lo dijo Mr. Edwards, después de la publicación del libro de Mr. Campbell (hará cuarenta o cincuenta años), "*todo contrato y testamento, para no hablar más de estos actos jurídicos, con fechas correspondientes a los primeros años de William Shakespeare, han sido objeto de investigación en doce condados, sin encontrar una sola firma de ese joven.*"

Además, supuesto que Shakespeare sirviera en un estudio de abogado, no ha de haber sido por poco tiempo, sino por un período considerable para poder adquirir un conocimiento notable de las leyes (si es posible que así adquiriera ese conocimiento). ¿Podemos creer que de haber pasado así los hechos, la tradición hubiera sido absolutamente muda a este respecto? El anciano tabelión que habló con Dowdall no sabía una palabra de ello, y, sin embargo, había perfecta seguridad en cuanto dijo acerca del aprendizaje en la carnicería, como que tenía más de ochenta años. ¿Se concibe eso? ¿Y es concebible la misma ignorancia por parte de los otros testigos?

Tales son los métodos de la controversia stratfordiana. Desdeñan la tradición cuando la tradición es adversa, pero la citan como verdad irrefragable cuando les favorece. El Shakespeare de Stratford fué el

autor de las obras dramáticas y líricas, pero el autor de las obras dramáticas y líricas no pudo haber sido aprendiz de carnicero. Abajo, pues, la tradición. Mas como el autor de las obras dramáticas y líricas *debe haber tenido* un extenso y exacto conocimiento de las leyes, el Shakespeare de Stratford debe haber sido amanuense de abogado. El método es de una sencillez perfecta. Es la misma sencillez. Por un razonamiento semejante se ha hecho de Shakespeare maestro de escuela rural, soldado, médico, impresor—todo cuanto se ha querido—, según las inclinaciones y exigencias del comentarista. No sería de extrañar que simultáneamente estudiara latín dando clase como maestro de escuela y que aprendiera las leyes sirviendo de auxiliar a un abogado.

Sin embargo, hagamos a Mr. Collins la justicia de reconocer como evidente, como necesario, cosa obvia por lo demás, que Shakespeare fué instruído en la legislación y que recibió una educación en este ramo.

"*Puede también sostenerse—escribe Mr. Collins—que el conocimiento de Shakespeare en la Medicina, y sobre todo en lo que se relaciona con la patología mental, es igualmente notable, y, sin embargo, nadie ha sostenido que fuera médico.*"

En esto se engaña Mr. Collins, pues también ha habido quien sostenga la tesis de que Shakespeare fué médico.

"*Puede sostenerse—continúa Mr. Collins— que su conocimiento del tecnicismo de otras artes y oficios, principalmente en lo que respecta a marina y guerra,*

era extraordinario, y, sin embargo, nadie sospecha que fuera soldado o marino."

Nuevo error de Mr. Collins. ¡Hasta Garnett y Gosse sospechan que fué soldado!

Concedamos esto, pero la concesión apenas puede proporcionar analogías. Por ventura habla Shakespeare de arte militar o naval, como habla de otras materias técnicas, llegado el caso, pero tenía la mente saturada de reminiscencias jurídicas. Esto es de una claridad innegable. Viniera o no viniera a cuento, ya por aplicación manifiesta, ya por aplicación recóndita, emplea la terminología legal como medio de expresión y de ejemplificación. Por lo menos la tercia parte de sus miriadas de metáforas son de esa procedencia. Será difícil encontrar un solo acto en cualquiera de sus dramas, y en algunos de ellos una sola escena en que la dicción y las imágenes no estén coloreadas por el pensamiento jurídico. Mucho de lo que sabía en esta materia puede haberlo aprendido en tres libros, que son los *Precedentes* de Tottell (1572), los *Estatutos* de Pulton (1578) y la *Lógica del abogado*, por Frauncé (1588), obras que seguramente le eran familiares, según todas las apariencias. Pero mucho de su caudal sólo podía salir de la pluma de un hombre íntimamente familiarizado con los procedimientos judiciales.

Estamos enteramente de acuerdo con Mr. Castle en cuanto a que los conocimientos jurídicos de Shakespeare no son de los que podía haber adquirido en el bufete de un abogado, sino frecuentando los Tribunales, en los estrados, en los circuitos o por una

íntima relación con los miembros del pretorio o del foro.

Esto es excelente. ¿Pero qué explicación da mister Collins?

Para él *"acaso la resolución más sencilla del problema consistiría en aceptar la hipótesis del empleo en el bufete del abogado, donde contrajo tal afición que no volvió a abandonarle, y una vez en Londres seguiría estudiando o haciendo excursiones al campo de la jurisprudencia, por mero entretenimiento, pasando sus ratos de ocio en los Tribunales y frecuentando el círculo de los abogados. Ninguna otra suposición puede explicar el atractivo que ejercía sobre él la legislación, atractivo sobre el que no cabe la menor duda, y su minuciosa e impecable exactitud en una materia sobre la que no podía ningún profano haberse permitido tan copiosas y ostentosas manifestaciones de tecnicismo sin peligro de frecuentes caídas."*

He ahí una conclusión bien poco robusta. *"No hay otra suposición."* ¡Vamos! Sí; hay otra suposición, y una suposición obvia: Shakespeare fué abogado, un abogado lleno, versado en la materia, conocedor de todas las triquiñuelas del procedimiento, en relación directa con jueces, abogados y procuradores.

Debemos agradecer a Mr. Collins que reconozca la necesidad imperiosa de una educación jurídica en Shakespeare, pero perdóneseme si no doy a sus juicios acerca de este punto la importancia que tienen para mí los de Malone, Lord Campbell, el magistrado Holmes, Mr. Castle, Lord Penzance, Mr. Grand Whi-

te y otros jurisconsultos que han expresado sus opiniones sobre la erudición jurídica de Shakespeare...

Acaso valdría la pena de citar una vez más el libro de Lord Penzance, en cuanto a que, de una u otra manera, Shakespeare *"adquirió una familiaridad perfecta con los principios legales y supo hacer uso, exacto y fácil, de términos y frases, no sólo de los que suelen sonar en oficinas notariales, sino de los que se oyen cuando visitamos los despachos de los abogados y los estrados de Westminster."*

Esto, como lo afirma Lord Penzance, *"requería nada menos que haber seguido una carrera, para la que fuera necesario un contacto ininterrumpido con cuestiones jurídicas y con el trabajo profesional del legista."*

Pero, *"¿en qué época de la vida de Shakespeare sería posible señalar un período, susceptible de que se pudiera interponer una práctica de bufetes u oficinas de abogados?... Está fuera de duda que en edad muy temprana tuvo que abandonar la escuela y ayudar a su padre, y que poco después, cumplidos apenas los diez y seis años, entró de aprendiz de oficio. En ese tiempo no podía haber tenido otro empleo. Más tarde salió de Stratford y llegó a Londres. Tenía que buscar medios de subsistencia, y los encontró en el teatro. Muchas personas rechazan la suposición de la guarda de caballos, y acaso tienen razón, por considerar el hecho como poco probable, y seguramente no probado. Pero sea la que haya sido su ocupación en el teatro, debemos suponerla continua y sin tiem-*

po para otros trabajos, dada la rapidez de sus progresos.

"Bien pronto entró como actor en la compañía, y no tardó en ser mencionado como factotum. *La rapidez con que hizo fortuna habla elocuentemente de la constancia y actividad de sus servicios. No encontramos una sola interrupción en la corriente de aquel período de su vida, para que podamos hallar espacio en que situar empleos u ocupaciones, ya jurídicos, ya de otra naturaleza.*

"Knight nos dice que en 1589, según pruebas evidentes, no era un simple actor contratado, un servidor asalariado, como otros cómicos, sino uno de los principales accionistas de la Compañía de actores de la Reina. *En la lista había muchos nombres abajo del suyo. Esto pasaba en 1589, dos años después de su llegada a Londres, que fué, según White y Halliwell-Phillips, por el año 1587. Es enorme, insuperable, la dificultad de suponer que habiendo comenzado en un estado de ignorancia a su arribo, en 1587, época probable de su traslación a Londres, realizara tareas que implican una extensa cultura mental.*

"Físicamente el hecho no es imposible, siempre que hubiera tenido a mano los libros necesarios. Pero tratándose del estudio de la jurisprudencia, la cuestión adquiere otro aspecto. No sólo estamos en presencia de algo inexplicable e increíble, sino de algo que niegan todos los hechos conocidos de la carrera de ese hombre."

Lord Penzance se refiere después a que en 1592, según la autoridad más irrecusable, que es la de mis-

ter Grant White, ya habían sido escritas muchas de las obras dramáticas. *La comedia de equivocaciones* lo fué en 1589, *Trabajos de amor perdidos,* en 1589, *Los dos caballeros de Verona,* en 1589 ó en 1590, y así sucesivamente.

Después se pregunta, con este catálogo de obras teatrales en la mano, si era posible que Shakespeare hubiese tomado parte en la dirección y manejo de dos teatros, con el trabajo suplementario que tenía, además, si hemos de creer a Mr. Phillips, de las representaciones hechas durante los viajes de la compañía a provincias, y, por último, la dedicación simultánea que se necesitaba para hacer un estudio de todos los ramos de la legislación, estudio de tal eficacia como la que requería el dominio completo de sus principios y práctica y la saturación de la mente con el tecnicismo más especializado.

Cito este pasaje del libro de Lord Penzance, porque lo tengo a la vista y porque ya había citado también la misma obra en lo que se refiere a los conocimientos jurídicos de Shakespeare; pero otros escritores han dejado establecidas de un modo más concluyente las insuperables dificultades—lo son para mí al menos—que se oponen a la existencia de un período en los primeros años de Shakespeare, dentro del que hubiera cabido el estudio de los clásicos, de la literatura y de las leyes, sin mencionar otros ramos del saber, juntamente con múltiples ocupaciones de distinta índole.

Lord Penzance pregunta más adelante a sus lectores:

"*¿Habéis presenciado o se os ha hablado de un*

caso de joven alguno que en este país haya estudiado la legislación y desempeñado tareas en la práctica de la jurisprudencia—único medio conocido de adquirir el tecnicismo profesional—sin tener la mira de seguir esta carrera? No creo que fuera fácil, ni aun simplemente posible, presentar un ejemplo de estudio profundo de las leyes, en todos sus ramos, sino como medio para la admisión en el gremio de los juristas."

* * *

Corto la cita de la obra de Mr. Greenwood.

El testimonio es de tanto peso, es tan directo y tan autorizado, y es tan ajeno a la fácil y aguada mezcolanza de suposiciones, conjeturas, *acasos, talveces, pudo haber sido, debió haber sido,* y todo ese conjunto llamado yeso de París con que se ha construído el colosal brontosauro llamado *Shakespeare, actor de Stratford*, que he llegado al íntimo convencimiento de que el autor de las obras de Shakespeare fué un hombre versado en la legislación y conocedor de la vida de los curiales.

También estoy convencido de que ese hombre no pudo haber sido el Shakespeare de Stratford, y de que... no lo fué.

¿Quién escribió las obras de Shakespeare?

Algo daría yo por saberlo.

IX

EL OTRO BRONTOSAURO

¿Francis Bacon escribió las obras de Shakespeare?

Nadie lo sabe.

No podemos decir que *conocemos* una cosa que nadie nos demuestra.

Conocer es una palabra demasiado seria para poder emplearla cuando carecemos de pruebas decisivas y concluyentes.

Podemos hacer inferencias, como esos esclavos que...

No; tente, pluma.

¿Para qué escribir una palabra que no es amable ni cortés?

Los sostenedores de la superstición Stratford-Shakespeare nos prodigan constantemente los más injuriosos dicterios. Desciendan hasta donde les plazca. Yo no los seguiré. Yo no perderé mi dignidad. No está en mi naturaleza el empleo de palabras duras. Lo más que puedo hacer es patentizarles mi desaprobación, pero sin dolo, sin veneno.

Resumamos.

Decía que esa cáfila, decía que esos bandidos, han levantado su fábrica de superstición empleando *inferencias,* sin el menor asomo de hechos conocidos y comprobados. El método es endeble y pobre. Tengo la satisfacción de afirmar que los hombres de nuestro partido jamás acudimos a tales procedimientos, mientras no necesitamos recurrir a ellos.

Pero la necesidad es ley. Cuando llega el caso hacemos lo que es debido. Y el caso ha llegado...

Supuesto que el Shakespeare de Stratford no pudo haber escrito las obras de Shakespeare, inferimos que otro las escribió.

¿Quién era ese otro?

El punto requiere nuevas inferencias.

Ordinariamente cuando una canción cruza extensiones continentales, llevada por un oleaje furente, rugiente, tonante, de admiración, deleite y aplauso, se levanta una docena de personas absolutamente desconocidas reclamando la paternidad.

¿Por qué doce personas, y no una o dos?

Primera razón:

Porque los doce aspirantes tienen competencia notoria para escribir esa trova.

¿Recordáis *Nievecita blanca?*

¿Recordáis *Arrúllame, mamá, quiero dormir?*

¿Recordáis el *Volved, inaratos, fugitivos años, quiero en la cuna reclinar la sien?*

Yo, por mi parte, no he olvidado ninguna de estas obras maestras.

Y recuerdo que casi toda la población adulta del

país reclamó la paternidad, con este argumento por lo menos: cada uno de los aspirantes tenía capacidad suficiente para ser autor de la obra.

¿Las de Shakespeare han sido reivindicadas por doce supuestos autores?

No.

¿Razón?

No había una docena o dos docenas de personas capaces de haber escrito esas obras.

Sólo existía en todo el planeta un hombre con la competencia necesaria para el caso.

Hace mucho tiempo, en un remoto país, se veía de vez en cuando una sucesión prodigiosa de huellas que cruzaban la llanura. Entre pisada y pisada había una legua. Cada una de las huellas tenía un tercio de milla de largo y su profundidad era de una octava de milla. En algunas de esas huellas había bosques y aldeas hechas puches. ¿Podía caber duda sobre el autor de las huellas? ¿Se presentaron acaso doce personas pretendiendo ser las poseedoras del pie descomunal? ¿Hubo por lo menos dos aspirantes a aquella gloria? No. El pueblo del país sabía perfectamente bien que sólo un hombre podía dejar tales huellas. Ese hombre era Hércules.

Ha existido sólo un Shakespeare. No podía haber dos. Y menos aún en el mismo tiempo.

Se necesita el transcurso de muchos siglos para que nazca un Shakespeare. Y otros tantos para igualarlo.

Shakespeare no tuvo un igual antes. No lo tuvo en su tiempo. No lo ha tenido después. Son poco ha-

lagadoras las esperanzas que se nos dan actualmente sobre este punto.

Los baconianos pretenden que el Shakespeare de Stratford era incapaz de escribir las obras de Shakespeare, y que Francis Bacon era competente para hacerlo. Sostienen que Bacon poseía el estupendo equipo—natural y adquirido—para realizar ese milagro. Sostienen, además, que en aquel tiempo ningún otro inglés poseía facultades que igualaran a las suyas o que fueran un remedo de ellas.

En su *Ensayo,* Macaulay habla extensamente del esplendor y magnitud ilimitada de aquellas facultades. Hace también una sinopsis de la biografía de Bacon, lo que no podría hacer respecto de Shakespeare, por la razón de que Shakespeare no tiene biografía. La existencia de Bacon está abierta a la exploración del universo, desde la infancia hasta la muerte en edad avanzada. La biografía se compone de hechos conocidos, especificados en minuciosos y múltiples pormenores. Los hechos son hechos; no son suposiciones, conjeturas o *porventuras.*

Sabemos que nació de una raza de estadistas. Su padre fué un Lord Canciller. Su madre "se distinguió en la teología y en la lingüística: sostenía una correspondencia en griego con el obispo Jewell; tradujo la *Apología* de éste, obra escrita en latín, y la tradujo con tal corrección que ni el autor ni el arzobispo Parker pudieron sugerir el menor cambio".

La atmósfera en que nos educamos determina nuestras inclinaciones y aspiraciones. Esa atmósfera—formada en el presente caso por los padres para su

hijo—era una atmósfera saturada de saber, una atmósfera de pensamiento y reflexión acerca de las grandes cuestiones, una atmósfera de cultura refinada. Produjo los naturales efectos.

El Shakespeare de Stratford fué educado en una casa donde no había un solo libro, supuesto que los padres, dueños de la morada, eran analfabetos. El hecho ha de haber producido alguna influencia en el hijo, pero ignoramos cuál haya sido en realidad esa influencia, puesto que carecemos de una biografía verdaderamente informativa.

En aquel tiempo los libros eran muy raros, y solamente los tenían personas acaudaladas. Tampoco podían estar en poder de ricos ignorantes, puesto que eran libros escritos en lenguas muertas.

"Si se hubiera reunido cuanto estaba impreso, los volúmenes de obras escritas en lenguas modernas habrían llenado apenas un anaquel."

¡Ved lo que era la literatura impresa!

Los pocos libros que había estaban, sobre todo, en latín.

"El que ignoraba esta lengua se veía privado de medios de conocimiento. No sólo ignoraba las obras de Cicerón y de Virgilio, sino las Memorias más interesantes, los informes oficiales y los folletos contemporáneos."

Todo esto era necesario para el mozalbete de Stratford, e indispensable para su ficticia reputación, supuesto que el autor de *sus* Obras necesitaba una erudición muy vasta, que le diese competencia y maestría entre los diez y ocho y los veinte años.

Bacon tenía quince cuando se le envió a la Universidad, y pasó tres en ella. De allí fué a París en la comitiva de un embajador inglés. En París cultivó relaciones con todo lo más florido de la gente culta, aristocrática y elegante. Esto duró tres años.

Así llegamos a un total de seis años empleados en las fuentes del conocimiento, literario y mundano. Los tres de la Universidad son coevos de los supuestos tres años escolares del mozalbete de Stratford, y acaso, tal vez, por inferencia..., sin nada que inferir de esto. El segundo trienio del sexenio baconiano transcurrió, *a lo que se presume,* mientras el mozalbete de Stratford se ejercitaba en una carnicería.

Esto es por lo menos lo que suponen los canallas, sin pruebas de ningún género. Así proceden siempre que necesitan un hecho histórico. Para los negocios que les importan, el hecho y la presunción siempre son la misma cosa. Saben, es verdad, que existe una diferencia muy grande entre el hecho y la presunción, pero saben igualmente hacerse los desentendidos.

En la construcción del edificio histórico, un hecho vale más que una presunción.

No tienen dificultad en aceptarlo, ¿pero qué hacen una vez aceptada esta diferencia de valor?

Cultivan la presunción hasta que florece y fructifica convirtiéndose en hecho. Todo es que la presunción caiga en *sus* manos.

Comparemos la presunción a un renacuajo. Si lo cogen, por nada del mundo permiten que siga como renacuajo en el estanque de la historia. Se hacen cargo del renacuajo y no paran hasta convertirlo en una

rana gigantesca, en un formidable toro puntal, en un toro-rana que se planta insolentemente sobre las patas traseras, levanta la cabeza y os mira a la cara como diciendo:

—Vedme aquí. Soy un hecho. Nadie podrá hacerme cambiar de sitio o de postura.

El hecho-rana suelta su ríspida canción y convence a todo el mundo, porque el ruido convence.

Los bellacos saben bien que con matraca se convence a sesenta personas, en tanto que con razonamientos se convence a una sola. Y gracias.

Yo no pertenecería a la escuela de los bellacos ni aun cuando...

Pero esto nada tiene que ver con mi argumentación, y por otra parte, faltaría a la nobleza de mis principios si me dejara llevar de un impulso animal.

Valgo más que *ellos* para igualármeles.

Y al decir que valgo más, no me enorgullezco de ser grande. ¿Qué mérito hay en poseer ciertas perfecciones? El mérito es más bien de quienes, comparados conmigo, son inferiores y me dan lugar a la preeminencia. Yo reconozco ese mérito. Procedo en todo con espíritu de justicia.

Los bandidos *presumen* que el mozalbete abandonó la *presunta* escuela de Stratford para ser aprendiz de carnicero. También *presumen* que el carnicero era padre del chico. No lo saben. No hay documentos que lo acrediten. Si les hubiera convenido, habrían hecho al muchacho aprendiz de treinta carniceros, de cincuenta carniceros, de mil carniceros, pues con el método patentado de la *presunción,* bien podía haber

sido aprendiz de todos los carniceros del planeta. Aun es tiempo de que lo intenten. Si alguna vez les hace falta, *presumirán* que los treinta carniceros fueron padres de Shakespeare. Y una semana después de haber hecho la *presunción,* nos la dirán con toda frescura. Es, poco más o menos, como si un pasado del compuesto reflexivo adverbial de Multitud, fuera padre de la expresión que los gramáticos llaman Verbo. O en otros términos, la posteridad, única e individual, tiene una ascendencia múltiple. ¿No es esto lo que nos dirían para demostrar que Shakespeare tuvo treinta padres, todos carniceros?

Resumamos.

Después de lo dicho, el joven Francis Bacon se dedicó al estudio de las leyes y llegó a dominar esa ciencia abstrusa.

Desde aquel momento, hasta el fin de sus días, no dejó de estar en contacto con jueces y abogados.

Debe advertirse que no cultivaba estas relaciones aprovechando los momentos perdidos que le dejara el cuidado de los caballos a la puerta de un teatro. No; Bacon era abogado con bufete abierto al público. Era uno de los abogados de mayor clientela; un gran abogado; un abogado de fama; un Lanzarote de la abogacía; la más temible de cuantas lanzas se agrupaban en la Hermandad de la Mesa Redonda. Vivía, por lo mismo, en la atmósfera de la curia. Su mérito se abrió camino hasta llegar a la cumbre llamada Cancillería, no dejando atrás ningún colega o cofrade que pudiese disputarle su majestuosa preeminencia, conquistada por el derecho divino de la capacidad.

Cuando leemos los elogios que Lord Penzance y otros ilustres técnicos tributan a la aptitud jurídica demostrada en las *Obras teatrales,* con una profundidad, una prodigalidad y una brillantez sin igual, y queremos establecer relaciones entre esa aptitud y la vida sin historia del empresario teatral de Stratford, nos parece extraño, increíble, ridículo, que tales facultades se pudieran asociar a tal hombre. Pero si ponemos en boca de Bacon las expresiones de las *Obras,* no encontramos ninguna incompatibilidad, pues nadie como él pudo hablar de ese modo.

Volved algunas hojas y leed nuevamente lo dicho por aquellos jurisconsultos. Atribuídas al Shakespeare de Stratford, tales muestras de admiración parecen faltas de sentido, meras extravagancias de una embriaguez—la admiración, como se dice, del hemisferio obscuro de la luna—. Pero atribuídas a Bacon nos parecen un himno en noche de esplendoroso plenilunio, cuando recibimos los rayos de plata del astro nocturno. No encontramos exceso, ni falta de juicio, sino, por el contrario, serenidad y ponderación en la alabanza.

"Siempre que el autor necesita una metáfora, un símil o un ejemplo, su espíritu se dirige *profesionalmente* al campo de la legislación. Diríase que pensaba con frases de jurista, y siempre que describía o ilustraba, salían de su pluma las más conocidas expresiones jurídicas."

Eso no podía haber sucedido sino en el caso de un jurista profesional. Un aficionado no habría merecido tales elogios.

Los lobos de mar matizan su conversación con expresiones usuales a bordo. Todos sus símiles son símiles de barco, de olas, de tempestad. Ningún *pasajero* habla como ellos, ya proceda de Stratford, ya de otro punto cualquiera. Y si quisiera hablar como ellos, lo haría sin exactitud, aun suponiéndole la audacia de la tentativa.

Leed de nuevo las alabanzas de Lord Campbell y de los otros grandes jurisconsultos.

Aplicad a Bacon las observaciones que hicieron respecto del Shakespeare de Stratford.

X

EL RESTO DEL EQUIPAJE

El autor de las *Obras* tenía, además, en sus maletas sabiduría, erudición, imaginación, amplitud intelectual, gracia, expresión majestuosa.

Ningún contemporáneo le iguala en todo ello.

El hecho consta por testimonio unánime. Nadie pone en duda esta afirmación.

Poseía también la vena del humorismo, con tal plenitud que se desbordaba a cada instante.

Faltan absolutamente las pruebas de que el Shakespeare de Stratford tuviese alguna de estas facultades o hubiese adquirido alguna de estas perfecciones.

Los únicos versos que escribió, a lo que sabemos, están totalmente destituídos de valor:

> Good friend for Iesus sake forbeare
> To digg the dust encloased heare:
> Blest be ye man yt spares thes stones
> Ans curst be he yt moves my bones,

Ben Jonson dice de Bacon, juzgándolo como orador:

"Su lenguaje, *siempre que podía contenerse y reprimir la burla,* era de una noble severidad. Nadie habló con la misma nitidez, con la misma concisión, con la misma intensidad. Nadie fué menos vacío, ni menos gárrulo. Cada frase suya contenía un tesoro de gracia... Cuando empezaba a hablar, todos sentían el temor de que acabase."

Macaulay se expresa así:

"Siguió distinguiéndose en el Parlamento, principalmente por sus esfuerzos en pro de una excelente medida que era objeto de toda la solicitud y los anhelos del Rey: la unión de Inglaterra con Escocia. Para una inteligencia como la suya, no fué difícil encontrar argumentos irresistibles en favor de ese proyecto. Dirigió el memorable caso del *Post Nati* en el Tribunal de la Tesorería. La resolución dada por los magistrados, que podrá merecer algún reparo desde el punto de vista legal, pero cuyos resultados benéficos tenemos que reconocer forzosamente, se atribuyó en gran medida a la destreza con que él manejó ese asunto."

Y luego dice:

"Ocupado activamente en la Cámara de los Comunes y en los Tribunales, encontraba, sin embargo, tiempo para las letras y la filosofía. El noble tratado sobre los *Adelantos de la Inteligencia,* que más tarde se desarrolló hasta ser el *De augmentis,* apareció en 1605.

La *Sabiduría de los antiguos,* que si hubiera pro-

cedido de otra pluma habría sido considerada como una obra maestra de ingenio y saber, se imprimió en 1609.

Simultáneamente seguía la lenta elaboración del *Novum Organum*. Algunos distinguidos eruditos habían podido ver fragmentos del libro y hablaban con la mayor admiración del genio de Bacon.

Aun Sir Thomas Bodley, después de leer *Cogitata et Visa*, una de las hojas más preciosas que debían constituír el gran volumen oracular, reconocía "que en todos los propósitos y planes de su libro, Bacon aparecía como un maestro", y que "sin duda alguna, todo el tratado abundaría en conceptos escogidos sobre el estado actual del saber y en dignas contemplaciones acerca de los medios de adquirirlo."

En 1612 apareció una nueva edición de los *Ensayos*, con adiciones que mejoraban la colección original, así por lo relativo al volumen como a la calidad.

Estas empresas no distraían a Bacon de la obra más ardua, más gloriosa y más útil de cuantas podía intentar un hombre de facultades, aun siendo éstas excepcionales como eran las suyas: "reducir y compilar—según su expresión—las leyes de Inglaterra."

Desempeñar las absorbentes y afanosas tareas de Abogado General y Procurador General, habría satisfecho el apetito de cualquiera otro hombre deseoso de consagrar su vida al trabajo; pero Bacon tenía que añadir las ocupaciones literarias a que se ha hecho referencia, para satisfacer sus deseos de acción. Era trabajador por naturaleza.

"El servicio que prestó a las letras durante los últimos cinco años de su vida, en medio de mil distracciones y cuidados, aumenta el pesar con que vemos los años perdidos en un estudio, como dice Sir Thomas Bodley, "indigno de tal estudiante".

"Comenzó un *Digesto de las leyes de Inglaterra,* una *Historia de Inglaterra bajo los príncipes de la Casa de Tudor,* una *Compilación de Historia Nacional* y una *Novela Filosófica.* Hizo extensas y valiosas adiciones a sus *Ensayos.* Publicó el inestimable tratado de *Augmentis scientiarum."*

¿Estos trabajos hercúleos lo absorbieron enteramente y dejaron satisfecha la avidez que sentía por el trabajo?

No del todo.

"Las bagatelas con que se divertía en horas de pena y desaliento llevan el sello de su espíritu. *El mejor libro de chistes que ha visto el mundo* es el que dictó de memoria, sin consultar obra alguna, cuando los achaques lo incapacitaron para los estudios serios."

Presentaré algunas observaciones sueltas, de Macaulay, que dan idea de Bacon y que parecen indicar—o acaso demostrar—su competencia para escribir obras teatrales y líricas.

"Con gran minuciosidad en la observación, tenía una amplitud de comprensión que no ha sido dada a otro ser humano."

"Sus ensayos contienen pruebas abundantes de que no había ningún rasgo característico del hombre, por delicado que fuera, ninguna peculiaridad relacionada con la economía doméstica, con los jardines o la corte, que escapase a la observación de quien podía llevar dentro de su espíritu el mundo entero del conocimiento."

"Su comprensión se parecía a la tienda de campaña que el hada Paribanú dió al príncipe Ahmed: plegada, era un juguete hecho para las manos diminutas de una dama; extendida, podía prestar sombra a los ejércitos de poderosos sultanes."

"El conocimiento en que Bacon sobrepujaba a todos los hombres, era el conocimiento de las relaciones mutuas que existen entre todos los ramos del conocimiento."

"En una carta que escribió a los treinta y un años, dirigida a su tío, Lord Burleigh, decía: *He tomado como mi provincia todo el campo del conocimiento.*"

"Aunque Bacon no dió a su filosofía las armas de la lógica, la adornó profusamente con las galas más ricas de la retórica."

"La facultad práctica era poderosa en Bacon, pero no tanto como su ingenio, tan poderoso que a veces

usurpaba el sitio de la razón y ejercía una dominación tiránica sobre el hombre entero."

Las *Obras* de Shakespeare presentan muchos pasajes en que puede observarse esto mismo. Basta recordar el ejemplo patético del infortunado Juan de Gante, viejo y moribundo, cuando dirige un fuego graneado de chistes vulgares para ridiculizar su propio nombre.

Supongamos que el culpable de esta escena sea Bacon, pero el hecho es que el Shakespeare de Stratford tiene que cargar con la pena.

"Jamás hubo imaginación a la vez tan fuerte y tan completamente subyugada. Se detenía a la primera advertencia del buen sentido."

"En verdad, gran parte de la vida de Bacon transcurrió en un mundo de visionario, entre cosas tan extrañas como las que nos describen *Las mil y una noches*..., en edificios más suntuosos que el palacio de Aladino, junto a fuentes más fantásticas que la del agua de Parisada; transportada por medios de locomoción más rápidos que el hipógrafo de Ruggiero; manejando armas de poder más formidable que la lanza de Astolfo; empleando medicinas más eficaces que el bálsamo de Fierabrás. Y, sin embargo, esos sueños con los ojos abiertos no contenían una sola

aberración, nada que no fuese la sanción de los juicios de una razón mesurada."

"La más grande entre todas las obras de Bacon es el primer libro del *Novum Organum*... Cada uno de sus fragmentos brilla con los fulgores deslumbrantes del ingenio, pero con un ingenio que sólo se emplea para ilustrar la verdad y servirle de ornamento. Ningún otro libro ha producido una revolución semejante en el modo de pensar; ninguno destruyó tantos prejuicios; ninguno introdujo tantas opiniones nuevas."

"Pero lo que más admiramos es la vasta capacidad que tenía aquella inteligencia, puesto que sin esfuerzo alguno, abarca simultaneamente todos los dominios del conocimiento: el pasado, el presente y el futuro, la masa global de los errores acumulados en dos mil años, los signos alentadores del tiempo fugitivo y las esperanzas brillantísimas de una nueva era."

"Tenía un talento maravilloso para condensar el pensamiento y hacerlo fácilmente portátil."

"Hubiera bastado su elocuencia por sí sola para asignarle un lugar elevado en la literatura."

Es evidente que poseía todas y cada una de las aptitudes mentales, todas y cada una de las adquisi-

ciones del estudio que brillan en las *Obras dramáticas* y en las *Poesías* de Shakespeare. Era poseedor de esos tesoros en mayor abundancia que cualquiera otro de sus contemporáneos o predecesores. Hubiera podido escribir cada verso, cada línea de las Obras de Shakespeare. Hubiera podido escribir, por ejemplo:

"Las torres, con su albornoz de nubes; los espléndidos palacios, los templos solemnes, el globo entero; sí, todo cuanto en él cabe y forma su herencia, será disuelto; todo se desvanecerá, como se desvanece el insustancial espectáculo de una mascarada, sin dejar huella. Somos de la tela de que se forman los delirios, y nuestra breve existencia está rodeada por un sueño."

También pudo haber escrito estos cuatro versos, pero se abstuvo:

> Good friend for Iesus sake forbeare
> To digg the dust encloased heare:
> Blest beye man yt spares thes stones
> And curst be he yt moves my bones.

Cuando alguien lea los nobles versos de las torres con albornoz de nubes, no debe pasar inmediatamente al *Buen amigo, por Jesús,* pues la transición de la gran poesía a la rima pedestre es demasiado violenta para que no suframos un choque brutal.

Nadie sabe lo duro que es el cascajo sino cuando se da cuenta de que le han puesto una capa de esa materia en un pastel.

XI

LOS FETICHES Y LA RAZÓN HUMANA

¿Decís que pretendo haber demostrado como una imposibilidad el hecho de que Shakespeare escribiera las *Obras* de Shakespeare?

¿Por quién me habéis tomado?

¿Podré cometer una insensatez como esa, después de haber tenido ocasión de conocer a la raza humana durante setenta y cuatro años?

Realmente sería penoso para mí saber que alguien me juzgase con tan poco aprecio, sin admiración por mis cualidades, sin reconocimiento por mis méritos.

No, y mil veces no. Estoy persuadido de que aun el espíritu más brillante es incapaz de luchar contra las supersticiones en que se ha formado desde la niñez y que lo acompañan hasta la edad madura, y de examinar con sinceridad, conciencia y desapasionamiento cualquier hecho demostrativo que ponga en duda la validez de esas supersticiones.

Es dudoso que yo mismo sea capaz de ello.

Cuanto sabemos acerca de sistemas políticos, es co-

nocimiento de segunda mano. Lo mismo pasa con las cuestiones de altas o bajas tarifas aduanales. La prohibición y la antiprohibición de bebidas alcohólicas no escapa a esta condición general. ¿Quién nos ha demostrado que la paz es santa y que la guerra es gloriosa? Los códigos del honor y los códigos de la moral son cosas de que no sabemos una palabra por noticias de fuente directa. Aprobamos o desaprobamos el duelo porque es preciso aprobar o desaprobar cuando otros lo hacen y como lo hacen otros. Ignoramos si el asesinato de indefensas alimañas constituye un acto de cobardía o de heroísmo. Somos de un partido o de una religión, porque se nos ata a ese partido o a esa religión. Aclamamos a Shakespeare o a Bacon, estamos con Arthur Orton o contra Arthur Orton, creemos en la señora Eddy o no creemos en ella, según el viento que nos arrastra. No razonamos por nosotros mismos.

Tomamos lo que se nos da, y estamos satisfechos. Así somos. Así somos todos. No es posible que se nos cambie. Desde el momento en que nos arrodillan delante de un fetiche, desde el momento en que nos enseñan a creer en ese fetiche, desde el momento en que nos sugieren que lo amemos y que lo adoremos, desde el momento en que nos imponen ese amor y esa adoración ordenándonos que no examinemos el culto, cualquier prueba, por clara y poderosa que sea, carecerá de valor para nuestro espíritu, y, a pesar de ella, conservaremos obstinadamente nuestra leal y devota adhesión.

En moral, conducta y creencias tomamos el color de lo que nos rodea, y no hay temor de que nos destiñamos. El color es firme.

Cuando se pone en nuestras manos un muñeco y se nos advierte que no debemos destriparlo porque está relleno de piedras preciosas, nos abstenemos del acto sacrílego. Nos sometemos a la prohibición, y nos sometemos a ella con toda conciencia, con alegría de corazón, pues una voz secreta nos dice que las joyas de que está relleno el divino muñeco son joyas falsas de las que se fabrican por millones en el Estado de Massachusetts.

Creo que el pedestal de Shakespeare seguirá con su personaje encaramado hasta el año 2209. El escepticismo no es ataque inesperado. Un muñeco en buena salud, amado con ternura, no se desintegra fácilmente. El proceso es de una gran lentitud.

Nuestra raza privilegiada, con todos los espíritus de primera magnitud que la ornamentan, hubo de necesitar muchos millares de años para persuadirse de que no hay brujas. Esa misma raza privilegiada, con todos los espíritus de primera magnitud que la ornamentan, hubo de necesitar millares de años para persuadirse de que Satanás es un personaje imaginario. La Iglesia Protestante no suprimió en su programa las diversiones públicas de ultratumba sino después de varios siglos. Y los Presbiterianos de los Estados Unidos no se han persuadido fácilmente de que los niños escapan a la condenación eterna. Sin embargo, los hermanos escoceses de la misma comunión segui-

rán todavía quemando inocentes criaturas en las llamas del infierno cuando Shakespeare haya bajado ya de la percha a que se le encaramó hace siglos.

La especie humana se distingue de las otras por la razón.

Los ejemplos citados no lo demuestran, y menos aún podemos creerlo en presencia de las milagrosas *biografías* formadas por los stratfordistas con un cesto de trapo viejo y una barrica de serrín.

En cambio, yo podría probar otras muchas cosas, si me fuese dado pensar en ellas.

Somos la Raza privilegiada del Razonamiento. Y cuando encontramos en las polvosas calles de Stratford algunas huellas de ratoncillo, nuestra razón nos dice al punto que son las huellas de Hércules.

En vista de esto, declaro que el fetiche tiene vida todavía para tres siglos.

Y el busto que está en la iglesia de Stratford...

Ese precioso busto, ese busto impareable, ese busto tranquilo, sereno, sin emoción, con su bigotillo atusado, con su carita de argamasa, con sus ojos impasibles, ese busto que ha visto indiferentemente el respeto venerante de los peregrinos durante ciento cincuenta años, seguirá viendo el respeto venerante de los peregrinos durante un período de trescientos años más con la expresión profunda, profunda, profunda, sutil, sutil, sutil, de una vejiga hinchada.

XII

IRREVERENCIA

Uno de los defectos más desesperantes que encuentro en estos..., estos..., ¿cómo los llamaré, pues no quiero aplicarles los epítetos injuriosos que ellos nos aplican, ya que tales violaciones de la cortesía repugnan a mi carácter y a mi dignidad?

Lo más a que puedo llegar en este camino es a emplear expresiones de limitada reverencia, simplemente descriptivas, sin propósito de ofensa ni sentimientos malévolos. Si ellos obraran como yo, se verían bien pronto libres de un peso abrumador.

Dicho esto, prosigamos.

Uno de los defectos más desesperantes que encuentro en los shakesperólatras, en los shakesperoides, en los trogloditas, en los charlatanes, en los afeminados, en los asesinos, en los bandoleros, es su espíritu de irreverencia.

Este rasgo aparece de un modo ostensible cuando hablan de nosotros. Y doy gracias al cielo de no sen-

tir lo mismo que ellos. Yo no soy irreverente para las cosas que me parecen sagradas. No puedo serlo. No guardo memoria de haber sido irreverente sino para las cosas que otros consideran sagradas.

¿Estoy en mi derecho?

Creo que sí.

Pero no exijo que se acepte como buena mi palabra, sólo por ser mía.

Abrase un Diccionario. Y que el Diccionario decida la cuestión. He aquí la definición del Diccionario:

Irreverencia.—Cualidad o condición de irreverencia respecto de Dios y de las cosas sagradas.

¿Qué dice a esto el indú? Dice que está bien. Irreverencia es falta de respeto a Vishnú, a Brahma, a Crishna, a todos sus dioses, a su sacro ganado, a sus templos y a las cosas que hay dentro de sus templos. El indú acepta la definición, y la acepta apoyado por los votos de trescientos millones de indús o equivalentes.

El Diccionario tuvo la idea peregrina de que escribiendo Dios con mayúscula quedaba restringida la irreverencia a falta de reverencia para *nuestra* divinidad y *nuestras cosas sagradas;* pero precisamente con ese rasgo de ingenio erró el camino, por falta de valor, pues empleando el mismo procedimiento de las letras mayúsculas, el indú confisca la definición y la restringe a sus propias sectas, imponiéndonos la obligación de reverenciar *sus* dioses y *sus* cosas sagradas, con exclusión de todo lo que sea ajeno a esos dioses y a esas cosas. Y no podemos protestar, porque se

apoya precisamente en nuestro Diccionario. El juicio es decisivo.

La ley, reducida a su más simple expresión, queda formulada de este modo:

I.—Todo lo que sea sagrado para el cristiano, debe ser objeto de reverencia para los no cristianos.

II.—Todo lo que sea sagrado para el indú, debe ser objeto de reverencia para los extraños a esa religión.

III.—Por consecuencia indisputable y lógica, todo lo que sea sagrado para mí, debe ser objeto de reverencia para cualquiera otro.

Ahora bien: lo que me preocupa es que esos trogloditas, moscovitas, bandoleros y filibusteros pretenden *también* forzar el punto y obtener los beneficios de la ley, ejerciendo una especie de compulsión para que todo el mundo reverencie a su Shakespeare y lo tenga por sagrado.

Eso no; eso nunca. Basta ya. Si ampliamos y extendemos el privilegio, si lo inflamos, llegará un día en que las cosas que sean sagradas para cada uno sean *las únicas* cosas verdaderamente sagradas, y en que por lo mismo el resto de la Humanidad deberá ser humilde y reverente adoradora de tales cosas o sufrir persecuciones.

Eso sucederá sin duda, y cuando eso suceda, la palabra irreverencia será considerada como absolutamente destituída de sentido, como una palabra necia, como una palabra presuntuosa, insolente, impudente, dictatorial.

Todo el mundo dirá entonces:

—¿Qué importa a los demás si me prosterno ante este o el otro dios, si considero sagradas estas o las otras cosas? ¿Quién tiene derecho para imponer dictados a mi conciencia, y en dónde puede hallarse la justificación de tamañas pretensiones?

No es posible que veamos tranquilamente esa calamidad. Salvemos al mundo de una ruina cierta. Y para ello existe sólo un camino: detener el avance del privilegio y asignarle los límites que hoy alcanza. Haya libertad para las sectas cristianas, haya libertad para las sectas indús, haya libertad para mí. Es todo lo que se necesita; los valores no pueden sufrir ya un recargo de sobrecapitalización que los expondría a la baja.

Yo bien quisiera que el privilegio se limitara sólo a mí. Y lo creo, porque yo soy la única secta que sabe hacer uso de ese privilegio con gentileza, con dulzura, con caridad; desapasionadamente, en suma. Las otras sectas carecen de la virtud que consiste en dominar las propias pasiones. La Iglesia Católica dice cosas irreverentes sobre materias que son sagradas para los protestantes, y la Iglesia Protestante dice pestes de la confesión y de otras materias que los católicos creen sagradas. Además, católicos y protestantes condenan a Thomas Paine y lo acusan de irreverencia, siendo ellos por su parte tan irreverentes como él. ¿Se quiere mayor calamidad? El hecho es tanto más deplorable cuanto que una persona de pocas luces

no llegará nunca a saber en qué consiste la Irreverencia.

El arreglo sería completo e irreprochable dictando una ley severa contra los irreverentes que los privase de todo derecho, dejando sólo subsistente el que me asiste. Ese día veríamos acabar para siempre los bandos y parcialidades, las inútiles querellas y los epítetos irrespetuosos con que los hombres se atormentan.

Desde ese momento desaparecerían los fetiches en la infortunada controversia Bacon-Shakespeare. Todo quedaría simplificado de un modo maravilloso. Ya no habría irreverencia, porque yo la prohibiría estrictamente.

Si esos criminales se permitieran acusarme de irreverencia por afirmar que su mito stratfordiano es un Arthur Orton-Mary Baker-Thompson-Eddy-Luis XVII-Profeta velado de Korasan, dejarían de existir.

Amaestrado por los métodos eficaces con que castigaba la Santa Inquisición, de feliz memoria, los reduciría al silencio.

XIII

OTRA VEZ SHAKESPEARE Y YO

¿No es muy extraño, si reflexionamos en ello, que podamos formar una lista de todos los ingleses, irlandeses y escoceses conocidos en la Historia desde los tiempos de los primeros Tudores—lista que contiene por lo menos quinientos nombres—, y que consultando colecciones, repertorios y enciclopedias nos sea dado encontrar particularidades biográficas acerca de todos ellos, exceptuando sólo al más famoso, al más renombrado, al más ilustre, que es Shakespeare?

Veamos la lista. Entresaquemos los nombres de los eclesiásticos, sigamos con los trágicos y cómicos, y continuemos con los cantantes, bailarines, oradores, jueces, abogados, poetas, dramaturgos, historiadores, biógrafos, editores, inventores, reformadores, asesinos, estadistas, generales, almirantes, descubridores, boxeadores, piratas, conspiradores, remadores, tahures, mendigos, estafadores, *jockeys*, aven-

tureros en mar y tierra, exploradores, banqueros, financieros, astrónomos, naturalistas, pretendientes, impostores, químicos, biólogos, geólogos, filólogos, rectores de Universidad, profesores, arquitectos, ingenieros, pintores, políticos, escultores, agitadores, rebeldes, revolucionarios, patriotas, demagogos, payasos, cocineros, soñadores, filósofos, salteadores, bandidos, periodistas, médicos, cirujanos... Todos tienen biografía, salvo uno.

Y ese que no tiene biografía es el más extraordinario, el más celebrado de todos ellos.

¡Shakespeare!

Agreguemos a la lista los millares de personas célebres que nos ha proporcionado el resto de la Cristiandad en los últimos cuatro siglos. Las biografías son completas. Para un total de mil quinientas personas, no hay deficiencias en la autenticidad. Sólo estamos a obscuras en lo concerniente al genio más alto, el prodigio colosal de toda esa acumulación de glorias humanas. ¡Ignoramos la biografía de Shakespeare!

Nada sabemos de él. Nada que sea de importancia, aun de importancia mínima. Nada que valga la pena de recargar la memoria para no olvidar el dato. Nada que aun remotamente indique la existencia de una persona diferente de lo más vulgar; nada que no sea un empresario, un actor de ínfimo orden, un logrero de aldea, un cualquiera, olvidado antes de que se enfriaran sus huesos en la tumba.

Acudamos a los repertorios, y veremos consigna-

dos fielmente los datos biográficos y genealógicos de los *caballos de carrera*. ¡En cambio no tenemos datos acerca de Shakespeare!

Hay muchas razones para ello, y los trogloditas nos las han ministrado a carretadas—de suposiciones, se entiende, y de conjeturas—; pero existe una razón capital, una razón que vale por todas las otras razones juntas: no tenemos datos biográficos acerca de Shakespeare *porque Shakespeare no tuvo biografía*.

Y es inútil que nos empeñemos en darle vueltas a este hecho brutal. Nadie conoce medios racionales de evitar un obstáculo que tiene tan formidable significación.

La significación vulgar de este hecho de significación formidable—digan lo que quieran esos mentecatos, palabra que empleo del modo más amistoso y cordial—es que Shakespeare fué un *don Nadie, un don Juan Particular*, y que no llegó a la eminencia sino pasadas dos o tres generaciones después de su muerte.

Verdad es que las obras dramáticas alcanzaron gran fama desde un principio. Lo lamentable es que si él las escribió, nadie se hubiera enterado de ello. Debió haber dicho que era el autor y no un *nom de plume* para alguien que se ocultaba detrás.

Si hubiera sido menos desaforadamente solícito en lo que se refiere a los huesos, y algo más acerca de las obras, su fama habría ganado, y nosotros le deberíamos un favor.

Los huesos carecían de importancia. Volvieron a la tierra, y serán polvo. Las obras perdurarán hasta el día en que el hombre contemple la última puesta de sol.

P. S.—A 25 de marzo.—Hará dos meses ilustraba mi *Autobiografía* con algunas ideas acerca de la controversia Bacon-Shakespeare.

Tuve ocasión entonces de dar a la opinión pública algunas ideas interesantes, pues dejé establecido que el Shakespeare de Stratford fué en vida una persona desprovista de importancia o celebridad, y que nunca salió de la sombra más densa, no sólo en Londres, sino en el poblacho donde nació, donde vivió un cuarto de siglo, donde murió y donde fué sepultado.

Alegaba yo que si Shakespeare hubiera sido una persona de cierta notoriedad, los pueblerinos ancianos que lo conocieron habrían conservado recuerdos de él muchos años después de su muerte y no se habrían encontrado en la imposibilidad absoluta de contestar a las preguntas de los investigadores.

Creía entonces, y sigo creyéndolo, que si hubiera tenido fama, su notoriedad habría durado tanto como ha durado la mía en la aldea nativa, a orillas del Mississippí.

El argumento es de una fuerza prodigiosa, irrefutable, aun para los stratfólatras más eminentes y más empedernidos.

Acabo de recibir un número del *Courier-Post* de

mi tierra, y en ese número encuentro un artículo que refuerza mis alegaciones.

He sostenido y sostengo que una persona célebre no es olvidada en su aldea durante el breve transcurso de sesenta años.

Extractaré lo que dice el periódico:

"Aníbal, esta nuestra ciudad, puede ser acusada de muchos pecados, pero entre ellos no figura el de la ingratitud para los grandes hombres de quienes ha sido cuna. Transcurren los años, y el más ilustre de sus hijos, Mark Twain, o Samuel L. Clemens, como le llaman algunos iletrados, bien pocos por cierto, crece en la estimación y respeto de los habitantes de una población a la que él ha dado fama y que también le dió fama a él.

"Su nombre se asocia a todos los antiguos edificios que caen derribados para dar lugar a otras construcciones más en armonía con las necesidades crecientes de una ciudad próspera, y se asocia a las colinas en que vagó, a las cuevas en que se ocultó o donde pudo haber vagado o haberse ocultado durante su niñez. Ciertos puntos interesantes, de que habla en sus obras, tales como la *colina del Recreo*, la *isla de Jackson* y la *cueva de Mark Twain* figuran entre los monumentos perdurables de su genio. Aníbal se complace en honrarle, pues supo honrar a su pueblo nativo.

"Sucede, pues, que las *gentes de antaño*, que fueron a la escuela con Mark Twain, o que con él se escaparon de las aulas para correr por los campos, tie-

nen auditorios numerosos siempre que quieren evocar memorias de tiempos pasados y hablar del chicuelo igual a ellos, que fué después diferente de ellos y un hombre extraordinario por el genio humorístico. Al hacer esas reminiscencias, en cada episodio los oradores y sus oyentes ven signos palpables de lo que debía ser Mark Twain andando el tiempo.

"Lo mismo que la *tía Becky* y que la *señora Clemens,* reconocen que Mark no fué debidamente apreciado mientras vivió en el pueblo, y que no siempre mereció la pena de azotes con que fué tantas veces castigado por actos que después de todo no eran invariablemente reprensibles.

"Teniendo esto en consideración, han hecho sin vacilaciones una pintura de Mark Twain, en la que todos los incidentes se confunden a la luz de la fama que tiene actualmente, de tal modo, que el volumen del *twayanismo* alcanza proporciones considerables y se desarrolla más aún a medida que los de la vieja guardia van desapareciendo y sus anécdotas pasan al repertorio de los descendientes como material de segunda o de tercera mano.

"Siendo joven de setenta y tres años y habitando una *villa* en vez de una simple casa, Twain presenta magnífico blanco. Ya puede patentarse a sí mismo, ya puede hacerse objeto de una compañía por acciones, ya puede registrarse como propiedad literaria asegurada. Nada le valdrá: sus *obras,* es decir, sus hechos personales, se posarán como cigüeñas sobre

las chimeneas de Aníbal, siempre que se congreguen jóvenes y viejos junto al fuego para oír:

"—*Yendo una vez con Samuel...*"

O bien:

"—*Refería mi padre que Mark Twain...*"

La señora Clemens a que hace referencia el periódico es mi madre, o más bien, *era* mi madre.

He aquí otro extracto de la Prensa local, que data de veinte años atrás:

"La señorita Rebeca Blankenship murió en la casa de William Dickason, Rock Street, número 408, ayer a las dos y treinta p. m.

"La difunta era hermana de *Huckeberry Finn,* uno de los famosos personajes del *Tom Sawyer* de Mark Twain.

"Vivió cuarenta y cinco años con la familia Dickason, en calidad de ama de llaves, y era universalmente respetada.

"Llevaba ocho años de estar impedida, pero el señor Dickason y su familia no cesaron de prodigarle cuidados y atenciones, como si hubiera sido de su propia sangre.

"La difunta era una buena cristiana y pertenecía a la Iglesia Metodista del Parque."

Recuerdo bien a la buena señora. Conservo en la memoria su imagen, clara, distinta y enérgica, tal como era hace sesenta y tres años. Ella tenía entonces nueve, y once yo. Se me representan rasgo a ras-

go, línea a línea, su actitud, el sitio en que la ví, sus pies descalzos, su pelo al aire, su rostro moreno, la tela de su falda corta.

Lloraba a gritos. He olvidado por qué lloraba. Pero aquellas lágrimas han servido para conservar intacta la imagen. No cabe duda en esto.

Era una excelente chicuela. Puedo asegurarlo. ¿Me olvidaría? Creo que no. Si hubiera vivido en Stratford, y si hubiera sido contemporánea de Shakespeare, ¿habría olvidado a éste? Sí. Porque Shakespeare no alcanzó fama, porque era un hombre oscuro, aun en Stratford, y nadie volvió a pensar en él a los ocho días de enterrado.

Hace sesenta años, *Injun Joe, Jimmy Finn* y el *general Gaines* tenían una fama no inferior al volumen del alcohol que ingerían diariamente aquellos eminentes borrachos. Eran tres glorias de Aníbal. Muchos de la *vieja guardia* los recuerdan y pueden contar la vida y milagros de esos tres héroes locales. ¿No es curioso que dos borrachines y un mulato sin domicilio hayan dejado en un remoto y perdido pueblo del Mississippí más huellas de su paso por el mundo que todo un Shakespeare en el villorrio donde pasó la mitad de su vida?

EL CORRUPTOR DE HADLEYBURG

(SÁTIRA)

I

Lo que voy a referir ocurrió hace muchos años.

Hadleyburg era la ciudad más honrada de toda la región. Gozaba de una reputación intachable, que nadie había intentado poner en duda.

Llevaba cien años por lo menos de levantar la frente, orgullosa de su buena fama. Esta era la más preciada de sus joyas.

A tal grado llegaba su satisfacción, y tenía tal deseo de perpetuar esa situación privilegiada, que por estatuto municipal, los niños de Hadleyburg empezaban a recibir clases de moral antes de que los destetaran, y no dejaban de cursar la interesante asignatura sino cuando abandonaban definitivamente las aulas. Estos años de formación ética estaban acompañados de especial esmero en la conservación inalterable de una atmósfera protectora, pues queríase que niños y jóvenes no sufrieran tentación alguna hasta que, solidificada la honradez, quedase firmemen-

te incorporada en el neuroesqueleto de la personalidad.

Las ciudades vecinas contemplaban con envidia esta supremacía tan honrosa para Hadleyburg, y burlándose de aquel noble orgullo municipal, atribuían tales sentimientos a necia vanidad; pero no dejaban de confesar que Hadleyburg era en realidad una población incorruptible. Y obligados por la lógica implacable de los hechos, reconocían que un joven educado en Hadleyburg tenía por ello título y recomendación bastante para que en cualquier parte se le diese empleo, sin que el interesado tuviese que recurrir a la presentación de referencias personales.

Pasó el tiempo, y en día infortunado, Hadleyburg cometió no sé qué falta contra un transeunte. Acaso la ciudad no se dió cuenta de esa falta, y en todo caso es de suponer que, una vez consumado el hecho, nadie volvió a pensar en él, pues a Hadleyburg le importaba un comino lo que se dijera de ella en otras partes.

Hubiera valido la pena de dar una reparación al transeunte, pues, como veremos, era una de esas personas de mala índole, vengativas, que no olvidan agravios. Siguió viajando, y durante un año entero guardó su resentimiento. Pasaba los ratos de ocio entregándose a meditaciones muy profundas para estudiar planes de represalias. Todos los que concibió eran eficaces, pero ninguno le pareció suficiente para que el castigo correspondiese a la ofensa. ¿Qué satisfacción podía producirle un mal causado a veinte o treinta personas de Hadleyburg? Quería una

venganza global, un castigo que no dejase indemne a ningún habitante de Hadleyburg.

En fuerza de pensar, concibió la idea feliz que lo llenó de gozo.

—¡Al fin he encontrado el camino de la venganza!—exclamó—. ¡Llevaré la corrupción moral a Hadleyburg!

Seis meses después de este soliloquio, el transeunte llegó a la ciudad perfecta.

Iba solo, en un *buggy*.

Habían dado las diez de la noche.

El transeunte se detuvo frente a la casa del cajero que prestaba sus servicios en el Banco más importante de la ciudad.

Descendió del *buggy*, descargó un saco, y echándoselo a cuestas, abrumado por el peso, tambaleando, entró en el jardín frontero de la casita.

Avanzó hasta la puerta de la habitación, y llamó.

Una voz de mujer sonó en el interior, franqueando la entrada. El forastero empujó, dió algunos pasos, y depositó el saco detrás de la estufa.

La señora de la casa, anciana venerable que leía *El Heraldo de los Misioneros*, a la luz de una lámpara, se levantó para recibir al recién llegado.

El desconocido dijo cortésmente:

—No se moleste usted, señora... Allí está bien eso. Creo que nadie se habrá dado cuenta... ¿Puedo ver al señor esposo de usted?

—Mi esposo ha partido para Brixton, y acaso no regrese hasta mañana.

—Muy bien, señora. Poco importa. Quería enco-

mendar ese saco a su cuidado, para que llegue a poder de su legítimo dueño cuando éste sea encontrado. Soy forastero. El señor esposo de usted no me conoce. He venido únicamente para cumplir un deber de conciencia. Parto al instante. Ha terminado la misión que me impuse. Llevo una gran satisfacción íntima. Ustedes no volverán a verme. En el saco hay un papel, y todo se explica en ese papel. Buenas noches, señora.

La anciana estaba sobrecogida de espanto, y vió con júbilo la partida de aquel hombre misterioso. Pero la curiosidad no era menor que el miedo, y se dirigió hacia el rincón en que estaba el saco para ver el papel explicativo.

Lo tomó, y acercándose al velador, leyó estas líneas:

PARA QUE SE PUBLIQUE, a menos que el depositario prefiera hacer una investigación privada. De cualquier modo se llegará al mismo resultado. En este saco hay especies metálicas acuñadas que pesan ciento sesenta libras, cuatro onzas...

—¡Dios de bondad, y la puerta no tiene corrido el cerrojo!

Temblando, la señora Richards se precipitó hacia la puerta y corrió el cerrojo. Después voló hacia las ventanas, y bajó los visillos. Deteniéndose, por último, en medio del saloncito, no atinaba a hacer movimiento alguno, como si aún faltase una precaución indispensable para su seguridad personal y para la del tesoro. Escuchó atentamente, esperando oír el ruido característico de los salteadores, y al cabo de

un momento de ansiedad, avanzó hacia el velador para leer todo el contenido del documento:

Soy extranjero, y salgo de los Estados Unidos. Quiero restituírme a mi patria, en la que permaneceré definitivamente. Llevo en mi corazón una deuda inmensa de gratitud por los beneficios que se me han prodigado mientras viví bajo el pabellón de las estrellas. Estoy sobre todo profundamente obligado a un habitante de Hadleyburg, de quien recibí el favor más grande, hará uno o dos años.

Realmente fueron dos los favores que me hizo.

Voy a explicar el hecho.

Era yo jugador...

Entiéndase bien: había sido jugador.

Era un jugador arruinado.

Llegué a este pueblo por la noche, hambriento, sin un cuarto.

Imploré la caridad, en medio de las sombras nocturnas. No lo hubiera hecho de día y en pleno sol.

Mis palabras encontraron eco. Un hombre de corazón puso veinte dólares en mi mano. A ese hombre debo la vida, no veinte dólares. También le debo la fortuna, pues con esos veinte dólares obtuve ganancias colosales en el tapete verde.

Soy rico gracias a ese hombre, y no sólo soy rico, sino que moralmente me ha regenerado, pues quien puso en mi mano los veinte dólares lo hizo pronunciando una frase inolvidable, decisiva para la determinación de todo mi destino. Gracias a esa frase he podido poner a salvo el resto de mi vida moral. No

volveré a pisar una casa de juego; no volveré a hacer una apuesta.

Es para mí absolutamente imposible identificar a mi salvador, pero quiero que, encontrado, después de una pesquisa inteligente, reciba este dinero, para que lo dé, lo arroje por la ventana o lo conserve, según su voluntad.

Yo no deseo sino darle un testimonio de mi gratitud.

Si pudiera permanecer en Hadleyburg, no me sería difícil encontrar a mi benefactor. Pero tengo la firme convicción de que será encontrado.

La ciudad es honrada, incorruptiblemente honrada, y me entrego a su honradez con una confianza que no tiene límites.

Mi benefactor podrá ser identificado por la frase que pronunció al darme los veinte dólares. Confío en que no la habrá olvidado.

He aquí mi plan:

Si usted quiere hacer privadamente la investigación, proceda en esta forma, comunicando el contenido de mi disposición a las personas que hayan podido hacer el acto generoso, hasta encontrar al autor de mi bienestar físico y de mi redención moral.

Si alguien dice: Yo soy, y esta es la frase, procederá usted a la apertura del saco, y dentro de un sobre sellado y lacrado encontrará usted la frase. Una vez comprobado que la frase del pliego sellado concuerda con la que le haya dicho a usted el candidato, suspenderá usted sus investigaciones, y sin

otra averiguación, pondrá usted el saco a disposición del reclamante.

Pero si tiene usted razones para proceder en la expresada forma, insertará usted el contenido de este papel en el periódico local, con las siguientes instrucciones:

Treinta días después de la fecha en que aparezca el remitido, acudirá el candidato a las Casas Consistoriales, y a las ocho de la noche en punto pondrá en manos del reverendo pastor Burgess, si él es tan amable para aceptar este encargo, un pliego cerrado y sellado, con la frase pronunciada cuando me dió los veinte dólares.

El reverendo pastor Burgess abrirá el saco en ese mismo acto, rompiendo los sellos que resguardan su contenido, y encontrado en el interior el pliego con la frase, cotejará ésta y la del pliego entregado por el candidato. Si las dos frases coinciden, el dinero pasará a manos de mi benefactor, con la sincera gratitud que por este medio me honro y complazco en expresarle.

La señora Richards se dejó caer sobre su butaca, agitada por una suave excitación.

Quedó perpleja y abismada en hondas reflexiones, que llevaban el sello de su piedad:

—¿Habráse visto cosa más extraña que esta?... ¡Qué fortuna la del hombre generoso en quien se ha cumplido una ley de divina justicia!... Si fuera mi esposo el autor de un acto tan meritorio... Somos

pobres, pobres y viejos... Ese dinero sería nuestra tabla de salvación, nuestra felicidad completa... Pero no. Seguramente no fué Eduardo el que dió los veinte dólares al forastero. ¡Lástima!

Y exhaló un profundo suspiro.

Después, todo su organismo se estremeció.

—¡Ese dinero es de un jugador! Es el fruto del pecado. No podríamos aceptarlo. No podríamos tocarlo siquiera. Su proximidad es una contaminación.

Y apartó la poltrona para no contaminarse.

—Espero que venga pronto Eduardo, y que se lleve eso al Banco. Temo la codicia de los ladrones. El peligro en que estoy es horrible.

El señor Richards llegó a las once de la noche.

La señora Richards dijo:

—¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto!

El señor Richards decía a la vez:

—¡No puedo con mis huesos de cansancio! ¡Qué desgracia tan grande es la pobreza! ¡A esta edad, hacer las caminatas que yo hago! ¡Siempre dándole vuelta a la rueda, sin parar un minuto! ¡Soy un esclavo, un miserable asalariado! En tanto, el amo se tiende muellemente a fumar, con zapatillas, rico, feliz, dueño de todas las comodidades...

—¡Cuánto lo siento por tí, Eduardo! Bien lo sabes. Pero consuélate. No nos falta el pan, y gozamos de una reputación envidiable.

—Sí, María, la reputación vale mucho. No hagas caso de lo que digo. Es un momento de irritación, pero pasa ésta y nada queda. ¡Vamos! Un abrazo, y

olvidemos lo dicho. ¿Cómo has estado? ¿Qué hay en ese saco?

La señora Richards refirió el gran secreto del forastero. El señor Richards se sintió deslumbrado momentáneamente, pero reponiéndose de aquella primera impresión, habló así:

—¿Ciento sesenta libras de peso? Eso quiere decir que el contenido es de cuarenta mil dólares... cuarenta mil dólares... ¿Has oído? Eso es una fortuna... Cuarenta mil dólares... No hay más de diez personas en Hadleyburg cuya fortuna pase de cuarenta mil dólares. Dame ese papel.

Leyólo, y dijo:

—Es toda una aventura. Es una novela. Es una de esas cosas imposibles de que hablan los libros. Es una de esas cosas que no tienen realidad.

Estaba excitado, alegre, decidor. Acariciaba las mejillas de la señora Richards y exclamaba:

—¡Somos ricos, María! Enterremos ese dinero. Quememos este papel. Si el jugador vuelve y pregunta, le diremos, mirándole de pies a cabeza, con expresión desdeñosa: "¿De qué dinero nos habla usted? Jamás le hemos visto, ni sabemos qué invenciones son esas..." El, naturalmente, respondería mil necedades y...

—Sí, Eduardo, y mientras dices todas esas bromas, olvidas que se aproxima la hora clásica de los asaltos...

—Es verdad. ¿Qué hacer? ¿Procederemos a la encuesta privada? No; eso no. Adiós novela. Prefiero el método de la publicidad. ¡Imagina el ruido que

meteremos! Ciudades, villas y aldeas arderán de envidia, pensando que ningún forastero depositaría en ellas la confianza que hace de Hadleyburg. Voy inmediatamente a la imprenta, antes de que pase la hora...

—Pero, detente, detente... No me dejes sola con eso. ¡Eduardo, te lo ruego por Dios!

Eduardo había desaparecido. Su ausencia fué muy breve. No lejos de la casa del cajero encontró éste al director propietario del periódico, y puso en sus manos el documento para que lo publicara.

—Cox, aquí tiene usted un premio de lotería. Publique esto.

—Tal vez ya sea demasiado tarde, señor Richards. En fin, veremos...

Cuando el señor Richards volvió a su casa, los dos cónyuges reanudaron la interrumpida conversación acerca del dulce misterio. No podían dormir.

¿Quién habría dado al forastero los veinte dólares?

La respuesta estaba contenida en el mismo enunciado de la pregunta.

—Barclay Goodson—dijeron los dos esposos simultáneamente.

—Sólo él pudo haberlo hecho. Estaba en su naturaleza. Ningún otro habitante de Hadleyburg habría dado veinte dólares a un forastero.

Tal fué la exposición en que el señor Richards fundó la sentencia dada por él y por su esposa.

—Nadie podrá contradecir tus palabras, Eduardo—repuso la señora Richards—. Dicho sea esto, con todo, acá para nosotros dos, y sin que nos oiga

alma nacida. Después de la muerte de Barclay Goodson, Hadleyburg ha vuelto una vez más a no tener ninguna excepción moral como la que constituía aquel hombre. Nuestra ciudad es en toda su integridad *honrada, estrecha, recta* y *tacaña.*

—Así juzgaba Barclay Goodscon a Hadleyburg. Siempre nos llamaba honrados, estrechos, rectos y tacaños. Fueron sus últimas palabras.

—Y por eso se le odiaba.

—Naturalmente. Pero a él no le importaba el odio de sus conciudadanos. Creo que con excepción del reverendo pastor Burgess, nadie era más odiado que Barclay Goodson.

—Burgess lo merece. No volverá a tener otra Congregación en Hadleyburg. Por poco que valga la ciudad, es capaz de dar su merecido a un hombre como Burgess. ¿No te extraña, Eduardo, que el desconocido haya comisionado a Burgess para la entrega del dinero?

—Sí; en efecto... Aunque... Es decir...

—¿Qué significan esas reticencias? ¿Lo designarías tú para un encargo semejante?

—Acaso el forastero conocía a Burgess mejor que la ciudad.

—¡Qué honra para Burgess!

El señor Richards no encontraba observación alguna que hacer a la de su esposa. Ella lo miraba fijamente, aguardando lo que tuviera que decir. Finalmente, Richards habló con la vacilación del que va a enunciar proposiciones de dudosa aceptación para su auditorio.

—María, Burgess no es un hombre malo.

La señora Richards se sorprendió de oír aquello.

—¡Qué error!—exclamó.

—No es un mal hombre. Lo sé muy bien. Toda su impopularidad se funda en una sola causa... esa que hizo tanto ruido.

—En *una sola causa*... ¡Vaya! ¡Cómo si esa *sola causa* no fuera bastante!

—Sí; eso bastaba. Pero él no fué culpable.

—¿Cómo te atreves a decirlo? ¡No fué culpable! Todo el mundo sabe que lo fué.

—María, te lo aseguro bajo mi palabra de honor. Era inocente.

—Yo no lo absuelvo. No puedo absolverlo. ¿Cómo sabes que era inocente?

—Debo hacerte una confesión que me avergüenza. Sólo yo sabía que Burgess era inocente. Yo pude haberlo salvado... Tú bien recuerdas cómo estaban los ánimos... No tuve valor. Todos se me habrían echado encima. Mi abstención fué muy vil, muy reprensible. ¿Pero qué iba a hacer? Me faltó la virilidad que el caso requería.

La señora Richards se sintió cohibida y guardó un prolongado silencio. Después dijo con voz vacilante:

—Por mi parte... no creo que él hubiera hecho por ti un sacrificio... porque la opinión pública... debe uno... hay que tener siempre en consideración, y cuidar de que...

El discurso de la señora Richards seguía un camino sembrado de baches, y las ruedas se le cubrieron

de barro. Sin embargo, pudo salir del atolladero, y empezó a correr, sin detenerse nuevamente.

—Es muy sensible... Pero no podías hacer otra cosa. ¡Yo jamás hubiera consentido en que te sacrificaras por él!

—Habríamos perdido la buena voluntad y estimación de muchas gentes. Además....

—Lo que ahora me preocupa es la idea que tendrá de nosotros, Eduardo.

—¿Burgess? No sabe que su salvación dependía de mí.

—Esto es un consuelo—dijo la señora Richards, exhalando un suspiro de alivio—. Si no sabe que tú pudiste haberlo salvado... Eso... eso significa mucho. Yo debí haber sospechado que nada sabe, pues lo veo siempre afable y bien dispuesto hacia nosotros. Nos lo manifiesta cuando le damos pie para ello. Más de una vez la gente ha murmurado. Los Wilson, los Wilcox, los Harkness no cesan de venir a decirme: "¿Cómo está su *amigo* Burgess?" Bien saben que esto me hace brincar de cólera. Quisiera que ese hombre no persistiese en sus demostraciones de afecto. No sé por qué las hace.

—La explicación es muy sencilla, y voy a dártela. Esto envuelve otra confesión. Cuando el asunto estaba en su período álgido y se hablaba hasta de emplumarlo, la conciencia habló dentro de mí. Muy reservadamente fuí a casa de Burgess, le dí aviso de lo que se tramaba, y pudo ponerse en salvo hasta que pasó el peligro.

—¡Eduardo! ¿Qué hubiera sido de ti al saberse eso en la ciudad?

—Tiemblo todavía de pensarlo. No bien había estado en la casa de Burgess, me arrepentí de aquel movimiento temerario. Por eso te lo oculté, pues me parecía que el horror pintado en tu semblante nos delataría exponiéndonos a la cólera de las gentes, indignadas contra el culpable. Esa noche no dormí, atormentado por el remordimiento. Pero pasados algunos días, cuando pude tener la seguridad completa de que nadie sospechaba mi traición, me alegré de haber dado aquel paso. Y todavía celebro haber obrado de ese modo, María. Lo celebro de todo corazón.

—Yo también lo celebro, naturalmente. Hubiera sido una cosa horrible que emplumaran a Burgess. Realmente tú le debías aquella compensación. Pero supongamos que el hecho llegue a ser conocido.

—No lo será, descuida.

—¿Por qué?

—Porque todos atribuyen el aviso a Barclay Goodson.

—¿A Goodson?

—Naturalmente. Y a él poco le importaba que lo creyeran autor del aviso. Se encargó al pobre viejo Sawlsberry de que hiciese una reclamación formal a Goodson, y Sawlsberry fué a cumplir su encargo con facha de gallo reñidor. Goodson se quedó mirándolo, como si buscase el lugar de su cuerpo que le parecía más despreciable, y le dijo con supremo desdén: "¿Usted es el *Comité de Investigación?*" Sawlsberry le contestó afirmativamente. "Bueno—le dijo Good-

son—, diga usted si quiere pormenores del hecho o le basta una respuesta en términos generales." Sawlsberry contestó: "Me bastará por el momento una contestación en términos generales. Si mis comitentes necesitan pormenores, volveré después." A esto replicó Goodson: "Pues dígales usted que vayan a freír espárragos. Esto en términos generales. Y por lo que a usted respecta, señor Sawlsberry, voy a darle un consejo. Cuando venga, si viene, por los elementos informativos particulares, traiga un cesto en que pueda llevar a su casa los huesos que le sobren después de la paliza que le tengo preparada."

—Eso es muy de Goodson. Lleva su firma. Tenía una vanidad—sólo una—, la de dar consejos a todo el mundo.

—Pero el asunto quedó concluído definitivamente y nosotros nos salvamos.

—¿Quién lo duda?

Dejando a un lado la cuestión incidental, los esposos reanudaron la del tesoro.

Bien pronto la conversación de ambos cónyuges empezó a sufrir interrupciones, causadas por un pensamiento absorbente y dominador.

Las interrupciones se hicieron cada vez más frecuentes.

Por fin, el señor Richards se hundió por completo en su meditación. Extendió las piernas y difundió una vaga mirada en el suelo. Llevaba la puntuación de sus ideas con movimientos nerviosos de ambas manos.

Estos movimientos indicaban contrariedad.

También la señora Richards había caído en un silencio meditativo, y los movimientos que hacía eran los de una persona a quien domina una gran preocupación.

El señor Richards acabó por dejar su asiento y empezó a recorrer la estancia en todos sentidos. Hendía el aire con las manos, como el sonámbulo durante un sueño congojoso.

Pareció llegar a un propósito definido.

Sin pronunciar una sola palabra, se acercó a la percha, tomó el sombrero y se lo puso.

Hecho esto salió rápidamente de la casa.

Su esposa siguió inmóvil, conservando la misma actitud, tan absorta que no se dió cuenta de la soledad en que había quedado.

De vez en cuando murmuraba:

—*No nos dejes caer en tentación...* ¡Pero somos tan pobres!... *Líbranos de todo mal...* ¿A quién se le haría daño?... Nadie lo sabría... *No nos dejes... Líbranos...*

La voz de la señora Richards se perdió en un murmullo ininteligible.

Levantando la vista y observando que estaba sola, dijo con alegría y sobresalto a la vez:

—¡Se ha marchado!... Pero acaso ya es demasiado tarde... Tal vez no... Tal vez no... Pudiera ser tiempo aún...

Levantóse y quedó pensativa, enclavijando y desenclavijando las manos con movimiento nervioso.

Un temblor la agitaba, recorriendo todo su orga-

nismo, desde la cabeza hasta los pies. Con la garganta reseca, exclamó:

—¡Dios mío, perdóname!... ¡Es horrible pensar tales cosas!... Pero... ¡Dios mío, de qué materia tan frágil somos!

Bajó la luz de la lámpara, y avanzando sigilosamente, se arrodilló para examinar el saco y tocar las rígidas anfractuosidades que acariciaba con amorosa complacencia.

Sus ojos, apagados por la edad, lanzaban fulgores de codicia.

La mente de la buena señora divagaba, y cada vez que volvía de sus largas ausencias, decía:

—¿Por qué nos precipitaríamos? ¡Si hubiéramos esperado!... ¡Si hubiéramos esperado!... ¿Para qué tanta festinación?

... ...

Entretanto Cox había salido de la redacción del periódico, y llegando a su casa refirió lo ocurrido.

El director del periódico y su esposa discutieron el punto con viva y rápida penetración, concluyendo que sólo Goodson podía haber sido capaz de auxiliar a un desconocido dándole la gruesa suma de veinte dólares.

Tal era, en resumen, lo que les sugería aquel extraordinario lance.

Después, los dos cónyuges guardaron silencio, embargados por una idea. Esta los dominaba, excitándolos hasta el agotamiento.

Sin poder contenerse más, la señora Cox dijo, como hablando consigo misma:

—La verdad es que fuera de los Richards nadie conoce el secreto... Ellos y nosotros... Nadie más.

El esposo salió de su preocupación, y haciendo un ligero movimiento de sobresalto, miró fijamente a la esposa.

Esta palideció.

Cox entonces se levantó con movimiento vacilante, dirigió una mirada furtiva a su sombrero y otra de muda interrogación a su mujer.

La señora Cox tragó saliva dos o tres veces, llevándose la mano a la reseca garganta, y sin pronunciar una sola palabra, movió la cabeza en señal de asentimiento.

Un instante después había quedado sola, murmurando palabras entrecortadas.

... ...

Richards y Cox avanzaban velozmente por las desiertas calles, en sentido contrario.

Jadeantes, se encontraron frente a la imprenta, al pie de la escalinata.

La luz de las estrellas les permitió leer lo que llevaban escrito en sus semblantes.

Cox dijo en voz baja estas palabras:

—¿Nadie lo sabe fuera de nosotros?

Y se le respondió:

—Nadie. Palabra de honor. Nadie lo sabe.

—Veamos si no es demasiado tarde...

Los dos subían a la planta superior. Un chicuelo bajaba. Cox le preguntó:

—¿Eres tú, Juanillo?

—Sí, señor.

—No despaches el primer correo... No despaches correo ninguno.

—Se ha ido ya, señor.

—¿Cómo ya?

El hecho le parecía contener un absurdo.

—Sí, señor. Hoy se cambió el horario de los trenes de Brixton y de toda esa línea. Era necesario anticiparse veinte minutos. Fué preciso correr. Con un minuto de retardo, se habría perdido el correo...

Richards y Cox se alejaron, silenciosos, sin oír lo que decía el muchacho.

Permanecieron diez minutos en silencio, y al cabo de ellos, Cox preguntó con tono de ira:

—¿Para qué diablos se precipitó usted tanto? No lo comprendo.

La respuesta fué de lo más humilde:

—Hasta ahora no caigo en la cuenta de mi tontería. Pero le aseguro a usted que la próxima vez...

—Sí; la próxima vez... Merece usted que lo cuelguen... Aguarde usted mil años esa próxima vez.

Los dos amigos se alejaron en sentido opuesto, sin darse las buenas noches, y entraron en sus respectivas moradas con el paso tardo y vacilante de dos ciervos heridos mortalmente.

Cada una de las dos esposas preguntó:

—¿Qué hubo?

Y cada una de ellas encontró la respuesta en una mirada elocuente que hacía innecesarias las explicaciones.

En las dos casas las esposas se dejaron dominar por el desaliento.

En las dos casas, al desaliento sucedió la agitación de una querella, cosa del todo desconocida antes de aquella noche fatal. En efecto, antes se discutía, a la verdad, pero se discutía con calma; nunca con palabras airadas y duras.

Cada una de las dos disputas parecía una reproducción de la otra.

La señora Richards decía:

—Si no te hubieras precipitado, Eduardo... Si hubieras meditado un segundo. ¿Qué objeto tenía esa carrera desalada para llegar a la imprenta? ¿Qué necesidad había de que todo el universo se enterara de un hecho absolutamente secreto?

—En el papel dice que debía publicarse.

—Pero también habla de una investigación privada. Quedaba a tu arbitrio. ¿Qué dices a esto? ¿Me engaño o estoy en lo justo?

—Sí; es verdad... Pero viendo la impresión que habría de producir y lo que habría de comentarse el hecho... Sobre todo, consideré la honra que se le sigue a Hadleyburg. Un forastero que confía...

—De todo eso me hago cargo; pero si te hubieras detenido a meditar, habrías visto que era imposible—entiéndelo—, que era imposible encontrar al interesado, porque éste ha descendido a la tumba, y no dejó hijos, primos o perros que reciban ese dinero por él. Desde el momento en que la fortuna llamaba a una puerta y que cayó en manos de quienes la necesitaban, con necesidad apremiante, y desde el momento en que... y... sobre todo...

No pudo seguir. Sus palabras se ahogaron en un llanto copiosísimo.

El señor Richards buscaba palabras de consuelo, y las únicas que encontró fueron estas:

—Después de todo, nada hay que lamentar. En la vida los acontecimientos están predeterminados por una Providencia infinitamente sabia. Ella ordena...

—Sí; ella ordena que busquemos el camino de nuestra salvación, y también ordena que unos hombres sean inteligentes y otros estúpidos. Nos hemos puesto enteramente de acuerdo tú y yo. Estaba predeterminado que viniera un desconocido con la fortuna a cuestas, que nos la entregara y que nos capacitara para ser felices; pero también estaba predeterminado que tú, por tu tontería, habrías de enmendarle la plana a la Divina Providencia... ¿Con qué derecho hiciste eso?... ¿Acaso no existo yo? Tu acto ha sido criminal. Constituye un verdadero caso de presunción blasfema. ¿Cómo puede un desgraciado tenedor de libros medirse con la Divina Providencia?

—Pero advierte, María, a lo que nos obliga la educación moral de toda una existencia. Esta educación, para ti, para mí, como para todos los habitantes de Hadleyburg, ha llegado a ser una segunda naturaleza; está consubstancializada con nosotros. No nos es lícito vacilar un solo momento cuando se trata de la ejecución de actos ordenados por la moral...

—¡Anda al infierno con tu ponderada educación moral!... ¡Tu educación moral! ¡Nuestra educación moral! ¿Qué es una educación moral sin tentaciones? Me río de ella. Es una moralidad artificial, como lo

hemos visto esta noche. Bien sabe Dios que yo me consideraba en un estado perfecto de petrificación moral. No abrigaba ni sombras de duda, hasta el momento de la verdadera tentación. Te aseguro, Eduardo, que la moralidad pública es exactamente como la tuya y la mía. Hadleyburg es una ciudad--¿qué ciudad?—, un poblacho de cicateros, duros y egoístas. La virtud que se le atribuye no existe. En vano se enorgullece. Yo te aseguro que cuando veamos a Hadleyburg en un caso de verdadera tentación, su fama caerá como un castillo de naipes. Ya he dicho lo que debía decir. Ya me he descargado del peso de la mentira que llevaba sobre los hombros. Durante toda mi existencia no he hecho otra cosa que sufrir ese peso de una farsa, sin darme cuenta. Y que no vuelvan a hablar de mi probidad. Protesto una y mil veces.

—Yo..., por mi parte, María, debo decir que..., soy poco más o menos de tu opinión. No; soy enteramente de tu opinión. Me parece cosa muy extraña. Jamás lo habría supuesto. Jamás...

Siguió un largo silencio. Los dos esposos meditaban.

Por fin, la señora Richards levantó la cara para decir:

—Sé lo que estás pensando, Eduardo.

Richards oyó esto con el embarazo del que ha caído en una trampa.

—Me avergüenzo de confesarlo, María, pero...

—No te preocupes, Eduardo. Yo también me he preguntado lo mismo.

—Así lo creía. Habla.

—Pensabas que nos convendría saber cuál fué la frase de Goodson cuando auxilió al forastero.

—Efectivamente. Confieso la culpa, y me avergüenzo de ella. ¿Y tú?

—¿Por qué habría de avergonzarme? Dejemos eso que no tiene importancia. Ahora lo que conviene es improvisar una cama aquí, pues no debemos apartarnos de este sitio hasta que abran el Banco y puedas depositar allí el tesoro... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Si no hubiéramos hecho esa necedad irreparable...

Tendido un colchón en el pavimento, dijo María:

—¿Cuál será el *ábrete, sésamo?* ¿Qué diría Goodson?... Pero ven a acostarte.

—¿Crees que voy a dormir?

—No. Pensemos.

—Pensemos.

... ...

Los Cox habían pasado ya por la crisis de la reyerta, y justamente en aquellos momentos se reconciliaban.

Dando vueltas en su cama, suspiraban, se agitaban, pensaban en la frase de Goodson, en aquellas palabras de oro, en aquellas palabras que habían alcanzado una cotización de cuarenta mil dólares, contantes y sonantes.

... ...

¿Quién lo creyera?

Mientras los dos matrimonios pasaban una noche agitada, había luz en la oficina del telégrafo.

La razón de este acontecimiento desusado era que

el regente de la imprenta de Cox desempeñaba el cargo de representante de la *Prensa Asociada,* cargo puramente honorario, pues apenas si se le aceptaban treinta palabras anuales acerca de los sucesos de la pacífica Hadleyburg; pero habiendo telegrafiado el caso del forastero, cinco minutos después recibió una orden que decía:

Envíe relación minuciosa con todos los pormenores. Mil doscientas palabras.

¡Aquello era colosal!

El regente llenó la hoja, y cuando puso su firma se consideró el hombre más importante del Estado.

... ...

A la mañana siguiente, el nombre de la incorruptible Hadleyburg sonaba en todos los hogares de los Estados Unidos, del Canadá y de la glacial Alaska. Desde Montreal hasta los vergeles perfumados de la Florida, millones y millones de gentes discutían el misterio del forastero que se había presentado a deshora en la casa de Richards, y hacían toda suerte de conjeturas acerca del donador de los veinte dólares.

Se aguardaba ansiosamente la clave del misterio.

La expectación era inmensa.

II

El villorrio despertó aquel día dueño de una celebridad que llegaba hasta los últimos confines del mundo.

Era feliz. Estaba envanecido de su grandeza.

No hay palabras que puedan expresar su satisfacción.

Los diez y nueve ciudadanos que constituían lo más selecto de la sociedad, y las diez y nueve señoras, esposas de esos caballeros, salieron de sus casas para dar y recibir parabienes.

Iban radiantes y sonrientes.

Uno de ellos dijo, y los demás repitieron durante las ceremonias callejeras de aquel día:

—Nuestro idioma tiene una nueva palabra. En las futuras ediciones del diccionario de la lengua se leerá: *Incorruptible*. Véase HADLEYBURG.

—Y todos los diccionarios perpetuarán esta sinonimia.

Los ciudadanos de segunda, tercera y cuarta magnitud, y las señoras esposas de estos ciudadanos menores, celebraban también el feliz acontecimiento,

Todo el mundo acudió para ver el tesoro en las cuevas del Banco.

La envidiosa muchedumbre de Brixton y de las ciudades circunvecinas llegó antes de las doce del día. Por la tarde y durante los días siguientes no cesó la procesión de periodistas y dibujantes que describían y copiaban el saco, retrataban a Richards y tomaban vistas de la casa de éste, del Banco, de la Iglesia Presbiteriana, de la Iglesia Bautista, de la Plaza pública, del Ayuntamiento y de otros sitios más o menos relacionados con el depósito y entrega del fondo de la recompensa.

No sólo se retrató a Richards, sino a Pinkerton, el banquero; a Cox, al regente de la imprenta y corresponsal de la *Prensa Asociada*, al reverendo Burgess, al administrador de Correos y aun al mismo Jack Halliday, pescador, cazador, haragán, amigo de los niños de las escuelas, protector de los perros sin dueño, personaje típico, celebridad inexcusable de la ciudad.

Pinkerton, untuoso y jovial, hacía los honores del Banco y mostraba el tesoro a todos los visitantes.

Frotábase las manos complacientemente y pronunciaba largos discursos acerca de la tradicional honradez de Hadleyburg, señalando la maravillosa confirmación de aquella merecida fama y augurando para todo el continente una nueva era de regeneración moral que él llamaba con elocuencia y acierto la era hadleyburguiana.

Transcurridos ocho días, la vida volvió a sus antiguos cauces. La intoxicación del orgullo y el placer

de la victoria se convirtieron en un suave, dulce y silencioso deleite, en un contentamiento profundo, inefable, inenarrable. Los rostros revelaban el estado de una definitiva beatitud.

Después hubo un cambio. Fué, es verdad, un cambio gradual, tan gradual que pocos lo advirtieron, y aun pudiera decirse que nadie lo advirtió, salvo Jack Halliday, para quien nada estaba oculto y para quien nada escapaba a la burla.

El hecho es que Jack Halliday comenzó a tirar chinitas diciendo a este o al otro vecino que no le veía la misma cara satisfecha de la víspera.

Dos o tres días después, reconoció en sus conciudadanos una sombra de melancolía muy rara...

Finalmente, dijo que Hadleyburg parecía envolverse en el velo de una preocupación alarmante. Hadleyburg estaba enferma, fuera de sí.

Quien hubiera querido aprovecharse de aquella situación, habría podido hurgar en los bolsillos de los eminentes cicateros del villorrio y sacarles hasta una moneda de níquel sin que lo sintieran. ¡Así estaban de absortos!

Habían llegado las cosas a tal punto, que cuando era hora de acostarse, diez y nueve maridos de primera clase decían suspirando en las diez y nueve alcobas a las diez y nueve mujeres:

—¿Cuál sería la frase de Goodson?

Y las diez y nueve matronas, estremeciéndose noblemente, respondían a los diez y nueve cónyuges:

—¡Por Dios, no hables de eso! ¿Cómo puedes dar

cabida a una idea temeraria? ¡Arrójala, por la misericordia divina!

Pero a la siguiente noche se reproducían los diez y nueve suspiros y las diez y nueve preguntas, con las diez y nueve respuestas de rigor inflexible.

El rigor inflexible de la respuesta era menos inflexible.

A la tercera noche, la pregunta se formuló en términos angustiosos, patéticos.

Las diez y nueve esposas sentían una opresión extraña que les quitó el habla, y no protestaron, aunque se empeñaron en hacerlo.

Las diez y nueve esposas recuperaron el habla al oír el cuarto suspiro y la cuarta pregunta.

Las diez y nueve respuestas de las diez y nueve matronas decían anhelosamente:

—¡Si pudiéramos adivinarlo!

Los comentarios satíricos de Halliday eran cada día más chispeantes, y, por lo mismo, más desapacibles.

Aquel hombre jugaba con la honra de las gentes.

Corría de un sitio para otro, riéndose de la ciudad, individualmente y en masa.

¡Su risa era la única que se oía en Hadleyburg!

Resonaba lúgubremente, como en un desierto de ilimitada tristeza, de infinita lobreguez.

Las sonrisas se habían apagado.

Halliday salía de su casa con una caja de puros y un trípié, a manera de cámara fotográfica, y deteniendo a los transeuntes notables les decía:

—¡Listo! Sonriendo, sonriendo... Sin esa arruga en el entrecejo...

Pero ni esta broma era bastante para suavizar la expresión de los desapacibles semblantes.

Transcurrieron tres semanas. Faltaba una para que se adjudicase el tesoro.

Era un sábado. Después de la cena, las calles parecían campos desolados. ¿En dónde estaba la algazara y el tráfago de tiendas que animaban de continuo las noches del fin de la semana?

Richards y su esposa se hallaban en el saloncito, entregados a profundas meditaciones. Ya no hacían otra cosa por las noches. La lectura, el tejido, la charla nocturna de otros tiempos se habían perdido en el limbo de las costumbres desaparecidas. A nadie visitaban, a nadie recibían. Toda vida de relación les parecía un recuerdo de edades remotas, de aquel tiempo lejano que se perdía en la noche del mes anterior.

Nadie leía, nadie visitaba, nadie hablaba en la ciudad.

La población en masa se había retirado. Toda ella suspiraba, toda ella estaba sumida en el más hondo desconsuelo, toda ella guardaba silencio, toda ella se esforzaba por adivinar el secreto de la frase de Goodson.

El cartero llamó a la puerta de Richards. Este vió distraidamente un sobrescrito: la letra era desconocida para él. Vió el sello de la oficina expedidora: también le era desconocida la ciudad. Arrojó la car-

ta sobre la mesa y siguió devanando su *pudo haber sido* y sus desencantos en el punto donde los tenía cuando llamó el cartero.

Tres horas después, la señora Richards dejó su asiento y se dirigió a la cama sin dar las buenas noches—nueva costumbre establecida por diez y nueve matronas de Hadleyburg—, pero inopinadamente se detuvo, y haciéndose cargo de que allí estaba la olvidada carta, la abrió con movimiento maquinal, y comenzó a enterarse de su contenido.

Richards tenía la silla apoyada sobre el muro y la frente sobre las rodillas.

Oyó un golpe seco. Levantó la vista. Su mujer había caído como cuerpo inerte. Alarmadísimo, dió un salto para levantarla, pero ella exclamó:

—¡No te acerques! ¡Soy la más feliz de las mujeres! ¡Lee esa carta!

Richards la leyó, o más bien, la devoró... La cabeza le daba vueltas como aspas de molino.

La carta procedía de un Estado muy remoto, y decía:

Soy desconocido para usted. No importa. Tengo algo que comunicarle. Acabo de llegar, procedente de Méjico, y me he enterado del episodio. Sin duda usted ignora quién dió los veinte dólares. Yo lo sé. Nadie sino yo lo sabe. Fué Goodson, a quien conocí hace muchos años. Casualmente pasé por ese pueblo aquella noche, y estuvimos juntos hasta las doce, hora en que tomé el tren. Ibamos él y yo por la avenida Haye, cuando el desconocido nos salió al paso en me-

dio de la obscuridad nocturna. Oí perfectamente bien la frase, y recuerdo que la comentamos durante el trayecto hacia la casa de Goodson, donde proseguimos la conversación, fumando nuestras pipas. Recuerdo que hizo mención de muchos de sus vecinos. Debo decir que habló mal de casi todos, pues apenas se librarían dos o tres del dardo de su crítica. No necesito agregar que usted figuraba entre las excepciones honrosas. Habló de usted favorablemente, y digo favorablemente, porque no hizo un panegírico lleno de entusiasmo. Tengo presente que se declaró poco inclinado a la simpatía. Nadie era de su agrado en Hadleyburg. Nadie, nadie, nadie. Me parece que mencionó el nombre de usted relacionándolo con un favor que usted le hizo. Casi estoy seguro de ello. Se trataba de un servicio de la mayor importancia, y aun cuando agregó que usted acaso se lo había prestado sin darse cuenta de ello, bien hubiera querido tener una fortuna para pagárselo, legándole su hacienda, pues no quería deber a usted nada. Agregó que hubiera querido ornamentar aquel acto supremo con una andanada de injurias para todos los hadleiburgueses, a quienes detestaba cordialmente. Si no me engaño, si efectivamente usted fué quien prestó un servicio eminente a Goodson, interpretando la última voluntad del difunto, usted es el único heredero y el único a quien corresponde el saco de especies metálicas. Confío en el honor de usted, confío en su reconocida probidad, confío en que un hijo de la intachable Hadleyburg no puede faltar a los deberes que le impone una herencia secular de rectos principios, y

en atención a esto, hago la revelación de la frase, perfectamente convencido de que si usted no es la persona a quien Goodson debía el servicio eminente de que él hablaba, buscará usted a esa persona, haciendo cuanto sea necesario para saldar la deuda de gratitud que llevó a la tumba el infortunado Goodson. La frase es: "Usted está muy lejos de ser un hombre "incapacitado para hacer el bien; regenérese."

De usted afmo. y atento s. s., HOWARD L. STEPHENSON.

—Eduardo, ese dinero nos pertenece. ¡Mi pecho desborda de gratitud! Ven a mis brazos. ¡Hace tanto tiempo que no sé lo que son tus caricias! Con ese dinero nos salvaremos. Serás independiente. Ya no sufrirás la tiranía de Pinkerton y su odioso Banco. ¡Muera la esclavitud! Parece que tengo alas... Quisiera volar...

Desde que eran novios, nunca habían pasado media hora de felicidad tan grande como la que experimentaron en su desvencijado sofá. Reanudaron la luna de miel, y volvieron a la concordia que había roto la presencia del forastero con el mortal saco de oro.

La señora Richards decía:

—¡Cuán generoso es tu corazón, Eduardo mío! ¡Y con qué nobleza supiste conservar el secreto del beneficio que hiciste al pobre Goodson! Debo confesar que Goodson nunca me fué simpático, aunque ya lo recuerdo con cariño... Comprendo tu reserva.

¡Eres tan delicado! Pero, ¿por qué no me lo dijiste? ¿No soy tu mujer?

—Es que... tú sabes... Hay casos... Sin embargo... no quisiera...

—Déjate de misterios y rodeos. Cuéntamelo todo. Siempre te amé, y ahora me siento orgullosa de ti. Todo el mundo creía que en este pueblo sólo había un hombre capaz de actos desinteresados... Y ahora que tú... ¡Cuéntamelo!...

—Te aseguro, María... Es imposible...

—¿Imposible?... ¿Por qué?

—Porque... No quisiera... En fin, le hice el juramento de callar...

—¿Por qué me dices eso, Eduardo?

—¿Crees que soy capaz de una mentira?

La señora Richards, profundamente agitada, guardó silencio.

Después, abandonando una mano entre las de su esposo, habló así:

—No, no... De ningún modo. Ya nos hemos apartado demasiado de lo que éramos... No has mentido en tu vida... Bien lo sé. Pero hoy... hoy que los cimientos de la vida universal se agrietan a nuestra vista... Hoy que...

Perdió el don de la palabra, y cuando lo hubo recuperado, reanudó su interrumpido y deshilvanado discurso.

—*No nos dejes caer en tentación*... Prometiste, Eduardo. Prometiste... Dejemos las cosas en tal estado... Sí... Ahora seamos felices. ¿Para qué acumular nubes? Seamos felices...

El señor Richards no podía resolverse a abandonar el tema, pues aun tenía esperanzas de recordar el servicio eminente que había podido prestar a Goodson. Su espíritu vagaba por un mundo de posibilidades remotas.

Así pasaron casi toda la noche: ella, feliz y llena de ideas; él lleno de ideas, pero no tan feliz como su esposa. La señora Richards daba inversión al tesoso; el señor Richards reconstruía el servicio prestado a Goodson.

En el primer momento le había escocido la mentira... si era mentira, en efecto. Pero bien pensado, ¿qué importaba decir una mentira? ¿Valía la pena de afligirse por asunto de tan poca monta? ¿No vivimos de mentiras *en acción?* Y si vivimos de mentiras en acción, aceptemos la mentira de simple expresión... Allí estaba el ejemplo vivo de la señora Richards. Mientras el señor Richards se había afanado por llegar a la imprenta y desempeñar honradamente un encargo confiado a su honor, la señora Richards se quedó en casa lamentando que no hubiera procedido a la inmediata apropiación del tesoro y a la destrucción de los papeles. ¿Es acaso menos inmoral un robo que una mentira?

Aquella lanceta perdió su ponzoña. El señor Richards se frotó la epidermis moral en el punto donde sentía la picadura, y quedó curado al instante.

Pero había otra lanceta que lo atosigaba. ¿Realmente habría prestado algún servicio importante a Goodson? El hecho constaba por el testimonio del

ñ ... Goodson, según la carta de Stephenson. El testimonio era una prueba plena.

También este punto de la epidermis quedó sano. Richards se frotó la piel moral, y desapareció toda huella de la picadura.

Aunque no...

El desconocido señor Stephenson formulaba algunas reservas acerca de la identidad.

Richards parpadeaba. Estaba perplejo. Stephenson confiaba en el honor y en la probidad de Richards.

Este había sido nombrado juez de sí mismo. Stephenson no dudaba de que si el benefactor de Goodson era otra persona, Richards buscaría a esa otra persona.

¿Hay nada más odioso que poner a un hombre en tales aprietos?

¿Por qué había formulado Stephenson aquella duda?

Después de todo, ¿con qué derecho se mezclaba en asuntos ajenos?

Pero había otro tema de meditación. ¿Por qué había persistido el nombre de Richards en la memoria de Stephenson y no el de otra persona, relacionando ese nombre con el beneficio prestado a Goodson?

El hecho era de importancia. Era de una gran importancia. Cada paso encaminaba a Richards hacia la plenitud indiscutible de la evidencia. Sí; él había sido benefactor de Goodson. Demostrado el hecho, convenía hacerlo a un lado, pues el instinto le decía que no

debemos darle muchas vueltas a una prueba establecida. La verdad merece respeto.

Su ser moral iba entrando en caja paulatinamente. Ya no se inquietaba. Hubo, sin embargo, una reserva que asomó la punta. Richards quedaba definitivamente dueño del campo como benefactor de Goodson. ¿Pero en qué había consistido el beneficio? Era forzoso precisar sus recuerdos, y no podría conciliar el sueño antes de haberse puesto en paz consigo mismo.

Pensaba, pensaba, pensaba...

Formó un cuadro con los servicios posibles y otro con los servicios probables. Ninguno, sin embargo, parecía adecuado; ninguno parecía suficiente; ninguno se levantaba hasta medir la extensión de la fortuna que Goodson hubiera querido haber poseído para legársela en pago de tamaño favor.

Y, por último, aun los pequeños servicios posibles o problables eran simplemente posibles o probables. El no había favorecido con ellos a Goodson o a persona alguna.

¿Dónde estaba ese acto extraordinario, ese impulso generoso que despertó una desordenada gratitud en el pecho de Goodson?

Sólo podía concebirse un servicio de magnitud tan sorprendente: algo que se relacionase con la salvación eterna.

Allí estaba el misterio. Sí, ya recordaba...

En cierta ocasión había tomado a pechos la tarea de conseguir que Goodson se arrepintiese de sus culpas. Trabajó en ello... Ya iba a decir que trabajó

en ello tres meses. No, sería un mes. Y aun bien pensado, acaso sus esfuerzos durarían una semana. No; durarían... Durarían veinticuatro horas... Durarían... Nada duraron, porque no hizo esfuerzos de ninguna especie. Recordaba con toda claridad que a la primera insinuación de arrepentimiento, Goodson contestó, diciéndole textualmente:

—¡Vaya usted al cuerno!... No necesito arrepentirme, pues si me arrepintiera, tendría la desgracia de ir al cielo en compañía de los habitantes de Hadleyburg, lo que sería una condenación agravada por toda la eternidad.

En vista de esto, Richards concluyó que Goodson no le debía la salvación del alma.

¿Le habría salvado sus propiedades?

No, puesto que Goodson jamás tuvo sobre qué caerse muerto.

¿La vida?

¿Pero cómo no lo había pensado antes?

¡Goodson le debía la vida!

Las aspas del molino comenzaron a girar vertiginosamente. La imaginación constructora estaba en plena actividad.

Richards había encontrado por fin la senda que conduce a la certidumbre.

Después de dos horas de afanosas evocaciones, Richards había logrado ya salvarle la vida a Goodson. No sólo se la salvó una vez, sino muchas veces, en formas variadísimas. Sin embargo, cuando llegaba al punto decisivo del salvamento, tenía que reconocer

inefectuado un hecho que hacía la obra del todo imposible.

Citaremos el caso del peligro de morir ahogado en que se vió Goodson. Richards se arrojó al agua, sacó al moribundo y lo llevó hasta tenderlo en la playa. Los circunstantes aplaudían... Pero en este punto de sus recuerdos, Richards tuvo que reconocer la importancia de una miriada de hechos que descalificaban la proeza. Entre ellos descollaban cinco:

1.° Si él hubiera salvado a Goodson de morir ahogado, el hecho sería conocido de todo el vecindario.

2.° La señora Richards no ignoraría el acontecimiento, y el señor Richards, en vez de olvidarlo, se gloriaría de haber sido autor de un acto heroico.

4.° La proeza no constituiría uno de esos servicios que podemos prestar "acaso sin atribuírles toda la importancia que en sí tienen".

5.° y último. Richards no sabía nadar.

Había una circunstancia que debió haber tenido en cuenta desde que comenzó las meditaciones del caso, atribuyéndole todo su valor. En efecto, Stephenson decía que "tal vez Richards no se había dado cuenta de la importancia que tenía *el servicio* prestado a Goodson". Esto le daba un medio eficacísimo para seguir la pista, y con perseverancia logró encontrarla al cabo.

Recordó que muchos años antes, Goodson estuvo a punto de casarse con una muchacha deliciosa y adorable llamada Nancy Hewitt; pero el noviazgo se había roto. Nancy murió, Goodson ya no pensó en otro

matrimonio, y agriándose su carácter, llegó a profesar un franco desprecio por la especie humana.

Poco tiempo después de la muerte de Nancy, Hadleyburg descubrió o creyó haber descubierto que en las venas de la niña habían circulado algunas gotas o acaso algunas cucharadas de sangre negra.

Richards concentró todas sus facultades cogitativas en aquel acontecimiento, empezó a atar cabos, y caminando de inferencia en inferencia, creyó recordar ciertos hechos que indudablemente habían quedado en un rincón de la memoria, marchitos y olvidados por falta de cultivo.

Vagamente se le representaba la intervención que él había tenido en los destinos de Goodson y en su incorregible soltería, por haber sido él quien descubrió los orígenes impuros de Nancy. También había sido él quien comunicó la noticia a sus conciudadanos, arrojándola en la corriente general de la malevolencia pública. Cuando Goodson oyó el rumor, naturalmente se le diría que Richards era quien había fabricado aquella especie salvadora. A él se debía, pues, y a nadie sino a él, que Goodson no hubiese contraído matrimonio con una joven teñida de negro. Richards prestó, pues, un servicio a Goodson "sin atribuír al hecho toda la importancia que tenía". Pero Goodson sí podía apreciar la extensión del beneficio, pues nadie como él estaba en condiciones de conocer la gravedad e inminencia del peligro. ¿Era de extrañar que lo hubiera acompañado hasta la tumba un sentimiento de viva gratitud, y que hubiese querido poseer una fortuna cuantiosa para legarla al

hombre que le había permitido vivir y morir en paz consigo mismo y con la sociedad?

Recapacitando, Richards creyó recordar vagamente las palabras de gratitud pronunciadas por Goodson.

Mientras Richards llegaba a este punto de su vida pasada, la señora Richards se lanzaba hacia las gratas perspectivas de un futuro dichoso, y acababa de gastar seis mil dólares en una casa para sí y en un par de zapatillas para el reverendo pastor Burgess.

Así acabó apaciblemente la velada del matrimonio Richards.

... ...

El cartero había entregado otros diez y ocho sobres en otras diez y ocho casas de Hadleyburg.

Debe advertirse que cada uno de esos sobres era de letra distinta, pero que el contenido era una repetición exacta y literal del texto y firma que ya conocemos. Sólo había una diferencia: el nombre del destinatario.

Así, pues, diez y ocho eminencias de Hadleyburg hicieron en aquella noche exactamente lo mismo que hacía el conciudadano Richards. Diez y ocho energías se consagraron a recordar el posible e inconsciente servicio que cada uno de los diez y ocho destinatarios de la carta de Stephenson pudiera haber prestado a Barclay Goodson. La tarea no era sencilla, pero fué coronada por un éxito tan lisonjero como en el caso ya conocido del señor Richards.

Mientras los diez y ocho maridos se entregaban a esta ruda elaboración, las diez y ocho mujeres gas-

taban la fortuna del misterioso forastero, como vimos que lo hizo la señora Richards.

Calculando a razón de siete mil dólares gastados por cada una de las perfectas casadas de Hadleyburg, resulta que la crema social del pueblo dilapidó esa noche ciento treinta y tres mil dólares de los cuarenta mil depositados en el Banco.

... ...

El domingo encerraba una sorpresa para Jack Halliday.

Advirtió que los diez y nueve rostros de los diez y nueve ciudadanos más eminentes, y los diez y nueve rostros de las diez y nueve señoras más distinguidas, llevaban marcada la expresión del contento y de la dicha.

Jack Halliday no hallaba a qué atribuír el cambio, y era imposible, por lo tanto, inventar frases que pudieran zaherir a los notables, en detrimento de su justo regocijo.

Ese domingo fué un domingo negro para Jack Halliday. Se sintió desencantado de la vida. Todas sus hipótesis sobre la dicha de los notables cayeron en el vacío y en el descrédito por falta de comprobación.

Cuando encontró a la señora Wilcox y la vió con cara de pascua, Jack Halliday dijo para sus adentros:

—Apostaría a que la gata ha parido.

Corrió incontinenti a la casa de Wilcox para tomar datos, y habló con la cocinera, quien confirmó las impresiones de Jack Halliday, aunque diciéndole que no sabía la causa del cambio.

Pocos momentos después veía duplicado el mismo éxtasis en la fisonomía de Billson, *Panza de alosa*—afectuoso apodo local—, y al instante supuso que algún vecino de Billson se habría roto una pierna. Pero sus investigaciones no dieron resultado satisfactorio en confirmación de aquella conjetura.

El éxtasis reprimido por Gregorio Yates sólo podía significar una cosa, en opinión del malévolo Jack Halliday: su suegra había perecido. Nuevo engaño, nueva desilusión.

Viendo que el banquero Pinkerton parecía estar en el séptimo cielo, Jack Halliday dijo para sí:

—A este hombre le acaban de pagar diez centavos que creía perdidos.

Etcétera, etcétera, etcétera, etcétera...

En algunos casos no podía desvanecer sus dudas; en otros el error aparecía con toda su crudeza.

Fatigado, Jack Halliday acabó por hacerse la siguiente declaración:

—Diez y nueve familias de lo más granado de esta población habitan temporalmente en el empíreo. No sé cómo ni por qué habrá ocurrido hecho tan extraordinario. Lo único que puedo dar por seguro es que la Divina Providencia sufre un olvido momentáneo de sus atribuciones.

Había en la ciudad un arquitecto que por azares de la vida acababa de llegar y de colgar su muestra en una de las calles de aquel pueblo sin vida. Tenía ocho días de estar allí, aguardando inútilmente que se le presentase algún propietario animoso, pero viendo que nadie solicitaba sus servicios, se daba a todos los

diablos, arrepentido de la idea de establecerse en un lugar como Hadleyburg.

Pero súbitamente comenzó a impulsar su barca el viento de la prosperidad. Uno a uno acudían los ciudadanos más distinguidos para decirle:

—Sírvase usted ir mañana a mi casa. Reserve usted esta indicación. Tengo el propósito de construír un edificio, pero no quiero que lo sepan las personas de mi amistad.

Durante la mañana del domingo el arquitecto recibió once invitaciones de este género.

En la noche escribió una carta a su hija, y le aconsejó que diera por terminadas las relaciones amorosas que mantenía con un estudiante, pues había fundadas esperanzas de concluír un matrimonio más ventajoso.

Entre los visitantes del arquitecto no estaba Pinkerton. El y otros dos de los diez y nueve querían construír quintas, pero no se precipitaban. Eran de los que no cuentan como pollos los huevos, y saben aguardar hasta que ven rotos los cascarones.

Los Wilson tuvieron una idea original. Darían un baile de fantasía. No lanzaron invitaciones, pero hablando negligentemente con sus amistades, indicaron como posible una fiesta que habían proyectado.

—Si se realiza, contamos con usted, naturalmente.

Todo el mundo se sorprendía.

—¿Estarán locos estos Wilson? ¿Con qué recursos harán un baile tan costoso?

Pero algunas de las diez y nueve señoras comen-

taban así el baile, hablando en la intimidad con sus esposos:

—Me gusta la idea de estos Wilson. Déjalos que hagan sus preparativos. Nos les anticipamos, y caeran enfermos al ver nuestro baile. Ese sí será baile.

Los días transcurrieron, y con los días fueron creciendo las erogaciones basadas en el tesoro del forastero, hasta tocar límites de vértigo y locura. Hubiérase dicho que cada uno de los diez y nueve notables, no sólo se proponía gastar los cuarenta mil dólares antes de recibirlos, sino aun quedar adeudado en otro tanto. Hubo casos de loca dilapidación que tomaban como base un crédito ilusorio. Hubo negocios de ilimitada audacia. Se hacía compra de tierras de labor, se invertía en hipotecas ventajosas, se especulaba en valores, se daba orden para el inmediato envío de caballos y carrozas, de vestidos y joyas, entregando parte del precio en efectivo y parte en letras a diez días.

Pero después de aquella onda de insensatez, llegó la de calma, reflexión y mesura. Entonces fué cuando Jack Halliday advirtió que muchos semblantes habían sido surcados por las inconfundibles arrugas de la cavilación angustiosa. Una vez más el satírico de Hadleyburg estaba en presencia de un hecho misterioso.

—Los gatitos de la gata de Wilcox no han muerto, puesto que la gata no parió. El vecino de *Panza de alosa* no ha sanado, puesto que no se rompió la pierna, como yo creía. La suegra de Yates no ha re-

sucitado, puesto que no murió. Nada ha sucedido. El misterio es insondable...

Había otra persona tan preocupada como Jack Halliway por el misterio de Hadleyburg. Esa persona era el reverendo pastor Burgess.

Adonde quiera que iba lo seguían las miradas o los pasos inquietos de los hadleyburgueses. Si se retiraba al fondo de un bosque, un instante después aparecía cualquiera de los diez y nueve, y, hablándole con tono misterioso, ponía en sus manos un sobre cerrado.

El diez y nueve decía:

—Entrego a usted esto para que lo abra el viernes en la sala del Ayuntamiento.

Dicho esto y entregado el sobre, desaparecía *el diez y nueve* como la sombra furtiva de un criminal.

Burgess había supuesto que se presentaría un solo aspirante al tesoro del forastero. El hecho, sin embargo, le parecía dudoso hasta cierto punto, dado que Goodson ya no existía. Pero jamás pudo haber imaginado que los pretendientes fueran legión.

Llegó el famoso y esperado viernes, día de la prueba, y Burgess encontró que era depositario de diez y nueve pliegos.

III

Jamás se había visto un espectáculo semejante en el salón de sesiones del Ayuntamiento.

La plataforma estaba adornada con vistosas banderas, las balaustradas de la tribuna estaban adornadas con vistosas banderas, las columnas estaban adornadas con vistosas banderas.

Se quería producir una impresión de majestad en el público de forasteros que sin duda acudiría por batallones y regimientos, representando a la simple curiosidad y a la Prensa informativa.

El local estaba atestado de concurrentes.

Habían sido ocupadas las cuatrocientas doce butacas y las sesenta y ocho sillas adicionales repartidas en pasillos y galerías laterales.

En el tablado tenían sitio de honor algunos visitantes distinguidos.

Las mesas en forma de herradura que estaban cerca de la presidencia daban sitio para que los corresponsales de la Prensa nacional y extranjera pudiesen ver, oír y escribir cómodamente.

Nunca se había presenciado en Hadleyburg tal derroche de lujo, pues muchas de las damas vestían seda por primera vez y no se hallaban a sus anchas dentro de las ballenas del corsé. Por lo menos esa era la impresión de las personas que conocían al dedillo el guardarropa de la casta privilegiada.

Al frente de la plataforma había una pequeña mesa, y sobre esa mesa se había depositado el tesoro para que todos los concurrentes pudiesen verlo.

Ardientes miradas dirigían sus rayos hacia aquel punto de convergencia de la curiosidad pública.

Era patético el cuadro que presentaban tantos centenares de personas cuyas bocas se hacían agua a la vista del codiciado saco.

Sin embargo, diez y nueve matrimonios no veían el tesoro con ojos apasionados. Su expresión parecía más bien la de la ternura del propietario. La parte masculina de las diez y nueve unidades tácticas repasaba para sus adentros el discurso preparado en días anteriores, discurso que debía ser el remate conmovedor de la ceremonia, cuando hecha la adjudicación se procediese a las congratulaciones del caso. Disimuladamente salían de diez y nueve bolsillos de diez y nueve chalecos, diez y nueve pliegos con los puntos esenciales del discurso. Los actores repasaban su papel.

Entretanto, el rumor de las conversaciones animaba aquel ambiente preñado de inquietud y expectación...

El reverendo pastor Burgess se levantó de su bu-

taca, y, avanzando hasta la mesita, puso la mano sobre el saco.

Se había producido un silencio tan completo que cualquiera habría podido oír la mordedura de los microbios en la tela protectora del tesoro...

El reverendo pastor trazó a grandes rasgos la historia del acontecimiento, y entretejió en su relato una habilísima y calurosa disertación acerca de las virtudes que formaban el fondo de la fama justamente adquirida por Hadleyburg.

Esa fama era un tesoro de valor incalculable, y la Providencia Divina, en sus altos designios, se había valido precisamente del medio material de un tesoro consistente en especies metálicas para presentar a los ojos de toda la América septentrional el ejemplo de un pueblecillo que, sin otros elementos de lucha, se levantaba sobre el mundo entero y acababa de conquistar fama imperecedera de incorruptibilidad ante las tentaciones del oro.

(Los aplausos estallaron en movimiento unánime.)

—¿Y quién va a ser el guardián del tesoro de la fama de Hadleyburg?—preguntaba el pastor—. ¿Ese guardián va a ser el pueblo entero? No. La responsabilidad incumbe a una sola persona; es individual. De hoy en adelante cada uno de vosotros va a constituírse en su propio guía, en su propio custodio, para que esta riqueza pase a la posteridad sin menoscabo ni mancilla. ¿Aceptáis tamaña responsabilidad?

(El asentimiento fué tumultuoso.)

—Si la aceptáis, nada hay que temer. Transmitid-

la a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos. Hoy vuestra probidad no es susceptible de dudas. Mantenedla incólume. Hoy no se conoce en Hadleyburg una sola persona capaz de codiciar un centavo de su prójimo. ¿Juráis conservaros en estado de gracia?

—Juramos. Juramos.

—No es el momento de hacer comparaciones entre esta y otras ciudades, por más que algunas de ellas nos hayan manifestado frecuente y lamentable desvío. Ellas tienen una moral, o más bien, un camino para seguir la senda del bien, y nosotros tenemos nuestra moral y nuestro camino. Vivamos en paz.

(Aplausos.)

—Voy a terminar. He sido depositario del elocuente reconocimiento que un extraño, un forastero, un desconocido, hace de nuestra integridad. En vuestro nombre saludo a ese desconocido y le expreso vuestra gratitud. Elevad la voz, aclamadle unánimemente.

Todos los concurrentes se levantaron para secundar el homenaje, y los muros de la casa Consistorial trepidaron durante un minuto.

Terminada la aclamación, el reverendo Burgess ocupó la presidencia y sacó un sobre del bolsillo.

Todos los concurrentes contenían el aliento mientras el reverendo abría el sobre y extraía un pliego. Extendió éste y leyó su contenido.

El sacerdote procedía con solemne lentitud. La ansiedad era inmensa. Cada una de las sílabas del

mágico documento resonó como una campana de oro.

La frase que yo dije al atribulado forastero fué la siguiente: Usted está muy lejos de ser un hombre incapacitado para hacer el bien: regenérese.

Leído esto, el reverendo pastor Burgess dijo:

—Pronto veremos si esta frase corresponde a la que se encuentra en el interior del saco, dentro de un sobre lacrado y sellado. Si así es, y no hay razones para dudar de ello, el oro del saco pertenece a uno de nuestros conciudadanos, hombre íntegro que se presenta a los ojos de la nación como un símbolo de la virtud característica que ha valido fama universal e imperecedera a Hadleyburg. Hablo del señor Billson.

Todas las manos aguardaban el momento final de la frase para romper en un aplauso atronador, pero en vez de hacer tal cosa, esas manos quedaron sujetas por la contracción de una parálisis. Corrieron persistentes siseos en la sala, y a los siseos sucedió una violenta e incoherente explosión de frases que expresaban asombro:

—¡Billson! ¡Billson ha sido capaz de dar veinte dólares a un desconocido!

—¡Vamos! ¡Que se lo cuente Billson a su abuela!

Pero el desorden fué seguido de una nueva expectación, tan intensa como la que había reinado minutos antes.

Se le reservaba al público una gran sorpresa, pues mientras el diácono Billson, en pie frente a su butaca, inclinaba graciosamente la cabeza, iniciando un

saludo de agradecimiento, el abogado Wilson repetía de tal modo los movimientos del diácono, que parecía hacer una parodia.

Todo el mundo veía alternativamente a Billson que estaba en un lado del salón, y a Wilson que estaba en el otro lado.

Todo el mundo callaba, dominado por el estupor.

Treinta y ocho personas pasaban de la sorpresa a la indignación.

Billson y Wilson se dirigían miradas venenosas.

Billson preguntó con palabra cortante:

—¿Por qué se levanta usted, Wilson?

—Porque tengo derecho a levantarme. Acaso usted será quien deba dar explicaciones a la asamblea.

—Con mucho gusto. Me pongo en pie porque yo he escrito el papel a que se ha dado lectura por la Presidencia.

—¡Eso es falso! ¡Yo soy quien ha escrito esa carta!

Burgess a su vez quedó inmovilizado por la parálisis. Dirigía miradas de incomprensión a uno y otro de los dos interlocutores, y no acertaba a tomar una medida.

La asamblea había caído en la más profunda estupefacción.

El abogado Wilson habló en estos términos:

—Pido que la Presidencia lea el nombre con que está firmado el documento.

Esto reanimó a la Presidencia, que dueña ya de sus actos, pudo leer:

—John Wharton Billson.

—¿Lo oye usted?—preguntó Billson—. Supongo que no tendrá nuevas objeciones. ¿Y qué disculpa o qué explicación podría usted presentar a esta augusta reunión por la impostura con que ha querido sorprenderla?

—No tengo que presentar disculpas, caballero, y menos aún tengo que presentarlas cuando soy yo quien acusa. Declaro que usted ha substraído el sobre enviado por mí al reverendo pastor Burgess, y que ha copiado el contenido para defraudarme. De otro modo, ¿cómo podría usted haber conocido una frase pronunciada por mí, único habitante de este planeta que podía haberla escrito, puesto que la acompañé al acto de entrega de los veinte dólares?

La escena tomaba proporciones de escándalo. Era preciso que no continuara. Los taquígrafos parecían enloquecidos por la furia con que seguían las palabras de la disputa. Reinaba una consternación general.

—Pido la palabra para una moción de orden—gritaron sucesivamente muchas voces.

El reverendo pastor Burgess golpeaba con el mazo.

—No olvidemos las conveniencias públicas—pudo decir al cabo el presidente—. Hay con toda evidencia una equivocación. Es imposible suponer algo distinto. Si el señor Wilson me entregó un sobre, y recuerdo el hecho perfectamente bien, ese sobre ha de estar por fuerza en mi poder.

Sacó, en efecto, un sobre del bolsillo, lo abrió, lo

recorrió con la mirada, y tomando una expresión de asombro y pena, guardó silencio.

Después agitó la mano mecánicamente, intentó hablar y no pudo, volvió a intentarlo y volvió a quedar mudo como una estatua. Finalmente, inclinó la cabeza con abatimiento.

Muchas voces gritaron a la vez:

¡Que se lea! ¡Que se lea! ¡Que se lea!

Ante la insistencia de los concurrentes, el reverendo pastor comenzó a murmurar con voz indistinta, como la de un sonámbulo:

—*La frase que yo pronuncié al hablar con el desdichado forastero fué esta: Usted está lejos de ser un hombre incapacitado para hacer el bien...*

Toda la asamblea quedó espantada.

—*...regenérese.*

Un rumor sordo corrió de un extremo al otro de la sala. ¿Qué significaba esa coincidencia?

—¡La firma! ¡La firma!—gritó el público.

—Este documento—dijo la presidencia—está firmado: *Thurlow G. Wilson.*

—¿Os hacéis cargo?—exclamó Wilson—. La cuestión no tiene vuelta de hoja. Yo bien sabía que mi documento había sido calcado.

—¡Calcado!—repuso Billson—. Ni usted ni nadie que se le parezca podría atreverse a...

—Llamo a sus señorías al orden, caballeros—dijo imperiosamente la presidencia, descargando su mazo—. Ruego a los dos que tomen asiento.

Wilson y Billson obedecieron, aunque sin dejar de agitarse y de rugir como dos energúmenos.

El misterio tenía perplejo al público; no sabía qué partido tomar.

Thompson se puso en pie. Thompson era el sombrerero. Hubiera querido pertenecer a la casta de los diez y nueve, pero su posición no se lo permitía, pues le faltaban muchas docenas de sombreros para llenar aquella noble aspiración.

Thompson dijo:

—Señor presidente, permítaseme hacer una observación. Tengo la honra de pedir a la asamblea que recapacite y diga si es humanamente posible que estos dos caballeros digan la verdad. ¿Cabe en un entendimiento humano que los dos hayan pronunciado la misma frase? Por lo que a mí respecta...

El curtidor saltó de su butaca e interrumpió al sombrerero. Ese curtidor era un despechado, pues creyéndose poseedor de todos los requisitos necesarios para pertenecer al grupo selecto de los diez y nueve, no había logrado que se le reconociera en su categoría. Por tal razón hablaba siempre con acritud.

—La cuestión es muy diferente. La coincidencia cabe en lo posible, ya materialmente, ya moralmente. Verdad es que tales coincidencias ocurren sólo dos veces por siglo. Pero hay otra dificultad, que es del todo insuperable. Debemos descartar el hecho como totalmente inverosímil. Ninguno de estos caballeros es capaz de dar veinte dólares...

Una tempestad de aplausos arrebató en sus giros la última palabra del orador.

—¡Yo he dado esos veinte dólares!—rugió Billson.

—¡Yo los he dado!—exclamó Wilson, frenético.

Después Wilson y Billson se acusaron mutuamente de rateros.

—¡Orden! ¡Silencio! ¡Silencio!—repetía la Presidencia—. ¡Ocupen sus señorías los asientos que les corresponden. He dicho ya, y lo repito, que los documentos no han salido un solo instante de mi poder. Los he custodiado celosamente.

—Eso resuelve el caso—dijo una voz.

—Señor presidente—repuso el curtidor—, ha quedado en mi opinión esclarecido un punto. O el señor Billson o el señor Wilson se ha metido debajo de la cama de su rival y ha sorprendido secretos de alcoba. Si mi observación parece poco parlamentaria, digo que el señor Billson y el señor Wilson están igualmente capacitados para ejecutar actos de piratería...

—¡Orden! ¡Orden!—repetía la Presidencia.

—Retiro mis palabras, pronunciadas en el calor del debate, pero insisto en que si uno de estos dos caballeros ha sorprendido el secreto, violando la intimidad conyugal, debemos castigarle de un modo...

—¿Cómo?—preguntó una voz.

—Muy fácilmente—contestó el curtidor—. La ilustre asamblea habrá podido observar que existe una diferencia entre una y otra frase, pero no ha hecho esta observación por dos razones. La primera es el largo espacio transcurrido entre la lectura de una y otra frase. Y la segunda razón explicativa de esta ausencia de observación, es la de haberse interpuesto una desapacible querella.

—¿Qué diferencia encuentra usted?—preguntó un concurrente.

—El adverbio *muy* aparece en el documento firmado por el señor Billson y falta en el que firmó el señor Wilson.

—¡Tiene razón!—afirmaron muchas voces.

—Si la presidencia se digna proceder al examen del texto contenido en el sobre que debe haber dentro del saco, sabremos quién ha cometido el fraude...

—¡Orden!

—...cuál de los dos aventureros...

—¡Orden! ¡Orden!

—...cuál de estos dos caballeros...

(Risas y aplausos de burla.)

—...merece que lo marquemos en la frente con el estigma de truhán. Será el primero que haya habido en esta ciudad, y desde este momento quedará incapacitado para seguir habitándola.

(Aplausos vigorosos y nutridos.)

—¡Abrase el saco! ¡Abrase el saco!—gritaron muchas voces.

El reverendo pastor Burgess hizo una incisión en la tela del saco, metió la mano por la abertura y sacó un sobre. Dentro de ese sobre había dos pliegos doblados.

El reverendo pastor dijo:

—Uno de estos papeles contiene las siguientes palabras: "No se proceda a la confrontación hasta que hayan sido leídas todas las comunicaciones enviadas a la Presidencia." En el otro papel se lee: *Prueba.* Está concebido en los términos a que doy lectura: "No exijo que la primera parte de la frase de mi benefactor corresponda con exactitud literal al tex-

to que yo consigno, puesto que esa parte del discurso no contenía elementos de tal modo impresionantes que pudieran conservarse de un modo totalmente preciso; pero las últimas palabras son de las que nadie puede olvidar, ya por haberlas dicho, ya por haberlas oído. Si estas últimas palabras no corresponden con toda fidelidad a lo que yo escribo abajo, el pretendiente a la donación deberá ser considerado como un impostor. Diré que la persona a quien ha de adjudicarse el tesoro, comenzó por advertir que pocas veces daba consejos, pero que cuando los daba eran de importancia y valor decisivo. Después habló así—lo recuerdo como si acabara de oírlo—: *Usted está lejos de...*

—¡La cuestión quedó resuelta!—gritaron cincuenta voces—. ¡El dinero es de Wilson. ¡Wilson! ¡Wilson! ¡Que hable!

La gente se agrupaba en torno de Wilson, saltando sobre las butacas. Se le estrechaba la mano, se le dirigían palabras congratulatorias y expresiones de admiración fervorosa.

La Presidencia daba furiosos golpes de mazo, y decía:

—¡Orden, señores! ¡Orden! ¡Orden! Aún no he acabado la lectura.

Cuando se hubo restablecido el silencio, la Presidencia leyó:

—*...lejos de ser un hombre incapacitado para hacer el bien; regenérese, o si no se regenera, recuerde usted mis palabras: sus pecados le abrirán las puertas del infierno, a menos que, como expiación, Dios la*

imponga la pena de pasar el resto de sus días en Hadleyburg. Una vez más se lo digo: regenérese, o si no se regenera, opte por el infierno, y pídale a Dios que lo libre de vivir en Hadleyburg.

Reinó un silencio mortal. En las frentes de los ciudadanos se acumulaban los negros nubarrones de la cólera, pero pasado el primer instante, estos nubarrones fueron levantándose y dejaron una pálida neblina de mortificación. Era inútil que los hadleyburgueses intentaran acudir al disimulo. Los periodistas, los brixtonistas y otros forasteros bajaban el rostro y se cubrían la frente con las manos, haciendo esfuerzos heroicos de cortesía para no estallar en carcajadas.

Sólo una voz resonó en el salón; sólo una voz podía resonar en momento de angustia: era la de Jack Halliday.

—Procedamos al estigma—dijo.

El torrente se precipitó al instante con ímpetu arrebatador. La primera carcajada fué la que lanzó el reverendo pastor Burgess, y esto absolvió a la asamblea del deber oficial de seguir fingiendo compostura.

Hadleyburgueses y forasteros reían con sana espontaneidad, abandonándose a las más tempestuosas manifestaciones de regocijo.

Fatigada, la gente cesaba de reír, y empezaba a limpiarse las lágrimas y a sonarse.

El reverendo pastor Burgess intentaba reanudar la sesión, pero la no saciada y al parecer insaciable hilaridad, estallaba de nuevo.

Muchas veces se repitió la tentativa de inhibición, y al cabo, haciendo un esfuerzo supremo, pudo el reverendo pastor Burgess decir estas palabras:

—Inútilmente procuraríamos ocultar hechos que... Estamos en presencia de una situación cuya gravedad no puede negarse. El buen nombre de la ciudad ha quedado en tela de juicio. La diferencia de una sola palabra entre lo consignado por el señor Billson y lo consignado por el señor Wilson era ya por sí sola de una seriedad incuestionable, puesto que ponía a uno u otro de estos dos caballeros en la precisión de reconocer un acto delictuoso...

Wilson y Billson estaban deprimidos, inmóviles en sus butacas; pero las palabras del reverendo pastor los electrizaron, y ambos intentaron levantarse.

—¡No se muevan sus señorías!—ordenó la Presidencia, con seco y vigoroso ademán.

Los dos obedecieron.

—Decía que esto era ya demasiado serio, aunque sólo se trataba de un acto individual, pues suponíase que alguno de los dos hablaría con absoluta buena fe. Pero la situación se complica. Hay dos honras en un peligro espantoso. ¿Se me permitirá avanzar un paso más y decir que el peligro es inextricable? El señor Wilson y el señor Billson omitieron las palabras decisivas.

El reverendo pastor hizo una pausa. Durante breves instantes aguardó a que el silencio se afirmara, como para que su discurso impresionara más hondamente al auditorio.

Después prosiguió:

—Sólo podría darse una explicación de este hecho extraordinario. Pregunto a los señores Billson y Wilson si ha habido colusión o acuerdo entre uno y otro.

El rumor que se levantó de la asamblea parecía decir claramente en su expresión inarticulada:

—Los ha clavado con el mismo alfiler.

Billson carecía de la serenidad necesaria para casos tales, y se desplomó sobre su butaca. Pero Wilson era abogado, y levantándose, inició la desesperada lucha.

Con palidez mortal y una tortura de infierno en las entrañas, pudo decir:

—Solicito respetuosamente que la asamblea se digne concederme toda su indulgencia para explicar este penoso asunto. Siento mucho entrar en pormenores, y lo siento porque ellos irrogan una pérdida irreparable para el señor Billson, persona por la que siempre había tenido el respeto más alto y la estimación más profunda, pues le creía, como todos vosotros, invulnerable a las tentaciones. Pero la conservación de mi propia honra, que está en tela de juicio, me impone una dolorosa franqueza. Debo confesar con rubor—y os pido perdón por ello—que pronuncié todas las palabras citadas en el texto del forastero, y me reconozco autor de la última parte, tanto como de la primera. *(Profunda sensación en el auditorio.)* Cuando se hizo la publicación del hecho por la Prensa, recordé todo lo dicho, y resolví presentarme como reclamante del tesoro, pues me asistían todos los derechos para ello. Os ruego, pues, que consideréis el siguiente punto, pesando con escrupu-

losa conciencia su significación: la gratitud que experimentó el atribulado forastero parecía no reconocer límite alguno, y al manifestármela dijo que le faltaban palabras adecuadas para traducir sus sentimientos, pero que si se le presentaba la ocasión, me pagaría mil por uno. Yo os pregunto, en vista de los antecedentes referidos, si era de esperar, si era de creer, si era de imaginar por mi parte que habiéndome manifestado una gratitud tan viva y espontánea, fuera capaz de un acto villano como es el de consignar las palabras finales, palabras que constituyen una verdadera asechanza, con el infame e indiscutible propósito de concitarme la enemistad y aun el odio de mis conciudadanos, convocados para tal efecto en una reunión solemne. No; jamás hubiera yo pensado cosa semejante. Era imposible concebir tanta deslealtad. Yo debía suponer que el texto de la prueba contendría sólo la primera parte de mi consejo. En eso no cabía la menor duda. Vosotros habríais supuesto como yo que esa sería la conducta del favorecido hacia su benefactor. Es inconcebible traición tan cobarde cometida por un hombre que no habiendo recibido males, parecía natural que se creyese obligado a quien le había ofrecido una amistad generosa. Poseído, pues, de una confianza que no tenía límites, perfectamente seguro de hallar una correspondencia fiel en el forastero, escribí la frase hasta la palabra *regenérese*. Había firmado ya, e iba a cerrar el sobre, cuando fuí llamado urgentemente a las oficinas de mi despacho. El pliego había quedado sobre la mesa del estudio...

El abogado Wilson se detuvo al llegar aquí. Con lentitud volvió el rostro hacia el señor Billson, miró a éste, prolongó la pausa, y reanudando el discurso, dijo:

—Notad esta circunstancia... Cuando yo volví a mi mesa de trabajo, un hombre abandonaba el estudio, por la puerta que da a la calle. Ese hombre era el señor Billson.

(Sensación.)

Billson se levantó, y empezó a gritar:

—¡Miente el infame! ¡Miente!

La Presidencia golpeó con el mazo, y ordenó al señor Billson que ocupara su asiento:

—No interrumpa su señoría. El señor Wilson está en el uso de la palabra.

Un grupo de amigos sujetó a Billson, lo sentó y procuró calmarlo.

Wilson prosiguió:

—Estos son hechos. Son hechos sencillos. El pliego estaba en un sitio que no era el que ocupaba cuando yo salí del estudio por la puerta posterior. Advertí el cambio, pero de pronto no le di la menor importancia, pues creí que al abrirse la puerta, una corriente de aire habría agitado los papeles sueltos que tenía sobre la mesa. ¿Cómo podía imaginar que el señor Billson fuera capaz de leer los documentos de un escritorio ajeno? Nadie puede sospechar de un hombre tenido en concepto de íntegro. Toda duda hubiera sido gratuita. Ahora permitidme añadir que el agregado del adverbio *muy* se explica fácilmente: debemos atribuírlo a falta de memoria. Yo soy la

única persona en el mundo que podía saber lo que sé acerca de este caso, *por medios honrados*. He dicho.

No hay nada comparable a los efectos de un discurso persuasivo. Con un discurso persuasivo se desconcierta el aparato mental de la asamblea más prudente, se alteran sus convicciones y se hace una orgía de sus sentimientos.

Wilson ocupó la butaca coronado por el laurel de la victoria.

Los concurrentes lo sumergieron en oleadas de aplausos aprobatorios. Los amigos acudían para estrecharle la mano y manifestarle sus congratulaciones.

Billson, silbado y escarnecido, no pudo pronunciar una sola palabra en su propia defensa.

La Presidencia descargaba el mazo repetidas veces, sin cesar de gritar:

—Reanudemos la sesión, señores. Reanudemos la sesión.

Cuando se hubo restablecido una apariencia de orden, el sombrerero pidió la palabra, y dijo:

—No veo qué sesión debe continuar. Sólo falta la entrega del dinero.

Muchas voces clamaron:

—¡Entréguese el dinero! ¡Wilson, adelante!

—Pido tres salvas de aplausos para el señor Wilson—propuso el sombrerero—. El señor Wilson es *Símbolo* por antonomasia...

Las salvas de aplausos comenzaron antes de que el sombrerero dijera de qué virtud era símbolo Wilson.

Arrebatados por el entusiasmo, en medio de un es-

trépito de gritos y mazadas, algunos adictos personales de Wilson formaban ya silla de manos para conducir triunfalmente al héroe hacia la plataforma.

Con todo, la voz de la Presidencia pudo sobreponerse.

—¡Orden! ¡Ocupad vuestros asientos! Falta todavía la lectura de otro pliego.

Restablecido el orden, la Presidencia iba a leer el segundo pliego contenido en el saco; pero ya en el momento de hacerlo, habló así:

—Hemos olvidado que el segundo pliego no deberá leerse sino cuando hayamos procedido a la apertura de todas las cartas recibidas por mí con relación al tesoro.

Sacó otro sobre, lo rasgó, miró el contenido, se sorprendió, volvió a mirar, se maravilló, y mirando por tercera vez, quedó estupefacto.

Voces salidas de todos los lugares del salón preguntaban la causa de aquella sorpresa.

—¡Léase! ¡Léase!

La presidencia leyó, lentamente, y como dudando de la realidad:

—*La frase que yo pronuncié al hablar con el forastero...*

—Adelante...

—*Usted está lejos de ser un hombre incapacitado para hacer...*

—¡Valiente granuja!

—*... regenérese.*

—Esta carta viene firmada por el señor Pinkerton.

El estrépito del regocijo era de dimensiones in-

verosímiles. Un espectador juicioso habría derramado acerbas lágrimas.

Los hombres que lograron desabotonarse el chaleco, y las señoras, a quienes por fortuna se les rompió el corsé, dieron suelta a la risa hasta el agotamiento; los noticieros trazaban garabatos indescifrables por no serles dado contener las carcajadas; un perro que se había dormido debajo del estrado, saltó dando alaridos de espanto.

En medio de la batahola surgían los comentarios más graciosos.

—¡Dos *Símbolos* de incorruptibilidad!

—¡Sin contar con Billson!

—¡Incluyámoslo en la lista!

—*¡Panza negra* es el tercer *Símbolo!*

—*¡Símbolo* número tres!

—¿Se le elige?

—¡Elegido! ¡Nunca tendremos suficiente número de *Símbolos!*

—¡Pobre Wilson, víctima de dos ladrones!

Una voz poderosa resonó en el salón.

—¡Señores! ¡La Presidencia ha sacado otro sobre del bolsillo!

—¡Hurra!

—¡Léase! ¡Léase! ¡Léase!

La Presidencia leyó:

—*La frase que yo dije al forastero fué: Usted está lejos de ser un hombre incapacitado... regenérese.*

—¡Firma! ¡Firma!

—Gregorio Yates.

—¡Cuatro *Símbolos!*

—¡Gloria al inmortal Yates!

—¿No hay otro *Símbolo?*

La asamblea quería la mayor cantidad posible de júbilo. Estaba poseída por el furor del humorismo.

Algunos de los diez y nueve, pálidos y desmoralizados, se pusieron en pie para salir del salón, pero los concurrentes les negaron el paso.

—¡Cerrad las puertas!

—¡No se permita la salida de los incorruptibles!

—¡Sentaos!

—¡Queremos otro *Símbolo!*

La Presidencia, celosa por el cumplimiento del deber, sacó el quinto pez:

—*La frase que yo dije al forastero fué: Usted está lejos... regenérese.*

—¡Firma!

—L. Ingolsby Sargent.

—¿Aceptado?

—¡Aceptado!

—¡Cinco incorruptibles!

—¡Vivan los cinco *Símbolos!*

—¡Adelante!

—¡Orden!

—*La frase que yo dije al forastero fué: Usted está lejos... regenérese...*

—¡Firma!

—¡Firma!

—Nicholas Whitworth.

La concurrencia ya no estaba para lanzar aclama-

ciones. Comenzó a maullar, a ladrar, a cantar coplas populares, a hacer parodias grotescas...

Naturalmente, las parodias tenían que ser obra de Jack Halliday.

Hadleyburg la incorruptible

fué uno de los versos improvisados allí mismo, y coreados por toda la concurrencia, siguiendo el ritmo de un aire popular muy en boga a la sazón.

Hadleyburg la incorruptible
y sus símbolos famosos...

—¡Vivan los Símbolos!
—¡Vivan!

Hadleyburg la incorruptible...

—¡Orden!

El mazo de la Presidencia caía pesadamente sobre la mesa.

—¡Queremos otro *Símbolo!*—gritó una voz.

—Sí; désenos otro *Símbolo...*

—Conquistemos una fama universal e imperecedera.

Hadleyburg la incorruptible...

Doce ciudadanos se levantaron para formular una enérgica protesta. Uno de ellos manifestó, en nombre propio y en el de sus compañeros, que no debía aceptarse la farsa preparada por algún truhán ene-

migo de Hadleyburg. Las firmas a que se daba lectura eran falsificadas...

•

Hadleyburg la incorruptible...

cantó alguien.

Y otra voz dijo:

—Estos caballeros deben tomar asiento. Sus palabras envuelven una confesión. Veamos si sus nombres figuran en el legajo.

—¿Podría decirnos el señor presidente cuántos sobres le faltan por abrir? Lo pido en nombre de toda la asamblea.

La presidencia contó.

—Incluyendo los sobres abiertos ya, son por todos diez y nueve.

Una tempestuosa manifestación de burlas estalló al instante.

—Acaso el secreto se encuentre abriendo todos esos sobres. Pido que así se haga y que se nos den a conocer las firmas...

—Y el texto de la frase...

—Apoyo esa moción.

—Y yo.

—Y yo también.

La aprobación fué tumultuosa.

El desdichado Richards se levantó cuando todos se hubieron sentado. Su esposa, junto a él, inclinaba la cabeza y ocultaba el llanto. Richards le tendió el brazo para sostenerla, y en esta actitud comenzó su discurso con voz vacilante:

—Amigos míos, demasiado bien conocidos somos mi esposa y yo. Creo que todo el mundo nos ha considerado como personas honorables y...

—Permítame el señor Richards—dijo la Presidencia—que le interrumpa a fin de manifestarle que cuanto acaba de decir es absolutamente exacto, y que nadie en esta ciudad lo duda. Hadleyburg respeta al señor Richards y a su esposa. Hadleyburg les tiene cariño.

La voz de Halliday resonó en la sala:

—Esa es una verdad incuestionable. Pido que la asamblea diga si la Presidencia ha interpretado sus sentimientos. Una, dos, tres. ¡Hurra por los Richards!

La asamblea se levantó en masa. agitando blancos pañuelos que parecían copos de nieve, y aclamando frenéticamente a los dos ancianos.

La Presidencia continuó:

—Iba a decir que conocemos el corazón generoso del señor Richards, pero que este no es el momento de entregarnos a la generosidad, sino a los dictados de la justicia.

—¡Muy bien!

—¡Eso es!

—La Presidencia lee en el rostro del señor Richards un sentimiento de conmiseración, pero no puedo concederle la gracia que solicita para los culpables.

—Mi propósito era pedir...

—Ruego al señor Richards que ocupe su asiento. Vamos a examinar las otras cartas. Debe hacerse

para que no seamos injustos con los caballeros presentados ya a la pública expectación. En cuanto eso haya terminado—lo aseguro bajo mi palabra—el señor Richards será oído.

—Bien dicho.

—¡Pido que ya no se permita una nueva interrupción!

—¡Adelante!

—¡Nombres! ¡Nombres!

—¡Cúmplase lo que ha ordenado la asamblea!

Los dos ancianos ocuparon sus asientos, obligados por aquella dura imposición.

Richards dijo a su mujer:

—Va a ser horriblemente doloroso hablar cuando estas gentes vean que hablo también por nosotros.

Cerrado el incidente sentimental, volvió a dasatarse la frenética alegría.

—*Usted está lejos de ser un hombre incapacitado... regenérese.* Firmado: *Robert J. Tirtmarsh.*

—*Usted está lejos de ser un hombre incapacitado... regenérese.* Firmado: *Eliphalet Weeks.*

—*Usted está lejos de ser un hombre incapacitado... regenérese.* Frmado: *Oscar B. Wilder.*

En aquel momento la asamblea dispuso relevar a la Presidencia de la tarea de leer la frase. Abierto un sobre, la concurrencia recitaba la frase, con ritmo de canto llano, en voz grave, voluminosa y lenta:

—*U...s...te...ed... está... leee...jos... re...ge... nee...ree...seee...*

La presidencia sólo decía:

—Firmado: *Archibald Wilcox.*

Y así sucesivamente, nombre por nombre, con creciente y glorioso regocijo de todos, menos de los infelices diez y nueve.

En el caso de los nombres más esplendorosos, la asamblea no se contentaba con la frase escrita por *el Diez y nueve,* sino que añadía la parte suprimida de befa para Hadleyburg. Y el remate era un *A...a...a... a... men...* de dos leguas.

La lista seguía, seguía... El infortunado Richards llevaba la cuenta, y después de cada nuevo pliego cerraba los ojos creyendo que iba a sonar su nombre.

Interiormente repasaba el humillante discurso que debía pronunciar:

—Hasta hoy nada hemos hecho en daño del prójimo. Seguíamos un camino humilde, de irreprochable honradez. Somos viejos y pobres. No tenemos quién vea por nosotros. Cedimos a una tentación. Yo me había propuesto, al hablar por primera vez, hacer una confesión franca de mi culpa y pedir indulgencia, pues consideraba que no lograríamos sobreponernos a la vergüenza de oír escarnecido nuestro humildísimo nombre. Pero no pude conseguir mi objeto. La justicia fué inexorable. Debíamos sufrir la suerte común. ¡Qué prueba tan dura! Por primera vez nuestro nombre ha sido mancillado. Tened compasión. Recordad nuestro pasado. Haced lo más ligero que podáis este oprobio.

La señora Richards notó que su esposo divagaba.

Los concurrentes entonaban la frase:

Us...te...ed... es...tá... leee...jos... re...ge...néeere...seeeee...

—Prepárate. Ya va a sonar tu nombre. Han leído diez y ocho...

—¡Otro! ¡Otro!—rugía la asamblea.

Burgess introdujo la mano en el bolsillo donde llevaba los sobres.

Los dos ancianos empezaron a levantarse de sus asientos...

Burgess hurgaba.

—Ya no hay más—dijo el reverendo pastor.

Trémulos de dicha y de sorpresa, los dos esposos ocuparon sus asientos.

La señora Richards murmuró al oído del cajero:

—¡La Divina Providencia nos ha salvado! El reverendo pastor perdió tu sobre. Prefiero esto a cien sacos de oro.

La concurrencia entonó con mayor entusiasmo que nunca:

Hadleyburg la incorruptible...

Y todos se pusieron en pie para decir:

Y sus Símbolos famosos.

—¡Saludemos a los diez y ocho inmortales de Hadleyburg!...

Wingate, el talabartero, pidió la palabra.

—Señores—dijo—propongo tres hurras por el único hombre honrado de esta ciudad, por el único de los diez y nueve notables que no ha cedido a la tentación de apoderarse dolosamente de este dinero. ¡Tres hurras por Edward Richards!

Los tres hurras, unánimes y cordiales, brotaron al instante de los conmovidos pechos.

—Propongo—dijo otro concurrente—que el ciudadano Richards sea nombrado único *Guardián del Tesoro de la Tradición Sagrada de Hadleyburg,* único *Símbolo de la Virtud local,* con poder y facultades para mirar de frente al sarcástico mundo, negador de los méritos de nuestra insigne aldea.

La proposición fué aceptada por aclamación.

Hadleyburg la incorruptible...
Queda un Símbolo no más.

—¿Y el saco?—preguntó una voz.

El curtidor, con palabra acre, dijo sarcásticamente:

—¿El saco? Nada más sencillo. Pido que el dinero sea repartido entre los diez y ocho incorruptibles. ¿No dió cada uno de ellos veinte dólares al forastero? ¿No cada uno de ellos lo favoreció además aconsejándole que se regenerase? Ved el cuadro de estos diez y ocho ciudadanos, haciendo cola para dar dinero en efectivo y un buen consejo. Esta procesión ha de haber durado por lo menos veinticinco minutos. El total de la contribución para auxilio del forastero alcanza a trescientos sesenta dólares, salvo error u omisión. Los Símbolos sólo piden algo que se les debe en justicia: sus trescientos sesenta dólares, como pago del capital, y el resto, hasta la suma de treinta y nueve mil seiscientos cuarenta dólares, como intereses.

—¡Reparto! ¡Reparto! No seáis crueles con los desheredados de la fortuna. ¡Reparto al instante!

—¡Orden! La Presidencia tiene la honra de recordar a la respetable asamblea que falta leer el segundo pliego del forastero. Dice así: "Para el caso de que no se presente nadie a reclamar el tesoro...

(Risas, aplausos y carcajadas.)

"... mi voluntad es que se abra el saco y se entregue el dinero, poniéndolo bajo la custodia de los ciudadanos más ilustres de Hadleyburg, en cuya honorabilidad fío...

(Explosivas y múltiples demostraciones.)

"... Podrán emplearlo como mejor crean conveniente, siempre que sea en la propagación y conservación de la buena fama de que goza Hadleyburg, por su honradez incorruptible...

(Gritos destemplados.)

"... reputación a la que ellos prestarán nuevo lustre con el esplendor de sus nombres..."

(El entusiasmo se desbordó en aplausos sarcásticos.)

—Aun tenemos un *post scriptum*. Voy a leerlo:

"Ciudadanos de Hadleyburg:

"No hay tal frase. Nadie la pronunció...

(Sensación.)

"No hay tal forastero necesitado. No hay tales veinte dólares. No hay tal gratitud. No hay nada. Todo es una pura invención...

(La noticia fué recibida con grata sorpresa por todos los concurrentes.)

"Para que comprendáis el objeto de la invención, voy a contaros un lance personal. Es muy breve. Pasando cierta vez por Hadleyburg, se me ofendió de un modo tan grave como inmerecido. Cualquiera otro hombre en mi lugar se habría limitado a destripar uno o dos hadleyburgueses, pero yo no soy quien puede quedar satisfecho con venganzas tan triviales e inadecuadas. Los muertos no sufren. Estando fuera de mi alcance mataros a todos—lo que habría sido insuficiente, por lo que llevo dicho—, concebí la idea de causaros un daño general. He resuelto atacaros en el punto más vulnerable para gente débil y necia como vosotros. Hablo de la vanidad. En ella sufriréis todos: hombres, mujeres y niños.

"He aquí cómo procedí para realizar mi venganza. Disfrazado, fuí a Hadleyburg, y residí entre vosotros. Pronto pude ver que era bien fácil realizar mi propósito. Tenéis una antigua y alta reputación de honradez, y naturalmente estabais orgullosos de ella. Era el tesoro que más estimabais: lo queríais como a las niñas de vuestros ojos. No bien me hice cargo del esmero con que os libráis de toda tentación, y del esmero mayor con que ponéis al amparo de todo peligro la virtud de vuestros hijos, supe cómo debía proceder en mi venganza. ¿Ignoráis, débiles criaturas, que una virtud es siempre frágil cuando no ha sido sometida a la prueba del fuego?

"Formado mi plan, hice cuidadosamente una lista de personas notables. Quería corromper a Hadleyburg la incorruptible. Si hubiera comenzado por enviaros desde luego mi carta, todos habríais dicho:

"—Goodson es el único entre nosotros capaz de dar veinte dólares a un pobre diablo.

"No habríais tragado el anzuelo.

"Pero cuando Dios puso fin a los días de Goodson, el camino estaba expedito. Preparé la trampa y el cebo.

"Acaso no caigan todos aquellos a quienes dirigí la carta con la frase de prueba, pero la mayoría sucumbirá, o no sé qué casta de pueblo es Hadleyburg.

"(Hadleyburg la incorruptible—
"cantó el público—. Todos cayeron.)

"Sois más capaces de robar dinero procedente del juego, que aliviar las penas de un desdichado a quien acose el hambre o desvíen de la recta senda los rigores de la adversidad. Abrigo, pues, la esperanza de imponer un castigo a vuestra vanidad y de daros una nueva reputación, firme y duradera, que se extenderá por todos los ámbitos del continente.

"Si he logrado mi aspiración, abrid el saco y convocad a la *Comisión de Propagación y Conservación de la Fama de Hadleyburg.*"

El ciclón de la opinión pública gritó que se abriera el saco y que los diez y ocho formaran una línea al frente de la plataforma.

—¡Nómbreseles *Guardianes Perpetuos de la Tradición!*

—¡Adelante los *Incorruptibles!*

La Presidencia procedió entonces a abrir el saco, y tomó un puñado de áureas monedas.

Examinólas cuidadosamente, y dijo:

—Caballeros, lo que hay en el saco son discos de plomo dorado.

La noticia produjo una explosión de júbilo superior a cuantas se habían visto desde el principio de la sesión.

Cuando logró restablecerse el orden, solicitó y obtuvo la palabra el curtidor:

—Por derecho de prioridad, la Presidencia de la *Comisión de Guardianes de la Tradición* corresponde al señor Wilson. Pido que avance hasta la plataforma y que reciba las monedas en nombre propio y en el de sus colegas.

—¡Wilson! ¡Wilson! ¡Wilson!

—¡Que hable Wilson!

Wilson, con voz quebrada por la cólera, respondió a los centenares de concurrentes que le interpelaban y aclamaban, hablando de este modo:

—Permítaseme decir dos palabras. Nada tengo que ver con esas condenadas monedas. El infierno...

—¿No es bautista este?...

—Quedan diez y siete *Símbolos* disponibles. Llámese a otro para que asuma la custodia de los *Fondos de la Sagrada Tradición.*

Ninguno de los diez y siete respondió a este llamamiento.

Habló entonces el talabartero para decir:

—Creo, señor Presidente, que hay un hombre inmaculado entre los miembros de la antigua aristocracia, o, más bien dicho, entre los miembros de la difunta aristocracia. En vista de ello y de los méritos

personales del verdaderamente incorruptible *Diez y nueve*, propongo que Jack Halliday se incaute de los áureos escudos de veinte dólares, plomo legítimo, y que, rematados, entregue su valor al único hombre en quien se cifra el orgullo de Hadleyburg... Hablo del ciudadano Edward Richards.

El entusiasmo con que fué recibido este discurso tuvo por partícipe al mismo perro, ya citado.

El talabartero comenzó la puja, ofreciendo un dólar por el contenido del saco.

Inmediatamente se levantaron los habitantes de Brixton y el representante del circo de Barnum para mejorar la postura.

La concurrencia aplaudía cada vez que las ofertas aumentaban uno o varios puntos.

Arrebatados por la pasión, los postores se empeñaron en una contienda, creciendo por instantes su audacia. De un dólar se pasó a cinco, de cinco a diez, de diez a veinte, de veinte a cincuenta, de cincuenta a cien dólares. Después...

Cuando comenzó la postura, Richards dijo al oído de su mujer:

—¿Podemos permitir esto? Nota que es un testimonio..., una muestra de..., un propósito de recompensar nuestra... ¿No crees que yo debería levantarme para decir...?

Las discretas palabras de Richards se perdían entre la baraúnda causada por el jovial Jack Halliday.

—Señores, se me ofrece la suma de quince dólares... Veinte... Gracias, camarada... Treinta... Gracias... Treinta, treinta, treinta... ¿No hay quién dé

más?... ¿He oído cuarenta?... Siga la bola, caballeros, siga la bola... Cincuenta... Gracias, noble romano de virtud adusta, tu genio vivirá mientras perdure el nombre sacro de la patria augusta... Cincuenta, cincuenta he dicho... Otro patricio de la Roma pagana... Setenta... Noventa... La unidad seguida de dos ceros... Aun hay tiempo, no desesperemos... Ciento veinte... Ciento cuarenta... Ciento cuarenta... Vengan posturas... Vengan posturas... Ciento cincuenta... Doscientos... Doscientos dólares por cincuenta mil en moneda legítima de plomo... ¿Qué oigo?... Doscientos cincuenta... Doscientos cincuenta...

—Eduardo—decía entre tanto la señora Richards al oído de su esposo—, ¿has oído? ¡Una nueva tentación! ¿No nos servirá de lección el triste caso de los diez y ocho?

—Seiscientos... Seiscientos... ¿Seiscientos cincuenta?... Bien... Así se hace... Setecientos...

—Sí, Eduardo... Ya ves, nadie sospecha...

—Ochocientos dólares... Ochocientos... Digamos novecientos... ¿Decía usted, señor Parsons?... Gracias... Novecientos dólares por un saco lleno de plomo virgen... Novecientos dólares: sólo el oropel los valle ...Novecientos... Mil... De usted atento y seguro servidor, Jack Halliday... Mil dólares... ¿Nadie da más por un saco de plomo? ...¿Nadie ofrece mil cien dólares por el saco de plomo más célebre de toda la Unión?...

—Sí, Eduardo—decía la voz de una mujer que sollozaba—. Estamos tan pobres... Viejos..., desvalidos... Pero, en fin, como tú digas...

Eduardo calló. Es decir, Eduardo se quedó sentado, sin decir oste ni moste. La conciencia protestaba, pero las circunstancias eran más poderosas que la voz del sentido íntimo.

Entretanto un forastero, que parecía miembro de la policía secreta disfrazado de inverosímil lord inglés, presenciaba el espectáculo con manifiesta curiosidad y con una expresión de inefable alegría.

No teniendo a quién hablar, el forastero hacía comentarios para sí mismo.

Su soliloquio decía:

—Ninguno de los diez y ocho hace posturas. Esto no me gusta. Deberían presentarse en la puja. Voy a cambiar el estado del negocio. Así lo requieren las unidades dramáticas. Es preciso que compren el saco, ya que pretendieron robarlo. Algunos de ellos son ricos y les corresponde una fuerte contribución... Además, si yo me engaño respecto del espíritu reinante en Hadleyburg, hay que pagar a quien ponga de manifiesto mi error. Por mi parte, no quiero hacer el desembolso. Reconozco que el viejo Richards me humilla. ¿En dónde está mi buen juicio? No acierto a explicar el hecho; pero el hecho existe. Ese hombre honrado tiene un derecho legítimo. De mí depende que no se le defraude. Perdí en buena lid. No protesto.

El autor del monólogo seguía presenciando las peripecias del remate.

Alcanzada la cifra de mil dólares, el mercado empezó a dar señales de agotamiento. Los precios vacilaban.

El forastero aguardaba y atendía.

Un postor se retiró; después otro; después otro.

Se había llegado a mil diez dólares. El forastero añadió cinco. Otro ofreció mil diez y ocho. La postura dió un salto de cincuenta. Por último, el saco quedó adjudicado al forastero por la suma de mil doscientos ochenta y dos dólares.

La concurrencia estalló en aplausos y aclamaciones.

De pronto se produjo un silencio de expectación. El forastero había hecho señal de que pedía la palabra.

—Deseo, señores, solicitar un favor, y lo haré brevemente. Soy coleccionador de objetos raros y comercio en artículos de ese género. Mi especialidad es la numismática. Tengo clientes en todo el mundo. Realizo una ganancia comprando este saco, tal como lo veis aquí. Pero conociendo el negocio, os digo que cada una de esas monedas de plomo puede llegar a alcanzar un valor de veinte dólares, ni más ni menos que si fueran de oro. Acaso se obtenga una estimación más alta todavía. Mediante vuestra aprobación, yo daré parte de esa ganancia al honorable señor Richards, cuya probidad invulnerable hemos tenido ocasión de ver comprobada, con la satisfacción de reconocerla cordialmente. A él corresponden diez mil dólares, y yo mismo se los entregaré mañana.

(Prolongados aplausos.)

La *invulnerable probidad* sacó el rubor a las mejillas del matrimonio Richards.

¡Era la modestia ofendida!

—Si mi proposición es aceptada por una mayoría

de dos tercios de votos—prosiguió el forastero—, consideraré que la ciudad otorga su consentimiento. No pido más. Los objetos raros valen por algo que despierte curiosidad o provoque comentarios. Ahora bien, el medio de lograr el propósito que yo persigo es muy sencillo. Si me lo permitís, grabaré en las monedas los nombres de los diez y ocho caballeros incorruptibles, Símbolos y Guardianes de la Tradición.

No dos tercios, sino nueve décimos de los concurrentes se levantaron.

Hasta el perro votó en favor de la proposición del forastero.

Largo rato duraron los aplausos, las risas y los ladridos.

Cuando el auditorio tomó asiento, se levantaron los Símbolos—con excepción del doctor Clay Harkness—, para protestar y amenazar en términos violentos.

—Advierto a sus señorías que las amenazas no rezan conmigo—interrumpió el forastero—. Conozco mis derechos, y no me asustan las bravatas.

(Aplausos.)

El doctor Harkness, uno de los diez y ocho de la fama, aprovechó el momento de confusión para realizar un propósito. Exceptuando la de Pinkerton, su fortuna era la más cuantiosa y saneada de Hadleyburg. Poseía una mina, lo que en lenguaje vulgar quiere decir que explotaba una medicina de patente. Había sido presentado como candidato a la Legislatura del Estado por uno de los partidos. Pinkerton

era el candidato del otro partido. La lucha, cerrada y dura, se enconaba cada día más.

Harkness y Pinkerton eran igualmente codiciosos. Habían comprado sendas superficies de terreno con el mismo propósito. Se anunciaba la construcción de una línea férrea, y cada uno de los dos adversarios quería ser electo miembro de la Legislatura para que la línea cruzase su terreno. La cuestión dependía de un voto, y dos o tres fortunas de ese voto.

En presencia de intereses de tal magnitud, Hakness no vaciló, pues era hombre de ilimitada audacia.

Su asiento estaba cerca del que ocupaba el forastero. Y mientras los otros *Símbolos* formulaban airadas protestas o necias apelaciones, Harkness dijo al oído del forastero:

—¿Cuánto quiere usted por el saco?

—Cuarenta mil dólares.

—¿Quiere usted veinte mil?

—No.

—¿Veinticinco mil?

—No.

—¿Treinta mil?

—He dicho cuarenta mil; ni un centavo menos.

—Convenido. El saco me pertenece. A las diez de la mañana estaré en el hotel. Nos veremos reservadamente, pues no quiero que este asunto se evapore.

—Aceptado.

El forastero pidió la palabra para decir:

—Los discursos de estos señores son interesantísimos. Reconozco todo su mérito. Me hacen una gracia infinita. Pero es ya tarde, y pido licencia para buscar

descanso. Agradezco en el alma el favor que se me ha concedido. Y pido atentamente a la Presidencia que sea custodia del tesoro hasta mañana. Entre tanto, dejo en sus manos, como señal, mil quinientos dólares, que ruego sean entregados al señor Richards.

Los tres billetes de quinientos dólares pasaron del forastero a la Presidencia, y de la Presidencia a la cartera del señor Richards.

—Mañana, a las nueve, acudiré para recoger el saco, y a las once, yo mismo me presentaré en la casa del señor Richards para entregarle los ocho mil quinientos dólares que faltan.

Con esto dejó la sala, y el auditorio quedó cantando:

Hadleyburg, la incorruptible,
tiene un Símbolo no más...

IV

Retirados a su domicilio, los dos Richards hubieron de sufrir la tortura de las felicitaciones, hasta las doce de la noche.

Cuando quedaron solos, no tenían fuerzas ni ánimo para pronunciar una sola palabra.

La señora Richards dijo al cabo:

—¿Crees, Eduardo, que nuestra conducta sea censurable, muy censurable?

Sus ojos se dirigían a los tres billetes acusadores que estaban sobre el velador, donde los visitantes los habían dejado después de examinarlos, sobarlos y reverenciarlos.

El señor Richards no contestó de pronto. Después, exhalando un suspiro, habló así:

—¿Qué otra cosa..., en fin..., podíamos hacer? La Divina Providencia... Hay cosas que así están dispuestas desde lo alto... Todo está dispuesto desde lo alto...

La señora Richards lo miraba fijamente, pero él no sostenía esa mirada.

—Yo no he sabido lo que son las felicitaciones

hasta esta noche... ¡Qué amargura dejan!... Y di, una cosa...

—¿Cuál?

—¿Vas a seguir en el Banco?

—No.

—¿Renuncias?

—Mañana mismo.

—Eso es lo que yo creo mejor.

Richards se cubrió la cara con ambas manos, y dijo:

—Antes no temía que se me hiciera depositario de todos los caudales del Universo, pero ahora... Estoy cansado..., muerto de fatiga...

—Durmamos.

... ...

A las nueve de la mañana el forastero acudió en busca del saco y se lo llevó al hotel en un coche.

A las diez, se reunieron él y Harkness de un modo furtivo.

El forastero pidió cinco cheques al portador para un Banco metropolitano. Cuatro eran por mil quinientos dólares y otro por treinta y cuatro mil.

Guardó uno de los primeros en su cartera, y los otros cuatro, de un total de treinta y ocho mil quinientos dólares, en un sobre.

Una vez que hubo partido Harkness, el forastero escribió una carta y la agregó a los treinta y ocho mil quinientos dólares del sobre.

La señora Richards atisbaba tras de las persianas de su salón. A las once se presentó el forastero y

llamó. La señora Richards, que acudió a abrirle, recibió de sus manos un sobre.

El forastero desapareció al instante.

La señora Richards entró, sonrojada y con paso incierto.

—Creo haberle identificado—decía—, y desde anoche me parecía que su cara no era desconocida para mí.

—¿Es el mismo que trajo el saco?

—Casi podría asegurarlo.

—¡Stephenson!... Por lo visto es el mismo que se ha burlado de todo el mundo... Si envía cheques y no billetes, lo hace para que al fin y al cabo nosotros caigamos también en sus redes cuando nos creíamos libres del oprobio. Ya empezaba a sentirme tranquilo, después del descanso nocturno, pero la llegada de este sobre me envenena la sangre... Si hubiera billetes, el sobre no estaría tan aplanado, pues ocho mil quinientos dólares abultan, aun en billetes grandes...

—¿Y por qué no quieres cheques?

—¿Aceptar un cheque firmado por Stephenson? Si fueran billetes, nada diría, y los tomaría como enviados por la Divina Providencia. Tú bien sabes que nunca me he distinguido por un valor temerario, y no sabría cómo negociar un cheque de Stephenson. Todo lo que venga acompañado de ese nombre desastroso me parecerá una asechanza. Ya escapé una vez, no sé por qué milagro, y ahora se me tiende otro lazo...

La señora Richards, con los cheques en la mano, lloraba amargamente.

—¡Quémalos, mujer! ¡Quémalos antes de que sucumbamos a la tentación! Se intenta exponerme al ludibrio, junto con los diez y ocho. Si no tienes valor para quemarlos, dámelos. Yo los quemaré.

Efectivamente: alargando la mano se los arrebató a su mujer, y avanzó hacia la estufa encendida...

Pero Richards era humano... Era cajero... Antes de arrojar los papeles al fuego, examinó la firma.

Agobiado, casi exánime, exclamó:

—¡Aire! ¡Me ahogo!... Estos cheques son tejos de oro macizo...

—¿Por qué lo dices?... ¡Dios mío, qué felicidad!

—Los firma Harkness... ¿Qué misterio será este?

—¿Crees acaso que...?

—Mira... Mira... Mil quinientos... Mil quinientos... Mil quinientos... Treinta y cuatro mil... Treinta y ocho mil quinientos... ¿Por qué ha pagado Harkness una suma tan grande? Ese saco no vale doce dólares...

—¿Y dices que todo es para nosotros?... ¿No eran sólo diez mil?

—Así parece... Mira: *al portador.*

—¿Por qué han puesto así?

—Sin duda para que el cobro se haga fuera de Hadleyburg... Se ve que Harkness no quiere que el asunto sea conocido... Pero aquí veo una carta.

—Sí; venía con los cheques...

La carta era de puño y letra de Stephenson, aunque no tenía firma.

Su texto decía:

He salido burlado. Veo que usted está a prueba de todas las tentaciones. Mi opinión era otra, y con ella he ofendido a usted en su probidad. Perdóneme. Perdóneme con sinceridad. Yo tributo a usted honores, y también lo hago con sinceridad. Esta ciudad no es digna de besar la fimbria de la túnica de usted. Aposté conmigo mismo asegurando que habría diez y nueve conciencias corruptibles en la austera Hadleyburg. He perdido la apuesta. Todo el tesoro es de usted. Le pertenece de pleno derecho.

Richards exhaló un profundo suspiro.

—Esta carta parece escrita con caracteres de fuego. ¡Quema! Soy tan desgraciado como ayer...

—Yo también siento una gran pesadumbre... Quisiera...

—¡Ese hombre cree en mí!

—¡Tormento atroz!

—Si estas palabras fueran merecidas... Por Dios santo, que en un tiempo no las habría tomado como un sarcasmo. Daría los cuarenta mil dólares por tener la conciencia de acuerdo con ellas. Sólo guardaría esta carta, mil veces más valiosa que todos los tesoros de la tierra. Pero ahora... No podríamos vivir con esta acusadora presencia.

Y diciendo esto, quemó el pliego.

En aquel momento se presentó un mensajero llevando una carta. Era del reverendo pastor Burgess, y decía:

Usted me salvó en un momento difícil para mí. Yo salvé a usted en la reunión de ayer. Lo hice a

costa de una mentira, pero deliberadamente y con toda espontaneidad. El corazón me lo pedía. He pagado una deuda de gratitud. Nadie en Hadleyburg sabe hasta dónde llegan la bondad, el valor y la nobleza de usted. En el fondo usted no puede respetarme, conociendo como conoce sólo un aspecto de la cuestión por la que he sido acusado y condenado. Pero ya que no tengo su estimación, quiero al menos que me considere como un hombre agradecido. Eso bastará para compensar en cierto modo la carga del fallo injusto que llevo a cuestas.

BURGESS.

—Una vez más estoy libre de todo peligro... ¡Pero a qué precio!

Quemó también la carta del pastor.

—¡Quisiera morir! La vida ha perdido todo su valor...

—¡Días amargos!... Nos clavan puñales con palabras halagadoras y generosas...

... ...

La antevíspera de la elección, cada uno de los dos mil ciudadanos que debía concurrir al sufragio recibió en su casa un disco de cartón dorado, con el águila nacional y una leyenda circular que decía:

La frase que yo dirigí al desvalido forastero fué: Usted está lejos de..., regenérese. Firmado: PINKERTON.

Todo el cesto de la basura se arrojaba sobre una sola cabeza, con resultados calamitosos.

La carcajada fué general, y la burla se concentró en el banquero.

Harkness salió electo por unanimidad.

Habían pasado veinticuatro horas de la entrega de los cheques a Richards. La conciencia de éste y la de su esposa llegaban a un período de calma dentro de su desaliento. Se familiarizaban con el pecado.

Pero el pecado reviste diariamente nuevas formas y amenaza con terrores desconocidos. Bien pronto lo iban a ver por propia experiencia los infortunados cónyuges.

El sermón que se dijo durante el servicio de la mañana del domingo, era del tipo ordinario por su fondo y por su forma. Mil veces habían oído los Richards aquellas palabras, y mil veces habían experimentado la sensación de la insignificancia, de la vaciedad, del tedio y aun del narcótico. Pero en aquella mañana las expresiones gastadas cobraron vigor. El sermón parecía una requisitoria, dirigida especialmente contra los impenitentes que alimentan y ocultan sus actos vitandos.

Después del servicio religioso, y cuando pudieron librarse de la muchedumbre que los asediaba con sus felicitaciones, entraron en la casa llevando el frío en el alma y un vago sentimiento de terror.

¿Qué indeterminado peligro los acosaba?

Vieron de lejos al pastor Burgess, que torcía por una bocacalle.

Le saludaron, y no contestó.

En realidad, el pastor Burgess no los había visto;

pero Richards y su esposa creyeron que la omisión había sido consciente y voluntaria.

¿A qué atribuírla?

¿Significaría acaso...?

Hicieron veinte conjeturas... Todas eran desoladoras.

¿Sabría acaso el pastor que Richards, perfectamente enterado de los hechos, había persistido en un largo silencio, sin atreverse a defender una reputación injustamente mancillada?

Llegaron a la casa, y los asaltó una duda espantosa.

¿Si su criada hubiera estado en acecho cuando Richards confesó que, sabiendo la inocencia de Burgess, había callado por miedo?

No podía ser de otro modo. Richards creía haber oído el roce de una falda en la antesala... No; no cabía duda. Había sorprendido el acto del espionaje famular.

¿Qué deberían hacer?

¿Llamarían a Sara con cualquier pretexto, y estudiarían su actitud? Si los había traicionado, no sería difícil descubrir la perfidia que se delataría en la turbación del semblante.

Interrogaron a la criada, pero lo hicieron con tal incoherencia, que la muchacha diagnosticó al instante un caso de extravío mental causado por el súbito capricho de la fortuna.

Las miradas escrutadoras y terribles que le dirigían acabaron por asustarla. Este fué el remate. La pobre Sara se ruborizó, se puso trémula y no podía

hablar dos palabras seguidas sin decir un despropósito.

¿Cabría duda ya?

La culpa era manifiesta. Sara los traicionaba y los vendía.

Despedida la doncella, empezaron a atar cabos, relacionando hechos que no tenían conexión alguna, con resultados espantosos.

En lo más tétrico de aquella revista, Richards exhaló un suspiro desgarrador.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?—preguntó su esposa.

—¡La carta de Burgess! ¿Cómo no habíamos advertido que fué escrita en términos sarcásticos? Al decir que yo no puedo respetarlo, habla intencionadamente. Sabe que yo sabía que él era inocente y que callé por miedo. ¡Necio de mí! ¡Haber tomado por elogio una sentencia condenatoria! Me puso una celada... Veo su ingenio. ¡María!

—Sí; comprendo. Sé lo que quieres decir. ¿Por qué no te devolvió el documento con la supuesta frase del forastero?

—¡Claro está! Lo ha conservado como arma para aniquilarme. Ya la habrá empleado... ¿Cuántas gentes sabrán la historia al dedillo? Lo veo por el rostro de los que me encuentran. ¿Cómo querías que el pastor nos saludara después de habernos difamado?

Esa misma noche fué llamado el médico, y a la mañana siguiente corría por Hadleyburg la noticia de que Richards y su esposa estaban enfermos.

La sorpresa de una fortuna inesperada, las visitas

de congratulación, la falta de sueño... De todo eso hablaba el médico.

Hadleyburg estaba cordialmente apesarada. Los dos esposos eran ya su único orgullo.

Dos días después, las noticias eran más alarmantes aún. Richards y su esposa deliraban y parecían haber perdido la razón.

Según las enfermeras, Richards tenía cheques...

—Naturalmente... Cheques por ocho mil quinientos dólares.

—No, señor... ¡Por treinta y ocho mil quinientos!

—¿Qué misterio es este?

A la mañana siguiente, las enfermeras pusieron en circulación otro puñado de noticias más extraordinarias aún.

Se había pretendido guardar los cheques para evitar extravíos; pero cuando fueron a buscar, los cheques no existían ya. ¿Qué había pasado? Desaparecieron de la cabecera del señor Richards. Este dijo:

—¡Dejen mi almohada! ¿Qué quieren?

—Creíamos que sería conveniente guardar los cheques...

—Esos cheques ya no existen... Los he destruído... Venían firmados por el mismo Satanás... Fueron escritos con el propio fuego del infierno... Se me tentaba... Pero no he de pecar...

Después dijo cosas tan extrañas que fué imposible darles un sentido racional.

En todo caso, por precaución, el médico aconsejó a las enfermeras que se abstuvieran de referir las

extravagantes palabras del señor Richards, hijas de un cerebro torturado por la fiebre.

Las enfermeras guardaron silencio, acatando la orden terminante dada por el médico. Pero como sin duda, alguna de ellas era sonámbula, habló en sueños y así se municipalizó el secreto de la alcoba de Richards.

¡Sorprendente secreto en verdad!

¿Creeríase que Richards había figurado entre los aspirantes al tesoro? Si su nombre no salió con los de sus colegas, fué porque Burgess ocultó un sobre, aunque después, maliciosamente, delató al culpable en corrillos privados.

Interrogado Burgess, negó categóricamente aquella mentira y aquella traición.

¿Cómo se daba importancia a las palabras de un infeliz anciano con cuarenta grados de fiebre?

Sin embargo, quedó una sospecha que flotaba en la atmósfera y daba pábulo a los cuchicheos de los cotarros.

Pasados algunos días, súpose que el delirio de la señora Richards era una copia fiel y exacta del de su cónyuge.

El tizón de la sospecha dió llamaradas de convicción... La fe en la probidad intachable de Richards comenzó a sufrir un serio quebranto.

Transcurrió una semana, y la ciudad recibió nuevas noticias. Los dos ancianos estaban moribundos. Richards recuperó el sentido y pidió que se llamase a Burgess.

Cuando éste llegó y exigió que saliese todo el

mundo, pues suponía que el agonizante lo llamaba para hacerle algún encargo confidencial,

—No—dijo Richards—quiero testigos, pues deseo hacer una confesión pública. Espero morir como hombre y no como un perro. Yo era honrado—artificialmente—, como todos los demás. Y como todos los demás, caí en la tentación. Firmé un documento para apoderarme del miserable tesoro. El reverendo pastor Burgess, recordando que yo le había prestado un servicio, por gratitud escamoteó mi carta, y así quedé indemne. Pero el reverendo pastor Burgess obró por ignorancia, pues no sabe que cuando fué injustamente acusado, yo habría podido salvarlo con mi testimonio, lo que no hice por cobardía moral, dejándolo entregado a las persecuciones del público.

—No, señor Richards, de ningún modo... Usted...

—Después mi criada, que era una espía, reveló el secreto al reverendo...

—Jamás he oído revelación alguna...

—Y él entonces hizo algo que es muy natural y justo. Arrepintiéndose de la piedad salvadora con que me había favorecido, habló como yo lo merecía, diciendo a voz en cuello que...

—¡Jamás! ¡Juro que eso es falso!

—¡Lo perdono desde el fondo de mi corazón!

Las apasionadas protestas de Burgess cayeron en oídos sordos, y el moribundo partió para otra vida mejor, ignorando que había hecho un nuevo daño al pastor Burgess.

La señora Richards murió esa misma noche.

... ...

Quedó manifiesto que ninguno de los sagrados *Diez y nueve* había escapado a la influencia del saco infernal.

El último guiñapo de la antigua gloria de Hadleyburg yacía en el fango.

Las honras fúnebres del guiñapo no fueron ostentosas, pero sí llenas de profundo pesar.

Por decreto de la Legislatura, a ruego y petición de Hadleyburg, esta ciudad cambió su nombre... Se llama desde entonces... No lo diré, pues he jurado la discreción más absoluta...

Abandonó también su antigua divisa: *No nos dejes caer en tentación.*

Ahora dice: *Déjanos caer en tentación.*

Bajo su nuevo nombre y su nueva divisa, ha vuelto a ser una ciudad honrada.

Mucho ha de madrugar quien la sorprenda como el forastero.

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo	5
¿Ha muerto Shakespeare? (Capítulos de mi autobiografía.)	9
I.—Mi maestro de pilotaje	9
II.—Satanás y Shakespeare	27
III.—Sigue el paralelo	33
IV.—Conjeturas	41
V.—Supongamos que	51
VI.—Mi celebridad comparada con la de Shakespeare	57
VII.—Cuestión de método	65
VIII.—Shakespeare como legista	73
IX.—El otro brontosauro	91
X.—El resto del equipaje	101
XI.—Los fetiches y la razón humana	109
XII.—Irreverencia	113
XIII.—Otra vez Shakespeare y yo	119
El Corruptor de Hadleyburg. (Sátira.)	127

BIBLIOTECA NUEVA

MADRID
LISTA, 60

EXTRACTO DEL CATALOGO

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

	Ptas.
I.—Perlas Negras. Místicas.	4,00
II.—Poemas	4,00
III.—Las voces. Lira heroica y otros poemas	4,00
IV.—El Exodo y las flores del camino	4,00
V.—Almas que pasan	4,00
VI.—Pascual Aguilera. El donador de almas	4,00
VII.—Los jardines interiores. En voz baja	4,00
VIII.—Juana de Asbaje	4,00
IX.—Ellos	4,00
X.—Mis filosofías	4,00
XI.—Serenidad	4,00
XII.—La amada inmóvil	4,00
XIII.—El bachiller. Un sueño. Amnesia. El sexto sentido	4,00
XIV.—El diamanté de la inquietud. El diablo desinteresado. Una mentira	4,00
XV.—Elevación	4,00
XVI.—Los balcones	4,50
XVII.—Plenitud	4,50
XVIII.—El estanque de los lotos	4,50
XIX.—Las ideas de Tello Téllez. Como el cristal	4,50
XX.—Cuentos misteriosos	4,50
XXI.—Algunos	4,50
XXII.—La lengua y la literatura (1.ª parte)	4,50
XXIII.—La lengua y la literatura (2.ª parte)	4,50
XXIV.—En torno a la guerra	4,50
XXV.—Crónicas	4,50
XXVI.—Ensayos	4,50
XXVII.—El arquero divino	4,50
XXVIII.—Conferencias. Discursos. Miscelánea	4,50

De cada tomo se ha hecho una tirada de cien ejemplares en papel de hilo y lujosamente encuadernadòs. Precio de cada ejemplar, 35,00 *pesetas.*

OBRAS DE OSCAR WILDE

	Ptas.
I.—El crimen de lord Arturo Savile (novelas)	4,00
II.—El retrato de Dorian Gray (novela)	4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas)	4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas)	4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro)	4,00

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

Una campaña alegre	4,00
San Onofre	4,00
San Cristóbal	4,00
Cartas de Inglaterra	4,00
El misterio de la carretera de Cintra	5,00
Notas contemporáneas	5,00
Ecos de París	4,00

OBRAS DE REMY DE GOURMONT

Colores (cuentos eróticos)	4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela)	4,00
El sueño de una mujer (novela)	4,00
El peregrino del silencio	4,00

NOVELAS DE RAFAEL LOPEZ DE HARO

¿Y después?	5,00
Ante el Cristo de Limpias	5,00
¡Pero el amor se va!	5,00
Fuego en las entrañas	5,00
Entre todas las mujeres	5,00
La Venus miente	5,00
Floración	5,00
Las sensaciones de Julia	5,00
La novela del honor	5,00

NOVELAS DE RAMON GOMEZ DE LA SERNA

La viuda blanca y negra	4,00
El secreto del Acueducto	4,00

NOVELAS DE BARBEY D'AUREVILLY

	Ptas.
El amor imposible	4,00
Las diabólicas	4,00
Una historia sin nombre	4,00

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

I.—Psicopatología de la vida cotidiana. (Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos)	10,00
II.—Una teoría sexual y otros ensayos	10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente.	10,00
IV.—Psicoanálisis	10,00
V.—Interpretación de los sueños	10,00
VI.—Psicología de las masas	10,00

COLECCION EXTRANJERA

	Ptas.
LEONIDAS ANDREIEV	
Los siete ahorcados (novela)	4,00
Judas Iscariote (novela)	4,00
La risa roja (novela)	4,00
Memorias de un preso (novela)	4,00
FEDERICO NIETZSCHE	
Epistolario inédito	4,00
VILLIERS DE L'ISLE ADAM	
La Eva futura (novela)	4,00
Nuevos cuentos crueles	4,00
GABRIEL D'ANNUNCIO	
Quizás sí, quizás no (novela)	5,00
EÇA DE QUEIROZ	
El señor Diablo	4,00
Cuentos	4,00
Ultimos ensayos	4,00
ALEJANDRO KUPRIN	
El capitán Ribnicov (novela)	4,00
MARK TWAIN	
Narraciones humorísticas.	4,00
El diario de Eva (novela).	4,00
KNUT HAMSUN (Premio Nóbel).	
Pan (novela)	4,00
Victoria (novela)	4,00
F. DOSTOIEWSKY	
Tres novelas	4,00
OSCAR WILDE	
Intenciones	4,00
J. y J. THARAUD (Premio Goncourt).	
Dingley, el ilustre escritor (novela)	4,00
CARLOS BAUDELAIRE	
Páginas escogidas	5,00
TEODORO DE BANVILLE	
Muñecas (cuentos)	4,00
ARTURO SCHNITZLER	
Morir (novela)	4,00
JEAN LORRAIN	
El burdel de Filiberto (novela)	5,00
JULES RENARD	
El viñador en su viña	4,00
GERARDO DE NERVAL	
Las hijas del fuego (novelas)	4,00
FIALHO D'ALMEIDA	
La ciudad del vicio (novelas)	4,00
LEÓN TOLSTOY	
Jadsi Murat (novela)	5,00
CONDE DE L'AUTREAMONT	
Los cantos de Maldoror	4,00
ENRIQUE SIENKIEWICZ	
Hania (novela)	4,00
R. L. STEVENSON	
Las tribulaciones de un joven indolente (novela).	4,00
HENRI DE REGNIER	
Boda de amor (novela)	4,00

	Ptas.
PIERRE LOTI	
El libro de la piedad y de la muerte (novelas).	4,00
GIOVANNI PAPINI	
Hombre acabado.....	4,00
LEONHARD FRANK	
El hombre es bueno (novela)	4,00
MÁXIMO GORKY	
El sentido de la vida (novela)	4,00

TEATRO SELECTO CONTEMPORANEO

OSCAR WILDE	
El abanico de lady Windermore	2,50
FRANK WEDFCKIND	
Despertar de primavera...	2,00
LEONIDAS ANDREIEV	
Hacia las estrellas.....	2,50
La vida del hombre.....	2,50
JOHN GALSWORTHY	
La huelga.....	2,50
BJORNSTJEROE BJERNSON	
Laboremus	2,50
M. ARTZIBACHEV	
Celos	2,50

LAS NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES

N. LENIN	
El Estado y la Revolución proletaria (3.ª edición).	4,00
Ideario bolchevista.....	4,00
El comunismo de izquierda	4,00
La victoria proletaria y el renegado Kautsky.....	4,00
El capitalismo de Estado.	4,00
CARLOS PEREYRA	
La Tercera Internacional.	4,00
KARL KAUTSKY	
Terrorismo y comunismo.	4,00
N. TASIN	
La revolución rusa (2.ª edición)	4,00
La dictadura del proletariado	4,00
Héroes y mártires de la revolusión rusa.....	4,00
MÁXIMO GORKY	
De la era bolchevista. La revolución y la cultura.	4,00
A. R. ORAGE	
Socialismo gremial.....	5,00
L. TROTSKY	
El triunfo del bolchevismo (2.ª edición).....	4,00
Terrorismo y comunismo, o el Anti-Kautsky.....	4,00
S. ZAGORSKY	
La república sovietista: su obra	5,00
RUSIA	
Legislación bolchevique...	5,00
ENRICO LEONE	
El sindicalismo.....	4,00
A. KERENSKY	
El bolchevismo y su obra.	4,00
VARIOS	
El sindicalismo revolucionario	4,00
E. TORRALBA BECI	
Las nuevas sendas del comunismo	4,00

COLECCION LITERARIA

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA	
Espíritu ambulante.....	4,00
EUGENIO NOEL	
Piel de España.....	4,00
JOAQUÍN BELDA	
La Pregunta de Pilatos.	4,00
S. y J. ALVAREZ QUINTERO	
La Madrecita (novela)....	4,00
JOSÉ E. RODO	
Páginas escogidas.....	4,00

	Ptas.
JULIO CAMBA	
Un año en el otro mundo.	4,00
J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
Hombres, hombrecillos y animales	4,00
CRISTÓBAL DE CASTRO	
Las mujeres (2.ª edición).	4,00
SILVERIO LANZA	
Páginas escogidas e inéditas	4,00
MANUEL MACHADO	
Un año de teatro.....	4,00
EÇA DE QUEIROZ	
La decadencia de la risa.	4,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Muestrario	4,00
GABRIEL ALOMAR	
Verba	4,00
R. CANSINOS ASSENS	
El divino fracaso.....	4,00
R. LÓPEZ DE HARO	
Su majestad el Individuo.	4,00
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT	
El secreto de la ruleta (novelas)	4,00
R. BLANCO-FOMBONA	
Dramas mínimos.....	4,00
SOFÍA CASANOVA	
La revolución bolchevista. Diario de un testigo...	4,00
A. HERNÁNDEZ CATÁ	
Los siete pecados (cuentos)	4,00
ALFONSO REYES	
El cazador.....	4,00
ALBERTO INSÚA	
Juventina la bella (novela).	4,00

	Ptas.
MARÍA ENRIQUETA	
Sorpresas de la vida (cuentos)	4,00
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ	
Cosmopolita (novelas).....	4,00
M. DÍAZ RODRÍGUEZ	
Peregrina (novela).....	4,00
EDUARDO ZAMACOIS	
La virtud se paga (novela)	4,00
COLECCION HISTORICA	
J. GARCÍA MERCADAL	
España vista por los extranjeros (3 tomos).....	12,00
ANGEL OSSORIO Y GALLARDO	
Los hombres de toga en el proceso de D. Rodrigo Calderón.....	3,50
RICARDO FUENTE	
Reyes, favoritas y validos.	4,00
E. GONZÁLEZ-BLANCO	
Historia del periodismo...	4,00
CARLOS PEREIRA	
La obra de España en América	4,00
E. RODRÍGUEZ SOLÍS	
Historia de la prostitución	5,00
P. OTERO Y SÁNCHEZ	
España, patria de Colón.	4,00
COLECCION POLITICA	
ANTONIO MAURA	
Treinta y cinco años de vida pública (2 tomos).	8,00
ALBERTO MOUSET	
La política exterior de España	3,50
ALVARO DE ALBORNOZ	
El partido republicano...	3,50
JUAN JOSÉ MORATO	
El partido socialista.....	3,50

	Ptas.
M. MORENO RECIO	
Los partidos políticos europeos	4,50
ENRIQUE FAJARDO (FABIÁN VIDAL)	
Crónicas de la Gran Guerra	6,00
JULIO MILEGO	
El problema catalán	3,50
IDEARIO ESPAÑOL	
Ideario de LARRA (Prólogo de Gabriel Alomar).	5,00
Ideario de COSTA (Prólogo de Luis de Zulueta)...	5,00
Ideario de GANIVET (Prólogo de Cristóbal de Castro)	5,00
LOS GRANDES CUENTISTAS	
Cuentistas húngaros	4,00
Cuentistas rusos	4,00
VARIOS	
CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)	
Los anticuarios (novela).	4,50
ARTURO GARCÍA CARRAFA	
La política pintoresca. *(Más de cien anécdotas de hombres públicos.)*...	3,50
JUAN MONEVA Y PUYOL	
Primores ciudadanos	3,50
LUIS DE ZULUETA	
La oración del incrédulo	3,50
WALTER RATHENAU	
La sociedad nueva	4,00

	Ptas.
J. RUIZ ALBÉNIZ	
Ecce Homo. *(Las responsabilidades del desastre de Annual.)*	6,00
BIBLIOTECA DEL MAS ALLA	
PAUL GIBIER	
El Espiritismo (con ilustraciones)	5,00
RODOLFO STEINER	
La Teosofía	4,00
ELIPHAS LEVI	
Historia de la magia (con ilustraciones)	6,00
ARTEMIDORO DE DALCIS	
Interpretación de los sueños	4,00
H. P. BLAWATZKY	
Doctrinas y enseñanzas teosóficas	4,00
RAFAEL URBANO	
El diablo: Su vida y su poder (con ilustraciones)	5,00
ENEDIEL SHAHIACH	
Las maravillas del espiritismo	4,00
LAURENT & NAGOUR	
La magia y el amor	4,00
GURNES, MYEWR & PODMORE	
La telepatía	4,00
PAPÚS	
Tratado de ciencia oculta.	4,00

LA «BIBLIOTECA NUEVA» TIENE EN PRENSA Y EN PREPARACION OTRAS MUCHAS INTERESANTES OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES ESPANOLES Y EXTRANJEROS

Precio: **4** pesetas.

Concesionaria exclusiva para la venta.
LIBRERÍA Y EDITORIAL RIVADENEYRA
Avenida del Conde de Peñalver, 8, Madrid.